

LA REUNIFICACIÓN ALEMANA,
A PESAR DE LOS EUROPEOS Y DE ALGUNOS
ALEMANES

YUNA BLAJER DE LA GARZA



LA REUNIFICACIÓN ALEMANA,
A PESAR DE LOS EUROPEOS Y DE ALGUNOS
ALEMANES

Tesis para obtener el título de Licenciada en Relaciones Internacionales

YUNA BLAJER DE LA GARZA

Centro de Estudios Internacionales
México D.F., 2010

A mis padres, por guiarme

A David, por encontrarme

AGRADECIMIENTOS

Al Colegio de México, porque estaré siempre profundamente agradecida por la fabulosa oportunidad de estudiar en sus aulas. A todos mis profesores, por la generosidad con la que comparten sus conocimientos y la paciencia con la que escuchan nuestras ideas.

A la profesora Soledad Loaeza, por el cuidado con el que dirigió y revisó esta tesis, por guiarme y por provocarme un genuino interés por el tema desde su clase sobre Europa; y porque, si algún mérito tiene el texto, se debe sin duda a las observaciones y correcciones que recibí.

A las profesoras Celia Toro, Ana Covarrubias y Marta Elena Venier por su generosa ayuda en la redacción de estas páginas y a lo largo de la licenciatura. A las primeras dos, por ayudarme a aclarar mis ideas y encauzarlas, y a la última por enseñarme a escribir; sin su ayuda el texto adolecería de muchos errores y horrores más.

A los profesores Humberto Garza, Gerardo Esquivel, Saurabh Dube, Bernardo Mabire, Reynaldo Ortega y Roberto Breña por sus consejos a lo largo de toda la carrera. Quisiera también agradecer especialmente al profesor Francisco Gil-Villegas por la oportunidad de echar un vistazo a las labores de investigación y docencia, y por su inmenso apoyo.

A toda mi familia, por el efusivo y optimista apoyo que me han dado en mis planes y proyectos. A mis padres, por su inmenso amor, por guiarme y por darme los empujoncitos necesarios: a mi mamá, por creer siempre en mis sueños y exhortarme a seguirlos, por no dejarme bajar los brazos, y por todas esas tazas de té y todas las conversaciones para las que han sido pretexto; a mi papá, por enseñarme la perseverancia y la disciplina, por emocionarse con mis logros, aun pequeñitos, y por hacer cada año el pastel de amapola conmigo. A mi hermano, por su desafiante interés en el mundo del que estoy muy orgullosa.

A mis abuelos: a mi abuela Bebe, porque no hay quien cuente mejor historias que ella y podría pasarme días enteros escuchándola; a mi abuelo Adolf por el cariño con el que me platicó su vida aunque no habláramos el mismo idioma; a mi abuelo Mario por su infinita bondad y la gran sonrisa que marcó mi niñez; y a mi abuela Krystyna, por todo lo que he escuchado sobre ella.

A mis tías Ana, Lorenia y Norma, por compartir conmigo todos los dolores de cabeza y esfuerzos de la licenciatura y de la tesis, y por seguir palmo a palmo mis aciertos y desaciertos con su desbordante cariño. A mis padrinos, Mardi y Ted Boedecker, por su cariño y la calidez de su presencia.

A mis amigos, porque no ha habido un día en que me he sentido sola y no ha habido pena que una larga charla no haya curado: a Sofía, Daniel, Michelle, Stéphane, Raúl, Carlos, Alejandra, Romy, Diego T., Fabiola, Jean, Almasí, Mariana M. y Diego A.

A mis compañeros de El Colegio por hacer cada clase un dinámico intercambio de ideas; y a aquellos compañeros que se han vuelto grandes amigos: a María, José María, Rodrigo, Alejandro, Sara, Gabriela, Luis Pablo, Guillermo A. y Begoña.

A Alina Bassegoda y todos los que trabajan (o trabajaron) en Educación a Distancia en el Instituto Matías Romero; por dejarme con la convicción de que uno puede pasar maravillosos días en una oficina y por la oportunidad de conocerlos y de aprender.

Y finalmente, a David, por la infinita paciencia con la que leyó y releyó este texto; por apuntar al cielo conmigo, por enseñarme a quedarme quieta como el tilo y la encina de la fábula, y por los días que han pasado y los que vendrán.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	p. 1
I. EL DESCONGELAMIENTO O LOS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA INTERNACIONAL	p. 9
1. El declive soviético	p. 11
El desgaste económico	p. 11
El desencanto ideológico	p. 16
Las pequeñas grietas en el hielo	p. 18
2. De la guerra fría a la cálida cordialidad	p. 27
Primeros acercamientos	p. 27
¿Si no soy yo, quién?, ¿si no es ahora, cuándo? Mijail Gorbachov	p. 29
La sonrisa americana	p. 34
II. CAMINO A LA REUNIFICACIÓN Y DEBATES	p. 43
1. Coqueteos con la reunificación alemana, ¿cuándo y por qué?	p. 46
La artificial división alemana	p. 47
Intentos previos por la unidad alemana: el Kremlin propone, la República Federal dispone	p. 48
Distanciamientos y acercamientos de las dos Alemanias	p. 51
2. Discusiones y argumentos sobre la reunificación en 1989	p. 61
Desempolvando aquel viejo debate	p. 62
Los alemanes opinan	p. 67
Reticencias internas a una unificación anunciada	p. 71
III. JUEGOS DE AJEDREZ	p. 77
1. Menos de un año para rediseñar la división europea	p. 79
El otoño berlinés de 1989	p. 79
Escombros de fortaleza: la caída del muro de Berlín	p. 81
Últimos intentos por la reforma y elecciones, el proceso interno	p. 85
La negociación internacional	p. 95

2. Prioridades e intereses de los actores	p. 102
Cartas finales de las superpotencias	p. 102
En Alemania occidental	p. 110
Anotaciones de despedida de la RDA	p. 113
IV. DOS ESTADOS ALEMANES, ¿DOS NACIONES?	p. 119
1. ¿Una cultura compartida? Cuestionando al pasado	p. 121
Albores nacionalistas en Alemania	p. 122
La “prusianización” de Alemania en la primera mitad del siglo XX	p. 124
Las dos Alemanias de la posguerra, construyendo dos naciones	p. 128
2. ¿Colmando la brecha?	p. 138
La reunificación sirve fines distintos en cada Alemania	p. 141
El nacionalismo alemán en la búsqueda de la unidad	p. 144
CONCLUSIONES	p. 151
BIBLIOGRAFÍA	p. 159

INTRODUCCIÓN

Al abrir las primeras páginas de buena parte de la literatura historiográfica saltan a la vista una serie de eventos o grandes momentos que estructuran los índices del estudio y la narrativa histórica. A veces en torno a grandes temas, pero con mucha frecuencia en torno a grandes sucesos, se han hilado los recuentos de nuestro siglo y los anteriores, de nuestra civilización y aquellas que la precedieron. Se hacen previsiones y provisiones sobre qué sucesos quedarán en las filas de los grandes y, sin embargo, no resulta fácil saber de dónde proviene la grandeza o la importancia de esos acontecimientos que se yerguen en las filas de los hitos de la humanidad. ¿Qué hace de un momento, una decisión, una firma, unas palabras o la caída de un muro un parteaguas histórico? Los grandes momentos se inflan de gloria una vez que sus consecuencias pueden ser sopesadas con la templanza del paso del tiempo, una vez que las pasiones se han ido apagando. O tal vez cuando resulta evidente que han quedado grabados en las memorias individuales y colectivas, o incluso, cuando resulta imposible explicar sin ellos los acontecimientos que les siguieron. Es también posible *crear* un suceso histórico: bordar una historia nacional o un sentimiento de nación cristalina alrededor de una fecha que pudo pasar desapercibida por sus contemporáneos, que tal vez pareció importante sin ser trascendental, pero que alguien decide cubrir de guirnalda. La elección deliberada por tal o cual acontecimiento permite esculpir la idea de una patria, el orgullo de una nación o la vocación de un pueblo. La historia como proyecto nacional se sirve de héroes, batallas y símbolos: de grandilocuentes relatos que rayan en lo fantástico, lo heroico o lo absurdo. Y es que ningún sentimiento de nación compartido que logre su cometido puede ser resultado de medias tintas; las grandes hazañas y leyendas imposibles despiertan más

pasiones que las crónicas y minutas que meticulosamente rinden cuenta de lo sucedido. Por ello, para la historia como proyecto nacional, lo que se cree que sucedió pesa mucho más que lo que verdaderamente pasó; y en cuanto a la Historia, de manera más general e incluyente, los imaginarios colectivos la hacen también despegar –un poco a pesar suyo– y alejarse del riguroso estudio científico. La historia se recuerda, se cuenta, se reinterpreta; y sus efemérides son pues, en muy buena medida (unas más y otras menos), construcciones sociales.

La Historia tiene distintas herramientas para catalogar y juzgar lo sucedido. La repartición de culpas y glorias de la narrativa histórica recurre constantemente a la reflexión contrafactual en un intento por atribuir responsabilidades y eximir de culpas. Se lanzan hipótesis alternas para sopesar las consecuencias de lo que ocurrió. No obstante, tal cuestionamiento choca una y otra vez con los límites de lo que Weber llamara la causación adecuada y la posibilidad objetiva¹. Cada una, a su vez, se encuentra atada por la subjetividad de quien interpreta, por la mirada de quien juzga. De esta forma, la reflexión regresa a un mismo punto difícil de esquivar: la respuesta sobre qué tan imprescindible fue tal o cual momento histórico quedará siempre en los ojos de quien lo mire.

La elección de la reunificación alemana como tema de este trabajo no surge en un intento por esbozar hipótesis contrafactuales o por evaluar si realmente tuvo el peso histórico con el que se le corona. Comenzaré con un acto de confianza en todos los ojos que vieron en ella el final de un capítulo de la historia occidental, en las memorias que atesoran los recuentos de aquellos años y que cierran con la caída del muro de Berlín el

¹ Weber propone la reflexión contrafactual como un medio para sopesar una relación causal entre dos o más acontecimientos. El ejercicio es particularmente útil puesto que las ciencias histórico-sociales no se atienen a un conjunto de leyes generales como las que rigen las ciencias naturales. Existe una “causación adecuada” entre dos acontecimientos cuando, al remplazar hipotéticamente el primero con otro evento resulta imposible explicar el segundo. La “causación accidental” corresponde a un caso en que el primer acontecimiento puede cambiarse por otro sin que por ello se vea afectado el resultado del segundo. De cualquier modo, los acontecimientos hipotéticos que han de imaginarse deben ceñirse a lo que objetivamente pudo haber sucedido, a los límites de la “posibilidad objetiva”, de modo que la reflexión no despegue hasta suposiciones fantásticas. Véase Pietro Rossi, “Introducción”, Max Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, trad. de José Luis Echeverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1978, pp. 23-24, o “Posibilidad objetiva y causación adecuada en la consideración causal de la historia”, en *ibid.*, pp. 150-174.

ensangrentado vigésimo siglo. La reunificación alemana es sin duda una de las efemérides del siglo XX, colocada ahí tanto por la historia universal, como por la europea y la nacional. En ese sentido, resulta un ejemplo paradigmático de un momento histórico puesto que sirve el doble propósito de cerrar la historia mundial del siglo XX y de alimentar la historia nacional alemana. En la reunificación alemana coincide un proyecto de nación compartida con una idea de una Europa unida y un mundo que finalmente deja atrás la bipolaridad de la Guerra Fría.

Sin duda fue mucho más majestuosa la caída del muro que el acto formal que dio paso a la unión, ya que el desmoronamiento del símbolo por excelencia de la división europea predijo, a su vez, el desmembramiento de la Unión Soviética. Formalmente, el sonoro desplome del muro hizo mucho menos jurídicamente por la reunificación alemana que las firmas que siguieron casi un año después. Pero la memoria colectiva mundial se finca en lo primero, tal vez porque encajó a la perfección como metáfora del fin de la Guerra Fría y de la frontera entre dos proyectos políticos antagónicos.

La conciliación entre las dos Alemanias dio fin a la desgarradora división que ya se había hecho costumbre; fue una prueba clara de que la fuerza de una de las superpotencias llegaba a su ocaso y con ella la artificial ruptura europea. Hay quien, al explicar la partición alemana como consecuencia del reparto del botín entre las potencias, limita la explicación de la reunificación al descongelamiento y la transformación del sistema internacional. Si bien fue una condición necesaria, resultaría simplista considerarla suficiente.

El acercamiento entre las dos superpotencias que comenzó a partir de los años setenta, durante el periodo de la *Détente*, permite explicar que hubiese un clima favorable a la negociación entre Estados Unidos y la Unión Soviética; una posibilidad que diez años antes era impensable —cuando se construyó el muro de Berlín en 1961 o durante la crisis de los misiles en Cuba en 1962—. La estructura internacional permite explicar que la reunificación alemana tuviera lugar a finales del siglo XX y no en los años inmediatos de

la posguerra: el acercamiento que comenzó en los años setenta permitió el diálogo entre Estados Unidos y la Unión Soviética abriendo una ventana de oportunidad para que ocurriera la reunificación en algún momento de los años ochenta o noventa, incluso quizás a principios del siglo XXI. Sin embargo, no hay ninguna relación inmediata entre el acercamiento de Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), y la reunificación alemana; es decir el acercamiento entre las superpotencias no llevaría ineludiblemente a la reunificación alemana. Incluso, puede decirse que el reconocimiento de la división alemana era condición necesaria para el acercamiento entre las superpotencias. Bien podría haber habido una mejoría en las relaciones entre las potencias, sin que los dos Estados se reunificaran. Sin duda, la apertura de la Unión Soviética hubiera provocado cambios al interior de Alemania del Este, pero la reunificación parecía un escenario poco plausible y un tanto extremo.

La reunificación alemana implicaría poner fin a la división de Europa en partes iguales y, en ese sentido, declarar un vencedor en la Guerra Fría. Si bien Estados Unidos y la Unión Soviética eran ya capaces de dialogar desde mediados de 1985² —o incluso desde los años setenta de la *Détente* si ponemos entre paréntesis los álgidos primeros años de la presidencia de Reagan—, la superpotencia que tuviera que ceder *su* Alemania sería la perdedora de la Guerra Fría. Como lo veremos en el primer capítulo de esta tesis, para los años ochenta, la economía de la Unión Soviética y la legitimidad ideológica comunista (al interior de la Unión Soviética y entre sus Estados satélite) estaban ya muy maltrechas, aun cuando esto sólo se sabría *a posteriori*; por ello, todo apuntaba a que la reunificación alemana se inclinaría a favor de Estados Unidos. En ese sentido, la República Democrática Alemana (RDA) era uno de los últimos remanentes tangibles de la equilibrada división de la posguerra³, y parecía evidente que la Unión Soviética no estaría

² Elijo 1985 pensando en la reunión de Ginebra de noviembre de 1985 en la que Regan y Gorbachov se reunieron, después de casi una década en la que no había habido ninguna reunión de alto nivel entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

³ Me refiero a la “equilibrada división de la posguerra” haciendo alusión al texto de Kenneth Waltz, “The Stability of a Bipolar World” (*Daedalus*, 93 (1964), pp. 881-909). Waltz, en 1964, escribía que ese mundo en que dos Estados brutalmente más poderosos que el resto se dividían el mundo en zonas de influencia, era sumamente

dispuesta a cederla sin luchar por ella. A lo largo de esta tesis argumentaré que, si la Unión Soviética cedió *su* Alemania fue porque no le quedó más remedio.

Por demás, los Estados europeos que podían opinar sobre el destino alemán —es decir, Francia e Inglaterra que habían recibido una tajada de Berlín en la división de la posguerra y que encabezaban el proyecto de integración europea— no tenían ninguna intención de ver a Alemania unida, puesto que la unión germánica era, en la historia europea, sinónimo de dos guerras mundiales y conflicto. Finalmente, los alemanes de uno y otro lado de la división llevaban ya, en 1989, más de cuarenta años de vida separada y cabe preguntarse si aún formaban una misma nación dividida en dos Estados. Muchos alemanes, incluso, se pronunciaron en contra de la reunificación, en particular algunos intelectuales.

Así pues, en 1989 y a pesar del acercamiento entre las superpotencias, la estática división internacional, la posición de Francia, Inglaterra y la URSS, y las décadas de vida separada de ambas Alemaniass enmarcaban un proceso de reunificación que se adivinaba complicadísimo. Parecía que la reunificación alemana sólo sería posible al muy largo plazo o a un costo muy alto que podría poner en jaque la estabilidad internacional y la paz europea.

Sin embargo, la reunificación de Alemania sucedió muy rápidamente: entre el 9 de noviembre de 1989 —cuando cayó el muro de Berlín— y el 3 de octubre de 1990 —cuando se formalizó la reunificación política de Alemania— no pasó siquiera un año. Además de rápida, la reunificación fue un proceso sorprendentemente pacífico, en el que jamás se pensó que la catástrofe nuclear —eterna preocupación de la Guerra Fría— fuese una posibilidad inminente.

El ejercicio de esta tesis consiste en responder a la pregunta siguiente: ¿por qué fue posible que la reunificación alemana tuviera lugar con tal rapidez y sin volverse una

estable. Esto se debía a que la tensión era tal que pocas cosas se movían; cualquier pequeño tirón por parte de una de las potencias provocaba una reacción similar por parte de la otra, que no podía perder terreno en un conflicto tan cerrado. Cualquier pequeño desequilibrio de poder era rápidamente compensado. De aquella tensión estática venía la estabilidad y —tal vez, también— la simplicidad de la división de principios de la Guerra Fría. Que Alemania reunida se inclinara por uno u otro bloque rompería con esa estabilidad.

amenaza para el equilibrio internacional cuando todo parecía indicar que sería un proceso largo y desestabilizador?

La hipótesis que defiende es que la reunificación alemana pudo tener lugar en el momento y la forma en que se firmó porque desde verano de 1989 y hasta otoño de 1990 hubo una coincidencia entre situaciones favorables —externas a las Alemanias, e internas— que creó una coyuntura favorable al proceso. A pesar de los años de conflicto entre las dos superpotencias, la estructura internacional se había transformado y había comenzado un proceso de acercamiento que permitió el diálogo. Además, los gobiernos de los distintos actores internacionales involucrados en el proceso de reunificación consideraron que apoyarla en ese momento respondía mejor a sus intereses que no hacerlo. De particular importancia fue la conducta de la Unión Soviética cuyo bloque había comenzado a desmoronarse desde principios de la década de 1980. Y finalmente, aun cuando los alemanes de los dos Estados poco parecían tener aún en común, los intercambios comerciales y mediáticos, así como el discurso y la diplomacia de Kohl⁴ permitieron que resurgiera entre los alemanes la creencia en aquella nación compartida por la que valía la pena luchar y hacer sacrificios. Por demás, el discurso sobre la nación, que estuvo a la base de la retórica alemana del Oeste sobre la reunificación, fue bien recibido en el ámbito internacional, favoreciendo el apoyo a aquélla.

En un primer capítulo, ahondaré en el debilitamiento del bloque soviético para después tratar las transformaciones de la estructura internacional que crearon el entorno en que tuvo lugar la reunificación; trazaré los contornos del descongelamiento de la Guerra Fría en que llegó un clima de mayor entendimiento y cercanía entre las dos superpotencias, después del áspero periodo que correspondió a la presidencia de Reagan⁵. El análisis de la estructura permitirá explicar por qué la reunificación tuvo lugar en el

⁴ Helmut Kohl fue canciller de Alemania del Oeste de 1982 a 1998. Helmut Schmidt lo precedió en el cargo y Gerhard Schröder lo sucedió. Kohl pertenecía a la Unión Demócrata Cristiana (CDU) de la República Federal de Alemania (RFA) y es considerado, por muchos, el director de orquesta de la reunificación alemana.

⁵ Ronald Reagan fue presidente de Estados Unidos de América de 1981 a 1989. Más o menos de manera coetánea estaban Erich Honecker al frente del gobierno de la RDA y Helmut Kohl a la cabeza de la RFA.

último cuarto del siglo XX, pero no basta para explicar por qué sucedió justamente en octubre de 1990 y no tres años antes o cinco después. Sopesar las distribuciones de poder internacionales y analizar la estructura permite identificar los límites de lo posible, pero no permite explicar que aquello que era plausible se haya concretado.

El capítulo siguiente trata el debate sobre la reunificación; en particular, el recelo que provocaba dentro y fuera de Alemania. Después de mencionar los intentos previos de reunificación y el acercamiento entre una y otra Alemania, explicaré cuáles eran las reticencias de los europeos y de buena parte de los alemanes frente a la reunificación. Así, aun cuando el entorno internacional era favorable, no parecía probable que pudiera tener lugar una reunificación que europeos y alemanes veían con desconfianza, cuando no la condenaban abiertamente.

En el tercer capítulo, me abocaré a la redefinición de intereses de los actores involucrados en el proceso de reunificación, que respondió a las transformaciones del interior de Alemania del Este, así como al intercambio diplomático que permitió que, a pesar de todas las reticencias a la reunificación explicadas en el capítulo anterior, la reunificación haya sido posible. Los contextos políticos y normativos y el intercambio diplomático de los líderes europeos y estadounidenses aportan un elemento más para entender por qué 1989-1990 fue una coyuntura favorable.

Finalmente, trazaré los recorridos paralelos de las dos Alemanias: sus dos historias separadas pero que siguen siendo punto de referencia la una de la otra. ¿Las Alemanias era aún una misma nación dividida en dos Estados? y ¿podemos hablar de un nacionalismo alemán como catalizador de la reunificación? En este último capítulo argüiré que si bien las dos Alemanias llevaban ya varias décadas de vida separada y el pasado que habían compartido antes de 1945 aportaba pocos elementos que pudieran recuperarse para el proyecto de una nación alemana en el seno de la Unión Europea, los alemanes de ambos lados del muro se reconocieron los unos en los otros. Las diferencias entre los alemanes que habían pertenecido a la Alemania del Este y aquellos de la

Alemania del Oeste sólo volverían a surgir después de la reunificación como desafíos a los que la nueva Alemania reunida debería sobreponerse, pero en 1989 y 1990 la nación se impuso sobre la división estatal. El resurgir de la nación alemana y su búsqueda por reencontrarse es el último punto que explica esta coyuntura favorable a la reunificación.

El panorama que trazaré es sin duda incompleto puesto que el tema da para cientos de páginas de reflexión, pero creo que da una buena perspectiva para adentrarse y responder al porqué de una reunificación tan rápida y poco conflictiva cuando los europeos y buena parte de los alemanes alzaban voces en contra.

Así pues, la reunificación de Alemania –motivo de esperanza y júbilo entre la mayoría de los alemanes, aunque hubo algunos de ellos y otros tantos europeos que no quedaron tan contentos con ese desenlace al que se habían opuesto— terminó con la Guerra Fría y abrió la puerta a la paz continental sobre la que se construía la Unión Europea, proyecto en el que Alemania reunida cabía admirablemente. La paz fue también interna –al menos idealmente, puesto que en la práctica la reunificación trajo sus propios problemas y desafíos, pero finalmente eran ya los altibajos de una Alemania única, soberana, y libre–: se había hecho a un lado la consigna atribuida a Lord Ismay⁶ según la cual la OTAN serviría para mantener a los soviéticos fuera, a los alemanes abajo, y a los estadounidenses dentro. Los alemanes comenzarían a alzarse, a los estadounidenses se les invitaría a ir haciendo sus maletas aun cuando dejaran una mirada vigilante en el continente, y los soviéticos dejarían de ser uno y estallarían en varios pueblos.

⁶ Lord Ismay fue el primer Secretario de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cargo que tomó en 1952.

I

EL DESCONGELAMIENTO O LOS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA
INTERNACIONAL

En noviembre de 2009, Alemania se vistió de fiesta para celebrar el vigésimo aniversario de la caída del muro de Berlín. Los festejos culminaron la noche del 10 de noviembre de 2009, cuando Lech Wałęsa, el líder polaco de Solidarność, empujó el primero de 1,000 dominós de dos metros y medio de alto que se habían ordenado a lo largo del kilómetro y medio por el que, hasta 1989, se erguía el famoso Muro, dividiendo Berlín¹. El gesto, además de vistoso, fue simbólico: un tributo a la lucha polaca por la libertad política que comenzó en 1980 y allanó el camino, permitiendo que nueve años después el muro de Berlín fuera desmontado y la reunificación de Alemania se volviera no sólo posible, sino probable. El muro ha sido el símbolo por excelencia de la Guerra Fría y sus ruinas no han dejado de atraer cada año a numerosos turistas que regresan a sus casas encantados, con un pedacito del muro –un trocito de historia– guardado en un frasquito o en una postal. Resulta fascinante y un tanto melancólico ver las huellas ciegas que dejó un muro. El de Berlín, como símbolo tangible e intangible de la Guerra Fría, trazó una frontera entre dos proyectos políticos, entre dos ideologías; entre una utopía socialista y una sociedad centrada en el individuo, el liberalismo y el *laissez-faire* del mercado. Berlín fue una suerte de centro del centro; Alemania, el centro de un continente dividido², en tensión

¹ “Remembering the Fall of the Berlin Wall. Merkel Pays Tribute to Courage of East Germans”, *Der Spiegel*, Hamburg, 11 de noviembre de 2009, <http://www.spiegel.de/international/germany/0,1518,660391,00.html>, consultado el 3 de junio de 2010.

² Timothy Garton Ash, *In Europe's Name. Germany and the Divided Continent*, New York, Vintage Books, 1993, p. 14.

constante, pero que dejó de ser el sitio predilecto del conflicto de la Guerra Fría³ en cuanto el muro hizo fática la división, estática e inamovible. La línea divisoria que trazó el muro pretendía impedir los intercambios entre los dos proyectos que separada y reconocer el *status quo*. Sin embargo, las fronteras, más allá de un claro trazo de separación, son también punto de contacto, de intercambio; esas duras líneas son permeables una vez que se les observa más de cerca y con frecuencia se encuentra ahí la posibilidad misma de desmontarlas. Los pequeños intercambios tornan la frontera en un corte errático o una división turbia que va difuminándose de los imaginarios colectivos. A pesar de que la frontera material permanezca, no es condición suficiente para dividir irreconciliablemente las visiones del mundo de los que están de uno y otro lado.

Timothy Garton Ash escribió que estuvo a veces convencido de que la verdadera división no estaba en ese muro de ladrillo, sino entre los que poseían Europa y los que creían en ella⁴. Lo que quiero decir es justamente que esa diferencia fue también el punto de partida para el acercamiento. Quienes creían en Europa quisieron poseerla también, y el deseo de acercarse, de quitar la nariz del “escaparate del progreso”⁵ y formar parte del mismo fue debilitando la fe en el proyecto comunista, y le restó legitimidad a la utopía del bloque soviético. En este capítulo me abocaré a esbozar las razones del debilitamiento de la Unión Soviética para después hablar del descongelamiento de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que abrió el sendero a los acontecimientos de 1989. Será así más claro el punto en que la cortina de hierro que dividía Europa parecía ya sólo un montón de chatarra apilada y sostenida endeblemente con un par de agujas.

³ El bloqueo de Berlín, que comenzó en junio de 1948 y duró hasta mayo de 1949, fue la primera crisis importante de la Guerra Fría en que el enfrentamiento armado pareció una posibilidad real. Stalin pretendía orillar a las potencias occidentales a que abandonaran Berlín cortándoles el acceso a la ciudad. Un puente aéreo fue organizado para llevar víveres a la ciudad durante casi un año. Si bien el conflicto no se volvió violento, sí sentó un precedente e hizo manifiesta la hostilidad entre ambos bloques. Para una breve síntesis al respecto, véase Martin McCauley, *Russia, America and the Cold War. 1949-1991*, Harlow, Pearsons-Longman, 2^{da} ed., 2008, capítulo 3, pp. 35-42.

⁴ Citado por Ralph Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa, en una carta pensada para un caballero de Varsovia*, trad. de A. Bixio, Barcelona, Emecé, 1991, p. 138.

⁵ *Ibid.*, p. 176.

1. EL DECLIVE SOVIÉTICO

Visto con retrospectiva y con más de veinte años de por medio para juzgar, evaluar y analizar, hoy no sorprende a nadie que la Unión Soviética ya no fuese a finales de la década de los ochenta la superpotencia que era en 1960; en 1989, la Unión Soviética tenía muy serios problemas económicos y una debilitada legitimidad interna. Pero todo esto se supo únicamente *a posteriori*, cuando el bloque socialista se derrumbó y pudo verse el interior de aquella fortaleza. Las dificultades de la Unión Soviética se entrelazan entre sí; el desgaste económico socavó la legitimidad ideológica que permitió el surgimiento de corrientes liberales y reformistas al interior de los Estados satélite. El debilitamiento de la Unión Soviética la obligó, de cierto modo, a ceder un poco frente al bloque occidental, a sentarse a dialogar y negociar.

El desgaste económico

Los aprietos económicos de la Unión Soviética fueron el doble resultado de una economía que comenzó progresivamente a estancarse, y de los gastos desmesurados de la Unión Soviética en armamento.

En cuanto al estancamiento económico, los pilares y las bases de la economía soviética comenzaron a quebrantarse desde antes de la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1928 y hasta principios de los años cincuenta, Stalin lanzó un proyecto de expropiación de tierras agrícolas y colectivización forzada de la producción, modificando los esquemas de generación de riqueza de un Estado que, hasta antes de la Gran Guerra, era el principal exportador de granos del mundo. Los resultados de esas políticas fueron catastróficos y provocaron una brutal caída en la producción agrícola, aunada a un crecimiento de las poblaciones urbanas⁶ que generaba un aumento en la demanda de alimentos. A principios de los años cincuenta, se decidió entonces aumentar dramáticamente el área de los campos cultivados para aumentar la producción, sin por

⁶ Yegor Gaidar, *The Soviet Collapse: Grain and Oil*, Washington, American Enterprise Institute for Public Policy Research, 2007, reporte, p. 2.

ello mejorar las condiciones de vida de los campesinos rusos. El aumento de las áreas cultivadas trajo resultados inmediatos; sin embargo, duraron muy poco porque las tierras cultivables eran escasas y fueron sobreexplotadas rápidamente. La Unión Soviética gozó de impresionante crecimiento económico a lo largo de los años cincuenta, y mantuvo una evolución nada despreciable en la década siguiente⁷, como impulsada por el brío que había tenido antes, pero que poco a poco fue perdiendo ímpetu. La expropiación y la colectivización habían extenuado al campo, y los esfuerzos de los años siguientes por hacer despegar la producción no lograron resultados duraderos.

En 1963, la Unión Soviética, que a principios de siglo exportaba más cereales que ningún otro país, se vio obligada a comprar 12 millones de toneladas de grano, gastando un tercio de sus reservas de oro⁸. A lo largo de los años que siguieron, la producción agrícola soviética se estabilizó; pero, las poblaciones urbanas continuaron creciendo, necesitando una oferta alimenticia que, a diferencia de la producción agrícola, continuaba en aumento y que la Unión Soviética no podía colmar por sí sola. Para finales de los años sesenta, la Unión Soviética –antes, un vigoroso país agrícola– se había convertido en un importador neto de granos y cereales.

En cuanto a los hidrocarburos, los soviéticos parecían haber tenido un golpe de suerte cuando, en 1970, en el mismo momento en que se enfrentaban a serios problemas con su producción agrícola, encontraron grandes yacimientos de petróleo en Siberia. El aumento de los precios del crudo de principios de los años setenta adornó el hallazgo provocando una optimista euforia y una explotación acelerada que pronto terminó con la riqueza recién descubierta⁹. Desde mediados de los años setenta, la desaceleración económica comenzó a sentirse y no logró ya revertirse ni detenerse. Además, en 1985, los precios del petróleo cayeron; lo que quedaba de las reservas sobreexplotadas ya no bastaba para mantener a flote la economía soviética.

⁷ Stephen G. Brooks y William C. Wohlforth: “Economic Constraints and the End of the Cold War”, en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, p. 275.

⁸ Yegor Gaidar, *op. cit.*, p. 2.

⁹ López Portillo caería en la misma tentación soviética de “administrar la abundancia” un par de años después y de este lado del Atlántico. Los resultados serían igualmente nefastos.

A pesar de que la economía soviética creció desde la década de los cincuenta y hasta mediados de los setenta, el crecimiento fue el resultado de políticas agresivas de corto plazo que lograban cubrir, temporalmente, las carencias estructurales de la economía soviética. Para el comienzo de la década de 1980, no quedaban ya recursos para cubrir las lagunas económicas, y las consecuencias de las dificultades estructurales —que no eran nuevas, pero habían logrado compensarse por décadas— comenzaron a sentirse con fuerza. La producción de la economía soviética no bastó entonces para satisfacer las demandas de la población urbana en aumento ni para solventar los gastos del Estado.

No sólo la economía sufría de una producción endeble, sino que los gastos iban en aumento y no se destinaban a los sectores más productivos que hubiesen podido sanar las grietas de la economía soviética. Uno de los grandes sectores en los que la Unión Soviética derrochaba sus recursos era el sector armamentista. Los gastos de lo que se conoce como “la carrera armamentista” contra Estados Unidos habían escalado desde el final de la Segunda Guerra Mundial (con una breve tregua entre 1969 y 1979), agotando las finanzas de una Unión Soviética que no podía —ni quería— quedarse un paso atrás de los estadounidenses. Cada vez que éstos decidían aumentar su gasto militar, los soviéticos respondían con un aumento similar; la tensión constante que regía la relación generaba un sentimiento de mutua amenaza: la seguridad de uno peligraba al menor incremento en el presupuesto militar del otro. Así, la carrera armamentista fue el proceso continuo de acumulación e inversión en armamento en el que cada vez que una de las superpotencias aumentaba su gasto militar o desarrollaba una nueva arma, la otra reaccionaba aumentando el suyo un poco más, lo suficiente para ser cuando menos militarmente un poco más poderosa que la otra. Esta larga secuencia de acciones y reacciones fue incrementando las dimensiones de las inversiones en armamentos y nuevas tecnologías bélicas. La carrera armamentista comenzó desde agosto de 1945 —cuando los Estados Unidos lanzaron sus dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki— y continuó

creciendo hasta 1969, cuando Richard Nixon comenzó a negociar con los soviéticos¹⁰ y dio inicio a los años de la *Détente*, la distensión, que duraría hasta 1978 ó 1979¹¹. Después de aquel breve periodo de negociaciones entre las superpotencias, la carrera armamentista reinició en 1978, cuando el presidente estadounidense Jimmy Carter aprobó pequeños incrementos progresivos del gasto estadounidense en armamentos que lanzaron de nuevo la carrera armamentista. Las presiones continuaron creciendo y 1983 marcó un punto álgido en las relaciones entre la URSS y Estados Unidos¹². Esto se debió, en buena medida, a la nueva y avasalladora estrategia de defensa que el presidente Ronald Regan lanzó en marzo de 1983: la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI, por sus siglas en inglés), con la que comenzó el periodo conocido como la “Segunda Guerra Fría” o “La Guerra de las Galaxias”, marcado por un renovado énfasis en el poderío militar aunado a una retórica bélica y maniquea entre los dos bloques. Frente a esta larga serie de desafíos militares de Estados Unidos, la Unión Soviética continuaba respondiendo aumentando sus propios gastos militares. Como prueba de este constante sentimiento de desasosiego —que es, además, uno de los sellos característicos de la Guerra Fría— basta echar un vistazo a los numerosísimos reportes que la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) realizaba periódicamente sobre la industria militar soviética. Las decisiones presupuestarias soviéticas respondían a una variante externa: cómo fluctuaba el presupuesto militar de la otra superpotencia. Pero no sólo la conducta de los Estados rivales provoca una variación en el presupuesto militar de un Estado, también influyen factores como la tensión internacional, y la posibilidad de una movilización bélica¹³. El conflicto latente entre Estados Unidos y la Unión Soviética reunía todas estas condiciones generando un aumento incesante del gasto, hasta el punto en que la presión sobre la economía estaba a punto de hacerla estallar.

¹⁰ Richard Nixon, trigésimo séptimo presidente de Estados Unidos, firmó el 26 de mayo de 1969 el tratado SALT I (Strategic Arms Limitation Treaty), junto con Leonid Brezhnev; para más detalles al respecto, véase nota 48, *infra*.

¹¹ Ahondaré en este punto un poco más abajo, pp. 27-29.

¹² Fred Halliday, *The Making of the Second Cold War*, London-New York, Verso, 2^{da} ed., 1989, p. 235.

¹³ Thomas R. Cusack y Michael Don Ward Source, “Military Spending in the United States, Soviet Union, and the People's Republic of China”, *The Journal of Conflict Resolution*, 25 (1981), p. 434.

Esta desproporcionada inversión en armamentos en aumento desvió recursos soviéticos de otras áreas importantes y necesarias para sostener el desarrollo económico y se tornó en una pesadísima carga para la economía soviética. En 1982, uno de los informes de la CIA preveía un sombrío panorama para la economía soviética, cuyo gasto militar crecería hasta representar 15% del producto nacional bruto a mediados de la década, a pesar de una caída promedio de la economía de 2% anual¹⁴. Si la economía no hubiese dejado de crecer, tal vez habría sido posible paliar el desgaste del esfuerzo armamentista, pero la producción, como lo señalamos, mostraba signos muy débiles de vigor.

Pero los problemas económicos de la Unión Soviética no venían solamente del interior. Las interacciones de la URSS con otros actores internacionales –aliados o no– también pesaban sobre su economía. Los dinámicos intercambios comerciales internacionales de la posguerra habían permitido un acercamiento entre los países occidentales; pero conforme éstos se acercaban e integraban más y más, el bloque soviético quedaba comparativamente más aislado e iba perdiendo competitividad internacional. La globalización tenía poco de global y abrazaba únicamente a Occidente¹⁵. Finalmente, una de las cargas financieras más grandes para la superpotencia era resultado de los costos acumulados de los Estados satélite. Éstos tenían estrechos intercambios comerciales con la Unión Soviética, y estaban pragmáticamente divididos en áreas de especialización, como eslabones de una gran cadena productiva multinacional, de modo que no eran economías que pudieran sacudirse el polvo y salir adelante en un par de meses si la producción del centro se tambaleaba.

Así pues, de un modo u otro, ser uno de los titanes de un mundo bipolar y estar en constante conflicto con Estados Unidos implicaba enorme desgaste y gran carga para la

¹⁴ Central Intelligence Agency – Directorate of Intelligence, “USSR Economic Projections; 1982-90”, Septiembre 1982, en *Freedom of Information Act*, Central Intelligence Agency, <http://www.foia.cia.gov/>, consultado el 27 de enero 2009.

¹⁵ S. G. Brooks y W. C. Wohlforth, art. cit., p. 279.

economía soviética que desesperadamente necesitaba quitarse peso de encima y encontrar nuevas formas para recuperarse.

El desencanto ideológico

La debacle económica de la Unión Soviética coincidió también con la derrota ideológica. En 1986, Zbigniew Brzezinski¹⁶, escribía que la URSS había perdido credibilidad como proyecto social y como vía a la modernización económica¹⁷. El desencanto de las sociedades con la promesa comunista restaba, poco a poco, legitimidad a sus gobiernos. Los sacrificios presentes por un futuro idílico parecían cada vez más vanos y los discursos del partido sonaban como promesas vacías conforme la economía se debilitaba. El día a día en las calles recordaba más los tiempos de la posguerra que el camino dorado hacia la utopía.

El entusiasmo revolucionario del proyecto soviético se había alimentado y había recuperado mitos y dinámicas propios del régimen zarista que había destronado. Un aspecto central de continuidad en la historia rusa era la dimensión paternal del gobernante; Lenin y luego Stalin heredaron la reverencia y fascinación casi religiosas por el zar. Este aspecto un tanto primitivo en la relación entre el gobernante y los gobernados giraba en torno a la idea de que el *batiushka* –el patriarca que miraba desde el Kremlin– “rescataría a sus hijos del sufrimiento y de los malvados oficiales locales para guiarlos hasta la tierra prometida”¹⁸. Si bien las primeras décadas del experimento soviético continuaron con esta construcción social y no dejaron de erguirse sobre ella, resulta complicado pensar que, una vez denunciados los crímenes de Stalin, su fortaleza se hubiera mantenido intacta. A principios de los años setenta, ya existía un pequeño

¹⁶ Zbigniew Brzezinski fue asesor de Seguridad Nacional del Presidente de Estados Unidos Jimmy Carter de 1977 a 1981. Ocupó, después, otros cargos en el gobierno estadounidense. Brzezinski fue también profesor de la Universidad de Columbia y la Universidad de Harvard. Hoy en día forma parte del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos (CSIS, por sus siglas en inglés).

¹⁷ Zbigniew Brzezinski, *Game Plan. How to Conduct the U.S.-Soviet Contest*, New York, The Atlantic Monthly Press, 1986, p. 195.

¹⁸ James H. Billington, *The Icon and the Axe. An Interpretive History of Russian Culture*, New York, Vintage Books, s.a. [2005?, primera edición de 1966], p. 539. La traducción es mía, así como las siguientes, a lo largo de toda la tesis, cuando el traductor no esté señalado.

grupo de intelectuales soviéticos que se aventuraba a poner en entredicho el proyecto comunista y proponía distintas reformas al sistema, siguiendo líneas liberales¹⁹; poco eco tuvieron, y tal vez menos éxito todavía, pero en el momento en que se señalan las grietas, las fallas y las alternativas de un proyecto que ha de ser utópico –panacea de todas las desventuras y una concepción total de la sociedad y la política–, el proyecto deja de funcionar.

El desencanto con el proyecto socialista y las políticas del partido no era exclusivo de quienes estaban fuera del partido, de los opositores o quienes se sentían desprotegidos por el sistema; el desaliento permeó también el interior del partido. Sergey Tarasenko²⁰, por ejemplo, diplomático de carrera en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, confesaba su desilusión en una conferencia organizada años después de la caída del bloque:

¿Cómo es que sucede que nosotros, creyentes sinceros –por ponerlo así– comunistas, vislumbramos el colapso del comunismo? Me enlisté en el Partido Comunista cuando tenía diecinueve años, no podría haber sido más joven. Así que fui miembro del partido durante toda mi vida. Jamás cancelé mi membresía. Saco esto a relucir para llamar su atención a la dimensión humana del problema [...] Estamos nosotros las personas, criaturas vivientes, que viven bajo ciertas condiciones, y cualquier Estado, cualquier organismo, vivirá hasta que los miembros que lo constituyen quieran que viva, y muchas personas dentro del partido, y todavía más dentro de la sociedad, habían perdido completamente fe en el sistema²¹.

La cita me parece pertinente porque viene desde el núcleo mismo del partido comunista, y porque un ideal que reclama tantos sacrificios a corto plazo en aras de un futuro grandioso –muy lejano, por cierto–, difícilmente puede mantenerse firme cuando no se cree con fe ciega en la capacidad que tiene de lograr su cometido.

¹⁹ Robert D. English, “The Road(s) Not Taken: Causality and Contingency in Analysis of the Cold War’s End”, en W. C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 251. English explica que si bien la corriente existía y reunía distintas posturas, por ser una posición contraria a la propuesta oficial del partido fue conocida por muy pocos observadores extranjeros, sólo un par de especialistas en la materia habían visto las grietas ideológicas del sistema antes de 1989.

²⁰ Tarasenko trabajó también como uno de los principales consejeros en política exterior de Shevardnadze entre 1985 y 1991.

²¹ W. C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 132.

Sin los medios materiales para lograr su objetivo y sin la convicción de poder hacerlo, el proyecto comunista estaba francamente debilitado para el comienzo de la década de los ochenta. Marx y Weber estarían por una vez de acuerdo en diagnosticar el fin del régimen comunista –el primero con sentimientos encontrados, muy probablemente–; la “infraestructura” estaba ya muy endeble como para ser cimiento de una ideología y las ideas ya tan descoloridas que difícilmente podrían tener repercusión alguna sobre los medios materiales. El carisma del proyecto se había esfumado, dejando detrás muchos desilusionados que miraban disimuladamente a un Occidente que se regocijaba en su abundancia, y que guiñaba el ojo con un dejo de condescendencia.

Las pequeñas grietas en el hielo

A la debilidad económica e ideológica de la Unión Soviética se sumaron, además, movimientos democráticos y reformistas en los demás países del bloque soviético que comenzaron a cuartear la gruesa fortaleza soviética, dejando al descubierto la incapacidad de la Unión Soviética para mantener bajo su dominio a los Estados del Pacto de Varsovia sin recurrir a la fuerza. El Pacto de Varsovia era el tratado de amistad, cooperación y asistencia mutua de los Estados del bloque soviético que la Unión Soviética lanzó en 1955, respondiendo a la creación de la OTAN de 1949 y a la incorporación de Alemania del Oeste a dicha organización en octubre de 1954. Una suerte de contraparte soviética a la OTAN: los Estados signatarios debían consultarse en caso de que hubiera alguna crisis internacional, debían socorrer a cualquier Estado miembro de ser necesario, y no podían suscribir ningún otro sistema de alianzas²². El Pacto de Varsovia pretendía crear una cohesión entre los países del bloque soviético similar a la de los países que pertenecían a la OTAN, pero poco a poco, los Estados del bloque soviético comenzaron a alejarse de la tutela y las directrices de la superpotencia.

²² Véase M. McCauley, *op. cit.*, pp. lxvii-lxviii.

La caída del muro de Berlín como alegoría del fin de la Guerra Fría hace casi inmediata la relación entre el desmoronamiento de la Unión Soviética y la reunificación de la joya más preciada de la corona soviética: Alemania. Sin embargo, el caso alemán es una suerte de cúspide en el prolongado caer de las piezas de dominó soviéticas: la primavera de Praga de 1968 sentó un precedente en los imaginarios colectivos, planteó la posibilidad de un cambio aun cuando la estación floreció muy poco tiempo y fue aplastada por los tanques rusos. En la década de los ochenta, Polonia y Hungría sacaron el propósito del ámbito de lo deseable y lo hicieron posible; el rechazo del modelo que se había definido como “soviético” se volvió tangible.

Timothy Garton Ash divide los países del Este europeo en dos: los que abrazaron la retórica de Gorbachov y se encaminaron en las vías de la reforma (aun cuando fuese en la búsqueda de intereses particulares y no necesariamente porque aplaudieran efusivamente al líder soviético), y los que resultaron más soviéticos que el partido de la Unión Soviética y se resistieron al cambio²³, a pesar de que la sociedad hubiese comenzado a cantar en coro las propuestas de reforma de Gorbachov.

Polonia y Hungría caben mejor en la primera categoría, y fueron justamente los primeros casos de *refolución* —donde la *revolución* promovida desde abajo generó una serie de *reformas* desde arriba, siguiendo a Garton Ash²⁴—. Alemania del Este y Checoslovaquia corresponden más bien a la segunda, y deben mucho más a las presiones desde abajo que a las concesiones de sus propios gobiernos. De cualquier modo, en todos los casos, la presión que se elevó desde las calles fue importantísima para la obtención de reformas y concesiones desde arriba.

En Polonia tuvieron lugar las transformaciones que desataron el derrumbe del bloque soviético entendido como el control de la Unión Soviética sobre todos los

²³ Timothy Garton Ash, *The Uses of Adversity: Essays on the Fate of Central Europe*, New York, Vintage, 1990, p. 224.

²⁴ Citado en R. Dahrendorf, *op. cit.*, p. 13.

Estados miembros del Pacto de Varsovia. Por ello, la lucha de Solidarność, la unión polaca de sindicatos libres, es de suma importancia para entender el proceso que llevó a la reunificación alemana. Zbigniew Brzezinski, que había sido asesor en Seguridad Nacional de Jimmy Carter, explicaba que el control soviético sobre Polonia era muy importante para su influencia sobre Europa del Este²⁵. En su opinión, una Polonia más autónoma no sólo dismantlaría uno de los bastiones de poder de la URSS en Europa del Este, sino que tendría también repercusiones sobre otros Estados satélite, Ucrania y Lituania, por ejemplo, no sólo por los cercanos vínculos religiosos e históricos entre estos países, sino porque Polonia sería un ejemplo por seguir, que espolearía a los escépticos para unirse y fortalecer movimientos secesionistas a costa de la “Gran Preponderancia Rusa”²⁶.

La crisis polaca que produjo justamente todas las transformaciones que Brzezinski preveía en 1986, comenzó el 14 de agosto de 1980 cuando los incrementos en los precios de la carne decretados por el gobierno y el despido de uno de los trabajadores de los astilleros de los puertos del Báltico desataron una huelga generalizada entre los obreros. En un inicio, los obreros únicamente pedían mejores salarios y sindicatos libres, cuidándose de no articular ataques a los bastiones del poder comunista para no generar una respuesta similar a la de Praga en 1968. La parálisis laboral y las carencias en el suministro de alimentos obligaron al gobierno a ceder ante las demandas de los trabajadores incrementando salarios, revisando las sentencias de ciertos presos políticos, y prometiendo una unión de sindicatos libres: Solidarność a cuya cabeza se encontraba Lech Wałęsa. Además, se acordó la difusión de servicios religiosos, concesión importante para los polacos cuyo catolicismo se había fortalecido con la elección del Papa Juan Pablo II en 1978. En cuanto Solidarność fue reconocida, diez millones de polacos se unieron a sus filas, volviéndola una importantísima fuerza política autónoma. La fuerza de Solidarność continuó aumentando, mientras sus demandas se volcaban hacia un régimen más democrático y una participación en las decisiones políticas. La unión de sindicatos

²⁵ Z. Brzezinski, *op. cit.*, p. 52.

²⁶ *Ibid.*, p. 55.

fue entonces considerada por el Kremlin como una fuerza contra-revolucionaria y finalmente se decidió declararla ilegal, orillándola a la clandestinidad en donde continuó operando. En diciembre de 1981, el general Jaruzelski —entonces, primer ministro polaco— declaró la Ley Marcial que duraría hasta julio de 1983, intentando así aplastar la oposición política al partido comunista. Para ese momento, el partido comunista se mantenía en el poder en Polonia meramente por el control militar del país, y ya no porque la población lo apoyara ni considerara legítimo²⁷. El comunismo había perdido su atractivo, estaba un tanto gastado, anquilosado por complejas burocracias cuya rigidez rayaba en lo ridículo.

En este punto, vale la pena mencionar la importancia del Papa Juan Pablo II en el proceso polaco. Habrá quien vea en esa presencia algún mensaje divino, una profecía bíblica o un acto de fe inquebrantable, pero creo que la influencia del personaje reside en que representó un elemento de identidad nacional para los polacos, un elemento de pertenencia a la misma nación, la creencia que los uniera por encima del monolítico partido comunista y un medio distinto de resistencia y oposición. El catolicismo del pueblo polaco, fe que ni siquiera el prolongado régimen pudo desarraigar, fue ese elemento que sirvió como punto de referencia entre los polacos. Los entusiastas aplausos y gritos que recibieron al Papa en 1983 eran himnos de una manifestación política, y no cantos religiosos²⁸; sus palabras estuvieron llenas de referencias nacionales, cuyo mensaje invitaba al pueblo polaco a sobreponerse a la derrota de la ley marcial del gobierno de Jaruzelski que era —paradójicamente y al mismo tiempo— muy fuerte y muy débil. La fortaleza venía del monopolio de la violencia y la fuerza; la debilidad más inmediata, de su incapacidad para encontrar una solución duradera o incluso una válvula de escape de la crisis política²⁹.

²⁷ Véase al respecto John W. Young y John Kent, *International Relations since 1945. A Global History*, Oxford, Oxford University Press, 2004, pp. 524-527 y pp. 596-599.

²⁸ T. Garton Ash, *The Uses of...*, ed. cit., p. 42.

²⁹ *Ibid.*, p. 49.

La creencia en la posibilidad de provocar un cambio que la presencia del líder religioso y Solidarność habían generado, trajo sus frutos y para 1989, buena parte de los comunistas polacos, eran “comunistas rabanitos”³⁰, sólo rojos por fuera. El dogmatismo había perdido fuerza, quedaba tal vez como una mentalidad –recuperando las categorías de Linz– o tal vez como una mera ilusión que había perdido impulso y validez. El nuevo objetivo era liberarse de los restos de ese sueño, que había dejado de esperar a los optimistas, y tenía ya muy pocos adeptos fervientes.

La oposición polaca al régimen comunista de Jaruzelski continuó activa hasta 1987, cuando este último decidió imitar a Gorbachov y promover reformas políticas, en particular la organización de elecciones con varios candidatos (aunque no multipartidistas). En noviembre organizó un referéndum en el que obtuvo poco apoyo de la población y en la primavera y el verano de 1988 nuevamente se organizaron huelgas y marchas. En febrero de 1989, Jaruzelski tuvo que sentarse a negociar con la Iglesia católica y con Lech Wałęsa, decidiendo, un par de meses después, legalizar nuevamente los sindicatos libres, y por ende a Solidarność. En junio se organizaron elecciones en las que Solidarność tuvo muy buenos resultados: para septiembre de 1989, Jaruzelski se vio obligado a nombrar un primer ministro que no era comunista³¹ marcando un hito entre los Estados del Pacto de Varsovia: finalmente, el gobierno de uno de los Estados del pacto soviético no estaba encabezado por los comunistas³². Polonia había tirado la primera ficha de dominó.

Hungría vino después. En 1985, Garton Ash escribía que quienes administraban el sistema comunista eran ya tan escépticos con respecto a esa ideología como quienes se oponían abiertamente a ella y los primeros debían censurar³³. En lugar de hacer frente al

³⁰ Lech Wałęsa, “La solidaridad como condición de la paz y la democracia”, Cátedra Shimon Peres por la Paz, México D.F., Universidad Anáhuac del Norte, 19 de febrero de 2009, conferencia magistral.

³¹ El primer ministro en cuestión era Tadeusz Mazowiecki. Lech Wałęsa sería después elegido presidente en las elecciones de diciembre de 1990.

³² W. C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 49.

³³ T. Garton Ash, *The Uses of...*, ed. cit. p. 136.

sistema, le daban la vuelta, buscaban rendijas y agujeros para escabullirse y lograr su cometido, sin declarar abiertamente un desafío al régimen. Llegó el momento en que el edificio tenía más ventanas que paredes, y el sistema se desmoronó desde dentro. Los cambios formales en Hungría comenzaron en 1988 cuando se adoptaron distintas reformas democráticas: se promulgó la libertad de asociación y de prensa, se aceptaron los sindicatos libres y se acordó revisar la Constitución. En 1989, las reformas continuaron y, con ellas, fue cambiando el ánimo de la sociedad. En junio de 1989, el ex Primer Ministro húngaro Imre Nagy quien había encabezado las protestas de 1956 contra el dominio soviético y había sido acusado de traición, ahorcado y sepultado en una fosa común, recibió el entierro solemne de un héroe nacional, organizado por la oposición³⁴. Ese mes, el gobierno húngaro decidió comenzar a planear elecciones multipartidistas, las primeras desde 1948³⁵.

Por otro lado, desde principios de 1989, los húngaros habían comenzado a dismantelar los controles de su frontera con Austria, el pedazo de la cortina de hierro que les correspondía. Se volvió cada vez más sencillo cruzar del Este al Oeste por esa frontera que pasó de ser considerablemente permeable a transformarse en una llave abierta para el cauce de la migración que buscaba alejarse de la zona de influencia soviética³⁶. El 10 septiembre del mismo año, los húngaros anunciaron que dejarían de filtrar la migración proveniente de Alemania del Este y que, sencillamente, la dejarían cruzar al otro lado. Más de 10,000 alemanes del Este huyeron de la RDA por la frontera húngara, y a pesar de las reclamaciones del gobierno de Alemania del Este, Hungría afirmó que el respeto a los derechos humanos estaba por encima de las consideraciones que podría tener hacia la RDA con quien había firmado veinte años antes un tratado en el

³⁴ Véase al respecto, Henry Kamm, "Hungarian Who Led '56 Revolt Is Buried as a Hero", *The New York Times*, New York, 17 de junio de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/06/17/world/hungarian-who-led-56-revolt-is-buried-as-a-hero.html?pagewanted=1>, consultado el 10 de junio de 2010.

³⁵ "Hungarians Open Election Talks", *The New York Times*, New York, 14 de junio de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/06/14/world/hungarians-open-election-talks.html?scp=96&sq=hungary+politics&st=nyt>, consultado el 10 de junio de 2010.

³⁶ Mary Fulbrook, *The Divided Nation. A History of Germany 1918-1990*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 323.

que acordaba no dejar que los alemanes del Este cruzaran del otro lado de la división³⁷. Hungría había abierto el paso a la emigración de la RDA. Al mes siguiente, en octubre de 1989, el partido comunista húngaro se había convertido en un partido socialista.

Los polacos salieron a las calles, los húngaros también, les seguirían alemanes y rumanos. Y a diferencia de la marchita Primavera de Praga de 1968, que había chocado con cañones, el despliegue militar soviético esperado no llegó nunca. Por ello, Polonia y Hungría no se explican sin echar nuevamente un vistazo al interior de la Unión Soviética que permita explicar por qué los soviéticos no se defendieron cómo era de esperar; por qué dejaron ir uno a uno sus Estados satélite sin desplegar toda la fuerza militar con la que se habían cargado la espalda, pesado trofeo que les dificultaba el paso. El puño del Kremlin había apretado sin cesar aquellas naciones y de repente se había abierto, sin el estrépito previsto, sin golpes de metralla, con un ruidito sordo y un tanto desconcertante.

Por un lado, el Kremlin estaba ya cansado de apretar; la flaqueza económica del Estado hacía aún más evidente lo costoso que era mantener el imperio: los soviéticos necesitaban reducir los subsidios a sus aliados, a pesar de lo íntimamente ligadas que estaban las economías y de la especialización de cada una que dificultaba el cortar lazos; un tanto paradójicamente, requerían que los bienes que adquirieran de sus aliados fuesen de mejor calidad; y finalmente necesitaban tomar un respiro en el plan de defensa militar desplegado en toda Europa del Este³⁸. “De manera sucinta, mantener el *status quo* de la política exterior hacia Europa del Este, se había vuelto una tarea demasiado costosa económicamente, y los soviéticos querían reducir drásticamente esos gastos³⁹”, escriben los politólogos Stephen G. Brooks y William C. Wohlforth⁴⁰. Por otro lado, conforme aumentaba la carga financiera, que representaba mantener cortas las riendas de los

³⁷ Véase Serge Schmemmann, “East Berlin Tells Budapest to Halt Aid to Emigration”, *The New York Times*, New York, 13 de septiembre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/09/13/world/east-berlin-tells-budapest-to-halt-aid-to-emigration.html?scp=199&sq=hungary&st=nyt>, consultado el 10 de junio de 2010.

³⁸ S. G. Brooks y W. C. Wohlforth, art. cit., p. 291.

³⁹ *Loc. cit.*

⁴⁰ Ambos son doctores en ciencia política por la universidad de Yale y profesores del Dartmouth College de Estados Unidos.

aliados, menguaba el provecho que Moscú ganaba de esa relación (utilizando un toque de retórica económica podríamos hablar de un aumento en el costo marginal del imperio)⁴¹. Los alicientes para devolver la autoridad a los gobiernos nacionales y lavarse las manos de la situación económica de Europa del Este se iban apilando en las mesas de Moscú, e iban arrinconando en las visiones de las élites políticas y económicas el canon del sueño comunista, que hacía de la expansión del modelo una condición *sine qua non* de la utopía; de lo contrario, ésta se vendría abajo y perdería vigencia e impulso.

Renunciar al imperio soviético y, más aún, permitir que esos países se sacudieran del régimen comunista y se lanzaran de brazos abiertos entre las democracias liberales occidentales equivalía, a renunciar a su proyecto de nación y reconocer los límites, vacíos y debilidades del proyecto socialista. Hans Morgenthau escribía en 1960 sobre el comunismo: “Cuando menos, ha de mantenerse dónde está y debe intentar avanzar; puesto que al retirarse, niega su propia reivindicación como “la oleada del futuro”, la organización ideal de la sociedad a cuya imagen tarde o temprano ha de organizarse el mundo”⁴². Al renunciar a la estrecha relación con los Estados de Europa del Este, la Unión Soviética no sólo renunciaba a la idea abstracta del comunismo, no sólo traicionaría la tierra prometida de Marx, estaría también cediendo la existencia de la propia Unión de Repúblicas, puesto que de alejarse una a una las naciones satélite, era de prever que llegaría un punto en que sólo Rusia se mantuviera al pie de cañón, o tal vez ni siquiera ella.

Más allá de la flaqueza económica y los problemas internos a los que Gorbachov tenía que enfrentarse, hubo –entre las élites políticas y militares del Kremlin– consenso por no recurrir al uso de la fuerza. El desafío era demasiado grande, tal vez insalvable, y, en todo caso, sería sumamente costosa una intervención militar que ni siquiera tenía garantizado el éxito; por demás, Gorbachov estaría poniendo en entredicho su reputación

⁴¹ S. G. Brooks y W. C. Wohlforth, art. cit., p. 281.

⁴² Hans J. Morgenthau, “The Problem of German Reunification”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 1960, núm. 330, p. 131.

como líder reformista y abierto al cambio, jugada sumamente delicada para quien necesitaba las inversiones y préstamos de Occidente con tal de que el buque varado de la economía soviética no naufragara estrepitosamente.

Vladimir Krychkov, quien encabezaba la KGB en los años ochenta afirmó en una entrevista en 1998 que durante las décadas de 1950 y 1960, cuando apenas se abría la nueva etapa soviética post-estalinista, recurrir a la fuerza para resolver los conflictos en Europa del Este, “era, diría yo, no expedito, pero posible”. En 1980, el despliegue militar se volvió inadmisibles, puesto que la sociedad soviética y los países del Este europeo se habían transformado profundamente y una violencia semejante hubiese provocado un rechazo violento y probablemente más demandas y reclamos⁴³. La aversión al uso de la fuerza venía, entre otras, de las consecuencias de la Primavera de Praga, y de los tibios resultados en Polonia en 1980-1981⁴⁴. Incluso el ministro de Defensa Yazov compartía con Gorbachov la convicción de que el uso de la fuerza contra los manifestantes de Europa del Este no salvaría a los gobiernos del colapso, no revertiría el proceso ni serviría los intereses soviéticos. Cuando el muro de Berlín se vino abajo, tal convicción estaba ya tan arraigada que ni siquiera pidió autorización para desplegar la fuerza militar que podría salvar la piedra más brillante de la corona soviética⁴⁵. En octubre de 1989, la doctrina Brezhnev, doctrina de la “soberanía limitada” y que pregonaba la solidaridad con la defensa de los regímenes socialistas en la región, fue desplazada por la “doctrina Sinatra” de Gorbachov, que concedía un amplio marco de autonomía a los Estados satélite⁴⁶. Los países socialistas no esperaron para seguir haciéndolo a su manera, *they did it their way*.

Así pues, las transformaciones de Polonia y Hungría y la ausencia de una respuesta violenta por parte de la Unión Soviética sentaron un precedente. Quedaba claro que algo había sucedido al interior de la Unión Soviética por lo que en 1989 no se había visto la

⁴³ Entrevista realizada por Skvortsov el 7 de diciembre de 1998, citado en Andrew O. Bennet, “Trust Bursting Out All Over”, en William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 204.

⁴⁴ Andrew O. Bennet, art. cit., p. 192.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 193.

⁴⁶ Margaret Thatcher, *The Downing Street Years*, New York, HarperCollins, 1993, p. 790.

brutalidad característica de 1968. Ese “algo” podía ser debilidad o bien una nueva disposición favorable a las reformas; de uno u otro modo, el contexto era favorable para continuar con el proceso reformista y democratizador que había comenzado en Polonia. Las experiencias de países similares y cercanos sentaron precedente para las transformaciones de Alemania del Este; crearon una posibilidad, que aunque seguía pareciendo muy poco probable, no dejaba de ser una pequeña puerta que podía ser abierta. A diferencia de los casos húngaro y polaco, Alemania del Este era tal vez el Estado del Pacto de Varsovia menos emocionado con las propuestas reformistas de Gorbachov; y Honecker –quien encabezaba el partido socialista unificado de Alemania (SED) en 1989 y era jefe de Estado– no estaba dispuesto a ceder ni a seguir el ejemplo ruso.

La Unión Soviética comenzó a mostrar serios síntomas de debilitamiento a partir de la década de 1980 que la dejaron en una posición más vulnerable frente a los Estados Unidos. A diferencia de lo que hubiese sucedido en los años sesenta, en la década de 1980, la Unión Soviética, cansada y desgastada, estaba en mejor disposición para negociar con los Estados Unidos.

2. DE LA GUERRA FRÍA A LA CÁLIDA CORDIALIDAD

El acercamiento de Mijail Gorbachov hacia Occidente es sin duda una de las piezas fundamentales del fin de la Guerra Fría. Sin embargo, el camino había sido ya allanado en los años de la *Détente*, desde 1969 y hasta 1979.

Primeros acercamientos

No es éste el sitio para analizar qué fue la *Détente* y cuáles sus causas, pero vale la pena mencionarla como un antecedente a los años de Gorbachov. John W. Young y John Kent argumentan que es posible que el periodo de la *Détente* surgiera porque ambas

superpotencias consideraron que podrían llegar a acuerdos sin por ello modificar la distribución de poder internacional⁴⁷: la producción industrial, el comercio y la tecnología estadounidense eran superiores a los soviéticos; pero los soviéticos producían más acero y carbón. El número de lanza misiles soviéticos era superior, pero las cabezas nucleares y la marina estadounidense eran mayores. De cualquier modo, a partir de 1969, el presidente norteamericano Richard Nixon declaró que comenzaría una época de negociaciones. A lo largo de la década de los setenta, numerosos acuerdos y encuentros históricos entre ambas superpotencias se lograron. En 1972, Brezhnev y Nixon firmaron el acuerdo SALT I que limitaba y regulaba el despliegue de misiles anti-balísticos⁴⁸, además, los estadounidenses reconocieron la paridad nuclear entre ambas superpotencias; en 1973, Brezhnev viajó a Estados Unidos para encontrarse con Nixon en Washington, y, un año después, Nixon se reunió con Brezhnev en Moscú. En noviembre de 1973, apenas tres meses después de haber ocupado la presidencia estadounidense después de la renuncia de Nixon, Gerald Ford se reunió con Brezhnev en Vladivostok.

En julio de 1973 habían comenzado en Helsinki además, una serie de intercambios entre más de treinta Estados⁴⁹ —miembros del Pacto de Varsovia, de la OTAN y algunos miembros del movimiento de los no-alineados⁵⁰— para llegar a un acuerdo sobre la seguridad en Europa. Finalmente, el agosto de 1975, Brezhnev, Ford y demás líderes firmaron los Acuerdos de Helsinki (cuyo nombre formal fue el Acta Final

⁴⁷ J. Kent y J. W. Young, *op. cit.*, pp. 390-401.

⁴⁸ El tratado había sido propuesto originalmente por el presidente Lyndon B. Johnson en 1967, pero la propuesta sólo fue aceptada por los soviéticos en el verano de 1968. Las negociaciones comenzaron más de un año después, en noviembre de 1969. El tratado ponía límites a la producción y despliegue armamentista de ambas superpotencias. Para revisar el texto del tratado, véase: “SALT I Interim Agreement”, Federation of American Scientists, <http://www.fas.org/nuke/control/salt1/text/salt1.htm>, consultado el 6 de junio de 2010. Para una concisa pero útil descripción del tratado, véase M. McCauley, *op. cit.*, p. 65.

⁴⁹ La lista completa de Estados participantes es la siguiente: la República Federal de Alemania, la República Democrática Alemana, Austria, Bélgica, Bulgaria, Canadá, Checoslovaquia, Chipre, Dinamarca, España, los Estados Unidos de América, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Irlanda, Islandia, Italia, Liechtenstein, Luxemburgo, Malta, Mónaco, Noruega, los Países Bajos, Polonia, Portugal, Reino Unido, Rumania, San Marino, la Santa Sede, Suecia, Suiza, Turquía, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y Yugoslavia.

⁵⁰ Es decir, Chipre, Malta y Yugoslavia.

de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa⁵¹). Entre los distintos principios acordados en Helsinki destacan la igualdad soberana entre los Estados, la abstención del uso o la amenaza de la fuerza, la inviolabilidad de las fronteras, y la no-intervención en asuntos internos. El reconocimiento de la inviolabilidad de las fronteras fue particularmente importante puesto que quedó muy claramente establecido y acordado hasta dónde llegaban los confines de cada Estado, y qué territorios eran de quién. En 1979, Estados Unidos y la URSS firmaron incluso un segundo acuerdo sobre producción y despliegue de armas estratégicas, el acuerdo SALT II. Sin embargo, para 1979, y como ya lo vimos, las relaciones entre las superpotencias volvieron a crisparse, y en 1983, Reagan lanzaría una nueva carrera armamentista que llevaría el desgaste económico de la URSS a su límite.

¿Si no soy yo, quién?, ¿si no es ahora, cuándo?, Mijail Gorbachov

Una vez trazados los antecedentes del acercamiento entre las superpotencias de los años de la *Détente*, he de regresar a la segunda mitad de la década de los ochenta, cuando los problemas de la Unión Soviética parecen obligarla a adoptar una nueva posición más flexible frente a los Estados Unidos. A pesar de los sombríos augurios del panorama, Robert D. English argumenta que la elección de política exterior de acercamiento, intercambio y concesiones con Occidente no era la única alternativa del desgastado régimen. Si bien las perspectivas neorrealistas del estudio de las relaciones internacionales encontrarían en el ocaso material razón suficiente para la concordia y el vacilar de una política exterior que antes rara vez se cuidó de no vociferar, English arguye que las reservas eran suficientes para llevar una política al estilo de Andropov⁵² –moderadamente reformista en política interna, pero defensora del status quo en sus relaciones exteriores–. El reblandecimiento de la superpotencia, es decir, el cambio en el tono de las relaciones

⁵¹ Para consultar el texto completo del Acta, véase “Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa. Acta Final”, Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), http://www.osce.org/documents/mcs/1975/08/4044_es.pdf, consultado el 13 de junio de 2010.

⁵² Yuri Andropov fue presidente de la KGB en la Unión Soviética de 1967 a 1982. Posteriormente estuvo a la cabeza del partido comunista y del gobierno soviético hasta 1984.

diplomáticas, y los tímidos pero convencidos pasos hacia un intercambio más rico y dinámico con Occidente no pueden explicarse sin la figura de Gorbachov⁵³.

El papel del líder soviético sería imposible de comprender cabalmente desprovisto del entorno en que surgió. Incluso, creo que hubiese sido difícil que surgiera en una coyuntura diferente, aunque no por ello pretendo restar méritos –o culpas– al reformista. José Ortega y Gasset dijo alguna vez, “Yo soy yo y mi circunstancia” y Gorbachov no es la excepción.

El secretario general del partido comunista inclinó la balanza a favor de la reforma, a pesar de que la correlación de fuerzas en el partido favorecía al ala más conservadora. Las bien conocidas reformas impulsadas por Gorbachov –*Perestroika* y *Glasnost*⁵⁴– transformarían la Unión Soviética desde dentro y permitirían la integración de la potencia en la comunidad internacional que correspondía cada vez más claramente a Occidente. La lógica funciona también al revés: la confianza de Occidente podría ser una carta que jugar para ganar la confianza de la nomenclatura del partido y para conseguir cierta legitimidad y popularidad entre la población. La cercanía con el otro, con el “enemigo”, era una jugada que tal vez permitiría a la URSS recobrar las fuerzas económicas desgastadas con un empujoncito inversor o prestamista de Occidente. Los constantes análisis occidentales, que buscaron comprender, o más bien desenmascarar, la conducta soviética, no se cansaban de escarbar buscando razones que explicaran un interés u objetivo oculto y sombrío en los discursos soviéticos.

James A. Baker III⁵⁵, quien estuvo en el centro neurálgico de la política estadounidense desde la presidencia de Ford hasta la de Bush, escuchaba con recelo las declaraciones de Gorbachov, y argumentaba que la estrategia soviética pretendía debilitar

⁵³ Robert D. English, *cap. cit.*, p. 268.

⁵⁴ La *Glasnost* –que se traduciría del ruso como apertura o franqueza– se refería a una mayor apertura sobre los problemas de la sociedad rusa y una disposición al debate. La *Perestroika* –reestructuración– tenía que ver con la determinación de reestructurar la sociedad para que fuese más disciplinada y eficiente (J. W. Young y J. Kent, *op. cit.*, p. 579).

⁵⁵ James Baker III fue Jefe de Gabinete durante el primer mandato de Ronald Reagan y durante el último año de la presidencia de Bush padre. Fue también Secretario de Estado de 1989 a 1992, durante la presidencia de George H. W. Bush.

la cohesión occidental por medio de propuestas atractivas y populares, en aras de concesiones económicas de Occidente⁵⁶. La “sonrisa soviética” –recuperando la expresión del embajador Matlock⁵⁷– ponía en entredicho el punto de partida, que había mantenido unido al bloque occidental desde el final de la Segunda Guerra: cuando la Unión Soviética dejara de ser la amenaza para el mundo “libre y democrático”, que había representado por décadas, dejaría también de ser ese enemigo común, punto de encuentro por encima de las diferencias de las potencias de Europa del Oeste y Estados Unidos. Los años del plan Marshall estaban muy atrás, y una transformación de la Unión Soviética, que la alineara con los valores de apertura y reforma de Occidente, volvería frágil la estructura de la Guerra Fría. Occidente bajaría la guardia, y después de años de vigilar al Kremlin en la espera de cualquier atisbo de amenaza, el desenlace parecía demasiado fácil como para no levantar sospechas.

La intención de concordia de Gorbachov era, a pesar de todo, bastante sincera. Atribuir una transformación en la posición de un adversario a un cambio de intereses o de capacidad suele ser la primera y más sencilla hipótesis; es decir argumentar que el otro cambia su discurso porque no le queda más remedio. Aceptar que el adversario ha bajado las armas y extendido la mano por convicción y no porque el pañuelo blanco era la única salida, es mucho más difícil de adelantar por lo costoso que sería un juicio equivocado⁵⁸. Sin embargo, el secretario general del partido defendía fervientemente el camino de la reforma, de la descentralización económica y administrativa, y de la liberalización del sistema político vigente⁵⁹.

Gorbachov era mucho más reformista que varios de los líderes de las otras repúblicas soviéticas y no era visto con buenos ojos por todos los miembros del partido. Pero, si bien en este último levantaba cada vez más sospechas, y las críticas a sus políticas

⁵⁶ Derek H. Chollet y James M. Goldgeir, “Once Burned, Twice Shy? The Pause of 1989” en William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 154.

⁵⁷ Jack F. Matlock fue embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética de 1981 a 1983, durante la presidencia de Reagan.

⁵⁸ D. H. Chollet y J. M. Goldgeir, *cap. cit.*, p. 143.

⁵⁹ León E. Bieber, “La reunificación de Alemania. Derroteros y desafíos”, *Alemania 1945-2002. Aspectos históricos e historiográficos*, México, El Colegio de México, 2002 (*Jornadas*, 138), p. 61.

subían de tono, los occidentales comenzaban a desarrollar cierta cercanía con el líder. Distintos académicos sugieren que, poco a poco, se desarrolló una confianza entre los líderes occidentales y Gorbachov; un *interpersonal trust* que abrió la puerta al diálogo, a la cooperación y la conciliación⁶⁰. Pero la confianza interpersonal puede sólo transformarse en proyectos de política pública cuando los intereses de los distintos actores coinciden, o cuando menos no entran en brutal antagonismo. La necesidad de recobrar legitimidad interna, de detener los aumentos en inversión militar, y la búsqueda de puertas de salida del declive económico acercaron los intereses del secretario general soviético a los de Reagan y Bush. El diálogo parecía estar finalmente en sintonía; de un lado y del otro de la cortina de hierro –que caía pesada como telón aterciopelado, pero que ya no parecía inamovible– se hablaba de democracia, de reformas internas, de liberalismo, de cooperación. En junio de 1989, Gorbachov declaró incluso públicamente, junto con el canciller de Alemania del Oeste, Helmut Kohl, que rebasaría la división⁶¹. Las palabras resonaron por todo el mundo, pero la convergencia de intereses de ambas superpotencias no se mantendría indemne a lo largo de las negociaciones que siguieron la caída del muro.

La democracia, los derechos humanos, la reforma o el liberalismo, palabras que se habían escuchado en discursos de ambos bloques, tenían significados distintos. El fin de la división –más allá de la unión de Europa y de Alemania– traería la unificación del lenguaje, escribió Ralph Dahrendorf⁶². Sólo entonces los significados de las palabras serían los mismos, pero en la víspera de las negociaciones del final de 1989 tal diálogo aún no existía⁶³. La forma estaba allí, y había sido fruto de duros esfuerzos, pero las ideas del fondo aún vacilaban, aún quedaban un tanto turbias. De haber pensado las nociones democráticas y reformistas en los mismos términos que Bush, Kohl o Mitterand, probablemente Gorbachov no las habría defendido con tal convicción. Tal vez Gorbachov hubiera comprendido que terminar con el sistema conllevaría el fin del

⁶⁰ D. H. Chollet y J. M. Goldgeir, *cap. cit.*, p. 144.

⁶¹ Timothy Garton Ash, *In Europe's Name...*, ed. cit., p. 2.

⁶² R. Dahrendorf, *op. cit.*, p. 20.

⁶³ *Loc. cit.*

Estado soviético, porque ese Estado era fruto del sistema que él quería reformar. Bessmertnykh⁶⁴ vio en el líder soviético la determinación de transformar, y posteriormente, de destruir el sistema soviético; pero nunca pretendió terminar con el Estado, con *su* Estado⁶⁵. La dificultad yace en lo tenues que eran las líneas que separaban el primero del segundo; porque no era sino el sistema comunista, el sistema totalitario e imperialista del sueño soviético el que había creado este Estado de múltiples cabezas, entre las que se erguía el secretario general del partido comunista soviético como un *primus inter pares*. Además, como ya mencioné, un proyecto total, una utopía pierde ímpetu cuando una larga lista de fe de erratas tiene que escribirse al pie del ideal, cuando las reformas comienzan a acumularse y pesan más que la entelequia inicial. Chernyaev⁶⁶ argumentó incluso que, de cualquier modo, la URSS no podía ni debía ser salvada como estaba constituida; el sistema era símbolo inequívoco de un Estado totalitario, un recordatorio de un proyecto fallido y testigo de los años de terror y represión. Las reformas que el secretario general lanzó irremediabilmente quebrantarían esa construcción⁶⁷.

El liderazgo de Gorbachov fue la piedra angular que inclinó la balanza del lado de la reforma, e hizo a un lado las opiniones ortodoxas y conservadoras que seguían irguiéndose firmemente en el partido; su propuesta no cayó en oídos sordos. Dada la debilidad del régimen, los cambios llegarían en algún momento; Gorbachov aceleró el paso. Del otro lado del Atlántico, la posición conciliadora del soviético aplacó las sospechas y exaltó los puntos de acuerdo; Estados Unidos bajó la guardia, en un primer momento para acercarse y, en un segundo, para utilizar la recién adquirida cercanía con Gorbachov y ponerlo en una posición francamente desventajosa en las negociaciones del fin de la Guerra Fría y de la reunificación de Alemania.

⁶⁴ Aleksander A. Bessmertnyk trabajó en la Secretaría de Relaciones Exteriores soviética entre 1986 y 1990; posteriormente fungió como embajador de la Unión Soviética en Estados Unidos en 1990 y Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS en el último año de su existencia.

⁶⁵ W. C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 134.

⁶⁶ Anatoly Sergeyeovich Chernyaev fungió como consejero de Gorbachov en Política Exterior dentro del Comité Central moscovita durante seis años.

⁶⁷ W. C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 120.

La sonrisa americana

La Guerra Fría tuvo muy distintas temperaturas, y la época de la *Détente* parecía haber entibiado las relaciones entre las dos potencias; era ya posible probar el agua con el dedo meñique sin temor a perderlo en el intento. Incluso los chinos parecían estar dispuestos a sentarse a conversar. El clima cálido de la *Détente* apenas dio tiempo de suspirar reconfortados antes de que fuera necesario tomar aire de nuevo. La revolución fundamentalista de Irán, pero más aún la invasión soviética a Afganistán de 1979 dio bríos a una “Segunda Guerra Fría” que tiñó la política exterior de los primeros años de la presidencia de Ronald Reagan y que se alimentó también de la Iniciativa de Defensa Estratégica de 1983. El miedo y los discursos maniqueos tomaron nuevamente el primer plano, y la administración de Reagan izó la bandera democrática para lanzarse en una nueva y flamante cruzada anticomunista, que aplaudían los republicanos más ortodoxos⁶⁸.

No quedaba duda alguna en los discursos oficiales de la posición frente a la Unión Soviética, que antes que Estado o Unión o proyecto, parecía encarnar una amenaza a la humanidad y al futuro de la democracia en el mundo. La Unión Soviética era sencillamente la otredad, una suerte de Némesis. El Secretario de Estado para Asuntos Políticos, Lawrence Eagleburger, declaró en 1983 que los soviéticos no eran únicamente rivales de Estados Unidos, sino rivales del orden mundial; y que la enemistad se mantendría firme mientras las dos naciones se mantuvieran fieles a sus principios fundadores. El político se empeñó en dejar muy en claro que no existía posibilidad alguna de un acercamiento, un diálogo o un apretón de manos entre las potencias, “me temo que nuestra rivalidad” agregó, “sobrevivirá a todos los presentes”⁶⁹.

El temor a la Unión Soviética estaba montado sobre dos pilares fundamentales: su expansionismo y su militarismo. El primero respondía a la vocación imperialista de la

⁶⁸ Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 274.

⁶⁹ Lawrence Eagleburger “Review of U.S. Relations with the Soviet Union”, 1 de febrero 1983, *apud* Beth A. Fischer, *The Reagan Reversal. Foreign Policy and the End of the Cold War*, Missouri, University of Missouri Press, 1997, p. 19.

ideología comunista, que esperaba que los trabajadores del mundo se unieran en un abrazo fraternal, ideal difícilmente alcanzable mientras esos trabajadores no tomaran conciencia de sí mismos como clase. El segundo serviría para convencer a los escépticos.

El temor estadounidense –que iba mucho más allá de los pasillos de la Casa Blanca– partía de la convicción de que los soviéticos sí tenían los medios militares para lograr su cometido, y que el choque era irremediable. Incluso en 1983, Reagan decía preocupado que existía una ventana de vulnerabilidad en Estados Unidos: “a decir verdad, la Unión Soviética sí tiene un margen de superioridad”⁷⁰. El diagnóstico era tan dantesco como equivocado, porque para la década de 1980 los soviéticos estaban hundidos en un montón de armas, pero no tenían la fuerza económica ni moral para colgárselas al hombro.

Cuando los soviéticos se habían ya armado hasta los dientes, la política de la Casa Blanca de repente cambió. La mayor parte de la literatura sobre el tema vio en la transformación de la política de Estados Unidos una respuesta a la posición conciliadora de la URSS, y al mando de Gorbachov; y en la reunión de Ginebra de 1985⁷¹ el parteaguas en que comenzó la cercanía. En noviembre de 1985, en Ginebra, Gorbachov y Reagan se reunieron por primera vez; inaugurando una época de intercambios entre los altos mandos de las superpotencias. En esa reunión, Regan y Gorbachov decidieron evitar un enfrentamiento de cualquier tipo y detener la carrera armamentista. Beth Fischer pone en entredicho la hipótesis que atribuye el cambio en la posición estadounidense a la presencia de un líder más conciliador –Gorbachov– y coloca del lado estadounidense las cartas de la concordia; ya que en enero de 1984 Ronald Reagan dio un discurso con el que sellaba el fin del capítulo del enfrentamiento y comenzaba a escribir el del acercamiento,

⁷⁰ Beth A. Fischer, *op. cit.*, p. 21.

⁷¹ Con respecto a la cumbre de Ginebra, véase Francisco G. Basterra, “Reagan espera que la 'cumbre' de Ginebra disipe la desconfianza con la URSS”, *El País*, Madrid, 15 de noviembre de 1985, http://www.elpais.com/articulo/internacional/GORBACHOV/MIJAIL/URSS/REAGAN/RODOLFO/HULTZ/GEORGE/EE_UU/ESTADOS_UNIDOS/UNION_SOVIETICA/CONFERENCIAS_SOBRE_DESNUCLEARIZACION/elpepiint/19851115elpepiint_12/Tes/, consultado el 14 de abril de 2010.

cuando Gorbachov ni siquiera había sido nombrado Presidente del Soviet Supremo de la URSS.

Por primera vez en ese discurso, argumenta Fischer, Reagan sacó de su discurso la cruzada anticomunista y habló de los puntos en común entre las dos potencias; de la búsqueda de un terreno de cooperación y de la inclusión de la potencia que había sido paria del mundo occidental desde la Primera Guerra Mundial. Fisher explica el abrupto cambio por una serie de temores personales del presidente, como un golpe de lucidez que lo hizo darse cuenta de la destrucción que yacía en potencia en el seno del conflicto. Joseph Nye explicó el cambio como una maniobra de política interna, en la cual Reagan quiso mostrar que sí podía ser presidente de *la ciudad en la colina*, sí podía ubicarse al centro del espectro político, y los demócratas no podrían hacer alarde de nada que él no tuviera⁷².

Probablemente las ambiciones electorales de Reagan tuvieron un peso significativo, o tal vez Reagan genuinamente comenzó a pensar que el conflicto traería más sacrificios y pérdidas que victorias y medallas. Pero todas estas hipótesis suponen que Estados Unidos ignoraba todavía el ocaso económico de la Unión Soviética. Quizá los datos no eran suficientemente fiables, o acaso la lucha contra la amenaza comunista era un tema recurrente que otorgaba legitimidad y popularidad al presidente, una cruzada común por la cual había de unirse el pueblo estadounidense; pero difícilmente, en 1984, podía Reagan seguir pensando que la URSS llevaba ventaja innegable. Entre los documentos desclasificados de la CIA, resultan interesantes para el tema un par de informes de 1982 y 1984. El prefacio del primero dice que la década de 1980 sería particularmente difícil para la economía de la potencia, y señalaba el lento crecimiento en la productividad y en la fuerza de trabajo como factores clave para entender el deterioro⁷³. El documento de 1984 está fechado un mes después del discurso de Reagan, pero reúne conclusiones de

⁷² Beth A. Fischer, *op. cit.*, p. 52.

⁷³ Central Intelligence Agency – Directorate of Intelligence, “USSR Economic Projections; 1982-90”, septiembre 1982, en *Freedom of Information Act*, Central Intelligence Agency, <http://www.foia.cia.gov/>, consultado el 27 de enero 2009.

distintos informes de 1983; los síntomas son claros, y el diagnóstico sencillo: la economía soviética estaba en crisis y no se recuperaría a menos de que se llevara a cabo una profunda reforma del sistema⁷⁴.

A sabiendas de la debilidad económica de su rival, la administración estadounidense estaba en el mejor momento para negociar; para intercambiar las concesiones económicas, que desesperadamente necesitaban en el Kremlin, por concesiones políticas que hubiese sido imposible arrancar a una potencia fuerte y arrogante. Gorbachov facilitó el diálogo y generaba una sensación de confianza porque –cuando menos– parecía estar hablando con las mismas ideas democráticas que llenaban la boca de los estadounidenses. Así, la certidumbre en la flaqueza del otro jugaría después a favor de Alemania del Oeste y Estados Unidos cuando los términos de la reunificación se pusieron sobre la mesa. La debilidad de la Unión Soviética vino desde dentro; el andamiaje del sistema era demasiado endeble para mantenerse en pie mientras en la cima se seguían apilando pesadas inversiones en armamento. Reagan lo supo y extendió la mano cuando el discurso maniqueo no era ya tan redituable, cuando supo que el gesto le sería devuelto, porque no les quedaría más remedio, y cuando se dio cuenta que no valía la pena poner la seguridad internacional en jaque por un Estado tambaleante.

Ya encauzados en este acercamiento con la Unión Soviética, y una vez con Gorbachov a la cabeza del partido, la célebre reunión de Ginebra de 1985 no hizo más que culminar, o incluso institucionalizar, los nuevos aires del entendimiento bilateral. El principal logro de esa cumbre fue sencillamente eso: sentar un precedente y un compromiso para el entendimiento futuro, delimitar los contornos de esa nueva ruta que todos querían ver a los dos gigantes transitar⁷⁵. Con Reagan se dio el giro de ciento ochenta grados de la política de enfrentamiento y condena mutua que reinó los tres

⁷⁴ Central Intelligence Agency – Directorate of Intelligence, “USSR: Economic Projections Through 1990 – A New Look”, febrero 1984, en *Freedom of Information Act*, Central Intelligence Agency, <http://www.foia.cia.gov/>, consultado el 29 de enero 2009, p. 6.

⁷⁵ B. A. Fischer, *op. cit.*, p. 40.

primeros años de la década de 1980, a una política de cooperación, entendimiento y búsqueda de intereses mutuos que llegaría hasta el fin del violento siglo XX.

Con el cambio de presidente en la Casa Blanca, la reluciente política tuvo una breve pausa, un instante de vacilación, mientras Bush retomaba el tema donde su antecesor lo había dejado. En un inicio, y durante la campaña presidencial, Bush confesó que no se sentía muy cómodo con ese “idealismo”⁷⁶ en la política exterior, con ese derroche de buenos deseos y amistad, y que las reformas que eran corona de laureles para Gorbachov en el ámbito internacional bien podrían marchitarse o revertirse. El entorno internacional y las condiciones estructurales de las dos potencias eran favorables al entendimiento; en ese contexto, las personalidades de los líderes son cruciales, y una vez que Bush y Gorbachov tuvieron la ocasión de conocerse en persona y calma (Malta, 1989), la expectativa que había creado el cambio presidencial se disipó y Bush salió convencido – cuando menos a los ojos de la opinión pública– de que Reagan no había actuado a la ligera⁷⁷.

A pesar de los nuevos avances en la relación, incluso los más optimistas no veían aún el final del túnel, y pensaban que no serían testigos del fin de casi medio siglo de Guerra Fría. Zbigniew Brzezinski era uno de esos optimistas que, aun observando el debilitamiento de los soviéticos, preveía varias décadas antes de que la política internacional⁷⁸ diera el giro esperado (espera con cantidad considerable de aprehensión, ha de agregarse). Aconsejaba, sin embargo, que los estadounidenses comenzaran a retirarse, muy lentamente y de puntitas, dejando el futuro de Europa cada vez más entre las responsabilidades de los europeos, pero sin dar signos de derrota ni levantar sospechas o sentimientos de abandono. En particular, agregaba, había de fomentarse el surgimiento de una Europa del Este más independiente⁷⁹, con un sentimiento político y

⁷⁶ D. H. Chollet y J. M. Goldgeir, *cap. cit.*, p. 152.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 166.

⁷⁸ Brzezinski escribió en 1986.

⁷⁹ Z. Brzezinski, *op. cit.*, p. 247.

nacional propio, que lograra encontrar en su contraparte occidental un interlocutor más atractivo que la Unión Soviética⁸⁰.

Como si hubiese decidido seguir paso a paso la receta del consejero de Carter, Bush optó por dar una considerable importancia al Este de Europa en su agenda de política exterior, desde los primeros años de su presidencia. Reagan había elegido otras maneras de lidiar con la Guerra Fría: se había concentrado en la reducción de armamento nuclear, en las tensiones en el Tercer Mundo y había heredado de Carter el tema de los derechos humanos. Europa del Este fue *el* proyecto del presidente Bush; más aún, decidió reducir las tropas estadounidenses en territorios europeos y, de ese modo, ir dejando que Europa se hiciera responsable de sí misma. En realidad, esta “retirada” de Europa tenía mucho sentido si tomamos en consideración que el proceso de integración europeo ya estaba considerablemente adelantado para cuando Bush padre comenzó su periodo presidencial en 1989. Desde 1986, ya eran doce los miembros de la Comunidad Económica Europea que había sido fundada con el Tratado de Roma de 1957⁸¹. Si los Estados satélite soviéticos se sacudían la tutela de la URSS recuperando los que los distinguía a unos de otros –sus tradiciones e historia nacional— los países de Europa del Oeste habían estado buscando puntos en común, intereses compartidos que les permitieran acercarse.

La transformación de la relación entre las élites políticas de las dos superpotencias no produjo un acercamiento inmediato y sencillo de los países europeos de cada uno de los bloques. Justamente, la buena relación y la posibilidad de diálogo entre Estados Unidos y la Unión Soviética partían del respeto mutuo de sus zonas de influencia y de las fuerzas de los dos gigantes, por más que a uno comenzara a faltarle el aire. Tanto Kenneth Waltz como el aplaudido Zbigniew Brzezinski veían en la tensión y la

⁸⁰ *Loc. cit.*

⁸¹ Alemania del Oeste, Francia, Bélgica, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos crearon la Comunidad del Carbón y del Acero en 1951. En 1957, esos seis miembros ampliaron su cooperación a nuevos sectores económicos y fundaron, por medio del Tratado de Roma, la Comunidad Económica Europea (CEE). En 1981, Grecia se adhirió a la CEE, y, en 1986, Portugal y España. El sitio oficial de la Unión Europea, http://europa.eu/index_es.htm, explica sucintamente el proceso.

estabilidad de la división europea una de las razones de la ausencia de conflictos –aunque no por ello de la paz– y una de las condiciones del acercamiento. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el viejo continente había vivido en un estado de *no-guerra*⁸², pero no había habido paz alguna, puesto que los países europeos, y en particular, los del Este, no gozaban de concordia interna. En 1986, Brzezinski escribía que la división de Europa en zonas de influencia creaba tensiones y resentimientos en la alianza atlántica, mientras que cualquier vacilación en la orientación política de algún Estado del Oeste o del Este del continente provocaba al instante un fuerte dolor de cabeza a las dos superpotencias. A primera vista, la división europea parecía estable; pero era en realidad un caso de *metaestabilidad* –una condición física de rigidez que, de ser bruscamente sacudida, advertía el analista, se cuartearía repentinamente⁸³–. La Guerra Fría era justamente eso, una capa helada sobre las aguas de las relaciones internacionales que se había hecho más delgada con el acercamiento entre las superpotencias; bastaría una fisura para que todo el delgado hielo se partiera en mil pedazos. La disputa por Alemania era epicentro de la Guerra Fría, y su resultado, crucial para los años venideros⁸⁴. Alemania encarnaba las dos posiciones ideológicas, las dos vías, los dos mundos; la Alemania que cruzara hacia el otro lado y abandonara su credo, pondría en entredicho la existencia fundamental del mismo. Un golpe en el centro mismo del hielo no podría salvarse, y Alemania era precisamente ese epicentro.

* * *

El debilitamiento de la Unión Soviética y el acercamiento entre las dos superpotencias de la década de los ochenta trazan el límite de lo posible, de lo que podía suceder a partir de 1985. Pero, puesto que la concordia entre las superpotencias dependía

⁸² “A state of no-war” escribe Timothy Garton Ash (*In Europe's Name...*, ed. cit, p. 8).

⁸³ Z. Brzezinski, *op. cit.*, p. 197.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 55.

también del reconocimiento mutuo de sus zonas de influencia en Europa, el acercamiento entre la URSS y Estados Unidos no *basta* para explicar la reunificación alemana. Las transformaciones internacionales habían favorecido la posibilidad de una negociación entre las superpotencias; el debilitamiento soviético colocaba a la URSS en una posición vulnerable puesto que no tenía ya muchos recursos para defender posiciones rígidas, y los procesos polaco y húngaro habían comenzado a quebrantar el control soviético sobre sus Estados satélite. Las transformaciones internacionales crearon así un contexto favorable al proceso de reunificación alemán; pero la reunión de las Alemanias era tal vez el tema más delicado de la división de la posguerra. La Unión Soviética llevaría al límite sus disminuidos recursos con tal de no ceder *su* Alemania. Además, no faltaba quien viera la posible reunificación alemana con recelo, a los europeos y a buena parte de los alemanes, Alemania unida no les traía buenos recuerdos.

II

CAMINO A LA REUNIFICACIÓN Y DEBATES

Después de las transformaciones de Polonia y Hungría y la apertura de la frontera de esta última, en Alemania del Este comenzaron a aumentar las protestas y manifestaciones. El 9 de noviembre de 1989, el muro de Berlín se vino abajo; la construcción no bastaba ya para detener el éxodo masivo de los alemanes del Este hacia el Oeste. Así, el año de 1989 terminó con una interrogante algo incómoda. Con la caída del muro, el tema de la reunificación alemana volvió a encabezados de periódicos, minutas y discusiones políticas, provocando muchas sonrisas forzadas y obligando a los gobiernos de Europa del Oeste a sacar del cajón un tema que muchas veces los había desazonado. Para los europeos, el debate tenía poco de novedoso; si bien era una preocupación que respondía a las coyunturas del momento y a la que llegaban nuevos elementos día con día, la discusión se remontaba a décadas decimonónicas. Ataviada con nuevas ropas democráticas y liberales, pero arrastrando los mismos temores que Bismarck provocaba y habían permeado la Conferencia de Versalles de 1919, estaba una vez más sentada sonriente en la mesa, como un invitado enfadoso y un poco pedante que no se puede dejar fuera.

La peculiaridad o dificultad del tema yacía en que sus alcances no se detenían en sus fronteras. La reunificación de Alemania, como dijo André Fontaine¹, estuvo compuesta de tres reunificaciones simultáneas —o, cuando menos, proyectos de reencuentro—: la de

¹ André Fontaine, historiador y periodista francés nacido un par de años después de la Gran Guerra, trabajó en el periódico *Le Monde* desde sus mocedades y hasta ocupar los cargos de editor y director en las décadas de 1980 y 1990. La cita proviene del texto de Ralph Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa, en una carta pensada para un caballero de Varsovia*, trad. de Alberto Bixio, Barcelona, Emecé, 1991, p. 19.

Europa, la del lenguaje y la de la misma Alemania. La primera y la última irían de la mano, y la del lenguaje sería condición necesaria para que perduraran las otras dos. Las palabras que —aun escritas y pronunciadas del mismo modo— tenían durante la Guerra Fría significados dispares, poco a poco serían interpretadas del mismo modo a lo largo y ancho de Europa.

Con respecto a las reunificaciones de Alemania y de Europa, los europeos del Oeste —Francia e Inglaterra, principalmente, cuyas opiniones expondré en este capítulo— tenían opiniones encontradas: si bien apoyaban la reunificación de Europa y el esbozo de un proyecto de integración europeo común y compartido, no apoyaban del mismo modo la reunificación de Alemania que despertaba en ellos temores y sospechas. Sin embargo, ambas reunificaciones parecían ir de la mano; si la división de la posguerra se superaba y los países de Europa del Este —Alemania del Este entre ellos— continuaban eligiendo la vía democrática y de la reforma que los acercaría al proyecto de Europa del Oeste, entonces la Alemania del Este perdería razón de ser.

El debate sobre la unión se sitúa justamente ahí, en las posiciones encontradas que los europeos tenían sobre una y otra reunificación, ya que, si bien el mundo estaba bastante tranquilo y conforme con la partición de Alemania, “se encontraba ilógicamente mucho menos a gusto con la división del continente”². Y desafortunadamente para los gobiernos europeos, la división europea parecía más enraizada que la alemana, de modo que resultaba complicado imaginar una concordia y fraternidad europea que no incluyeran un abrazo alemán. El acercamiento alemán era justamente el tema central del proyecto de unidad europea; había sido el tema pendiente, la situación de provisionalidad, constante recordatorio y, en su momento, catalizador del cambio. A pesar de la institucionalización de la división, del reconocimiento tácito de cuáles eran las áreas de influencia de una y otra superpotencia, el futuro europeo no podía considerarse escrito

² Timothy Garton Ash, *In Europe's Name. Germany and the Divided Continent*, New York, Vintage Books, 1993, p. 23.

mientras Alemania estuviera dividida³ y el proyecto del retorno a la unidad siguiera vigente.

El “problema alemán” –como diplomáticamente se llamó al debate sobre la unidad de Alemania– provenía de las suspicacias que generaba la perspectiva de una Alemania (nuevamente) unida. El recelo era histórico; desde la primera unificación alemana de finales del siglo XIX las demás naciones europeas habían visto a una Alemania unida y fuerte como imponente amenaza a sus intereses e incluso –y aún más después de las experiencias de las dos guerras mundiales– a su existencia. La respuesta que los europeos habían encontrado para hacerle frente había sido dividirla o aplastarla⁴ cuando fuese posible, como lo hicieron en 1919 y en 1945. Y sin embargo, incluso habiendo cortado a Alemania la cabeza, como a la Hidra de la mitología, las dos Alemanias fruto de la división se habían fortalecido en las décadas de los cincuenta y los sesenta. Cada una se había tornado aprendiz ejemplar de uno de los dos grandes modelos ideológicos: la República Federal, que había recibido importantísimos recursos del Plan Marshall, se había catapultado hacia las filas de los paladines democráticos y se había erguido con fuerza en el horizonte de la Europa occidental; de modo que para 1989 su economía y ejército poco recordaban la devastación y miseria del fin de la guerra. La República Democrática, a pesar de haber sufrido la ocupación soviética, se había convertido en el segundo Estado industrial más poderoso del bloque soviético (sólo después de Rusia) y se había apropiado de la causa comunista con más ahínco que el arquetipo soviético⁵.

Al viejo debate de las potencias europeas se sumó, en 1989, el debate interno sobre la reunificación, que reunía las conclusiones, observaciones y renuencias de la relación entre las dos Alemanias que se había entibiado paulatinamente. En este capítulo analizo

³ Zbigniew Brzezinski, *Game Plan. How to Conduct the U.S.-Soviet Contest*, New York, The Atlantic Monthly Press, 1986, p. 198.

⁴ Hans J. Morgenthau, “The Problem of German Reunification”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 1960, núm. 330, p. 125.

⁵ Peter H. Merkl, *German Foreign Policies, West and East*, Santa Barbara, ABC-Clio, 1974, p. 90.

los intentos anteriores de reunificación, los pequeños pasos hacia delante y hacia atrás de la relación entre las Alemanias antes de llegar a 1989. A pesar de los acercamientos entre las Alemanias y las propuestas anteriores de reunificación, ésta no había sido posible antes de 1989. Las transformaciones en la distribución de poder internacional planteadas en el capítulo anterior ayudan a explicar por qué en 1989 el desenlace fue distinto, y la reunificación pudo tener lugar. Sin embargo, si bien dichas transformaciones aportan luz al análisis, no bastan para explicar la reunificación, puesto que ingleses, franceses, rusos, y buena parte de los alemanes no sólo no apoyaban el proyecto de reunificación, si no que se oponían abiertamente. La exposición del debate sobre la reunificación permitirá comprender una de las razones por las que la reunificación se adivinaba muy complicada en 1989.

1. COQUETEOS CON LA REUNIFICACIÓN ALEMANA, ¿CUÁNDO Y POR QUÉ?

El proyecto formal de reunificación, que comenzó una vez tirado el muro, no fue el primero en la historia de Alemania dividida, pero sí el único que no fue propuesto por el Kremlin y el único que logró su cometido. La Unión Soviética no sólo estuvo ausente del proyecto de 1989, sino que se opuso a la reunificación al iniciar el decenio de 1990, y no fue cediendo sino hasta encontrarse arrinconada y optar por llenar sus bolsas con cuantas concesiones y recursos pudiera, frente a lo que se presentaba ya como *fait accompli*. A partir del cambio de posición de la Unión Soviética –de promotor de la reunificación a obstáculo por vencer– y de las Alemanias⁶, es posible rastrear los orígenes del debate, los dilemas de fondo, cómo se entretejieron los intereses de uno y otro bloque, de unos y otros Estados, cómo ciertas prioridades desplazaron a las que parecían antes fundamentales.

⁶ Especialmente de la República Federal, puesto que la República Democrática tenía poco margen de maniobra frente a las directivas de Moscú.

La artificial división alemana

La división de Alemania fue artificial por ser impuesta por los vencedores de la guerra. Las opciones para lidiar con una Alemania fuerte y desafiante habían sido –como dije arriba– aplastarla o dividirla. Pisotearla y exprimirla, humillarla y drenarla de todos sus recursos fue la elección en 1919, y los resultados fueron tan nefastos como el proyecto. El nacionalsocialismo buscó voces que hicieran eco al emotivo discurso de la nación castigada, paria de Europa, cuyas onerosas restricciones no le permitían levantarse de la miseria. En 1949, y tal vez recordando las lecciones de la historia, los países vencedores decidieron inclinarse por otra opción, partir Alemania a la mitad, sin escucharla ni consultarla. En realidad, el problema es algo más sutil, porque la división alemana en 1949 no fue fruto del acuerdo entre los vencedores (como en 1919), sino resultado de sus desencuentros. La división comenzó siendo consecuencia del conflicto entre el bloque soviético y el occidental; la tensión separó a los Estados de los dos bloques y anquilosó poco a poco la repartición de Europa. Paradójicamente, esa institucionalización de la división –ese reconocimiento de hasta dónde llegaba el área de influencia de uno y dónde comenzaba la del otro– sentó las bases de la reconciliación o cuando menos de la concordia.

Es decir, Europa fue el escenario privilegiado de las tensiones de la Guerra Fría mientras parecía que aún estaba en suspenso el trazo de los límites de influencia de una y otra superpotencia. Mientras una pudiera ganar un poco de territorio por aquí, o la otra una provincia por allá, Europa continuaría siendo un trofeo que dividirse. Pero, en el momento en que la división europea se reconoció –en el momento, en que el muro de Berlín delineó las fronteras de un bloque y el otro— y se volvió, en ese sentido, una “división institucionalizada”, entonces Europa dejó de ser el territorio disputado por las superpotencias porque las áreas de influencia de cada superpotencia se consolidaron. Voltarían después hacia el Medio Oriente para continuar con su búsqueda de botines.

Así, al principio, lo único en que estadounidenses y soviéticos estaban de acuerdo era en sus desacuerdos. La institucionalización de la división y la repartición de Europa – limpiamente trazada– tranquilizaron los ánimos de los europeos, porque el continente dejaba entonces de ser escenario privilegiado del conflicto. La ebullición de los primeros años se había calmado y no era necesario estar al acecho del cambio; los malabares diplomáticos se volvieron austeras caravanas una vez que las superpotencias estuvieron de acuerdo en las fronteras de sendas influencias. Timothy Garton Ash⁷ señala que esta estabilización de la repartición europea permitió que las superpotencias dialogaran de nuevo; la imaginaria frontera de sus zonas de influencias dejaba claro que a pesar del conflicto ideológico, Estados Unidos y la URSS se reconocían mutuamente, se conocían y se respetaban. Por ello, los términos de la reunificación habrían de trazar nuevamente las fronteras de influencia, sacudir el acuerdo de las últimas décadas e incluso declarar un vencedor. La Unión Soviética de los años ochenta no tenía ya la fuerza con la que se había erguido en la mañana de la posguerra, y no pesaba lo suficiente para negociar la reunificación en términos de igualdad. Ante tal circunstancia de debilidad estructural y diplomática, la URSS optó por oponerse a la reunificación en 1989. Pero ésa no había sido su posición en los años anteriores.

Intentos por la unidad alemana: el Kremlin propone, la República Federal dispone

Las fanfarrias y el optimismo que recibieron la reunificación alemana dan la impresión de que ése era el objetivo último por el que trabajaron incansablemente las dos Alemanias desde 1949 o, cuando menos, el fin anhelado por la República Federal de Alemania (RFA), puesto que la República Democrática Alemana (RDA) poca libertad de acción tenía bajo el dominio soviético. Por eso no deja de sorprender que hubiera más de un

⁷ *Op. cit.*, prólogo.

intento de reunificación, y los dos –en 1952 y 1955⁸– por iniciativa de quién se opondría después a ella a toda costa: la Unión Soviética.

En 1952, los franceses y los alemanes del Oeste terminaban de negociar un acuerdo sobre una Comunidad Europea de Defensa⁹, que vislumbraba el rearme de Alemania del Oeste dentro de un marco militar europeo que permitiera controlar de cerca la RFA. Stalin envió entonces una famosa nota en la que ofrecía la reunificación de Alemania siempre y cuando los alemanes occidentales abandonaran su proyecto de rearme¹⁰; es decir, en donde proponía la reunificación alemana a cambio de que Alemania se mantuviera neutral, desmilitarizada y desocupada, al margen del proceso de integración del bloque occidental. La perspectiva de una Alemania del Oeste nuevamente armada, dentro de la OTAN y que podría incluso llegar a poseer armas nucleares preocupaba mucho a los soviéticos, y preferían que Alemania unida se mantuviera al margen de la división de Europa en alianzas estratégicas. Para los soviéticos, daba prácticamente lo mismo que Alemania unida fuera capitalista, siempre y cuando su posición ideológica no se tradujera en una adhesión a la OTAN. Alemania sería entonces una suerte de colchón, de *buffer state* entre los bloques, de Estado neutral que no inclinaría la división de poder en Europa de ninguno de los dos lados.

Que los alemanes aceptaran esta propuesta implicaría un frenazo a la integración de Alemania al bloque occidental, a pesar de que incluyera su pertenencia en las Naciones Unidas y un ejército –limitado, pero que bastara cuando menos para aquietar el orgullo militar germánico¹¹–. Era un intercambio de concesiones, proponía ceder un botín cautivo a cambio de la promesa de la neutralidad. La oferta era tentadora y distintos políticos de la Unión Demócrata Cristiana y del Partido Social Demócrata quisieron analizarla con más profundidad, pero quien estaba entonces al frente de la República

⁸ Mary Fulbrook, *The Divided Nation. A History of Germany 1918-1990*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 179.

⁹ El acuerdo, firmado en 1952, nunca se ratificó en esos términos.

¹⁰ M. Fulbrook, *op. cit.*, p. 178.

¹¹ P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 85.

Federal Alemana era Konrad Adenauer¹², con todas las cartas decisorias en la mano. Al cancelar la propuesta le pareció un tanto turbia. Para él, el proyecto democrático, el crecimiento económico y la integración de Alemania del Oeste a Europa occidental —que se consideraba entonces, del mismo modo que la RDA, la única representante de Alemania— figuraban en la lista de prioridades muy por encima de la unión. Aceptar la propuesta soviética hubiese implicado renunciar al horizonte democrático y al crecimiento económico, frenar la integración europea apadrinada con la millonaria ayuda del Plan Marshall. Abanderando la causa democrática, Adenauer rechazó la oferta de Stalin. A los aliados occidentales tampoco hubiera convenido que los alemanes aceptaran la oferta soviética; una Alemania del Oeste, más pequeña, que formara parte del proceso de integración europeo sería más predecible y más fácil de controlar que una Alemania neutra, unida y de mayor extensión territorial que podría mostrar interés en las promesas de la Unión Soviética en cualquier momento.

La propuesta de 1955 siguió las mismas líneas y obtuvo la misma respuesta. La negativa parecía rotunda, por lo que tanto alemanes del Este como soviéticos tuvieron que replantear las líneas estratégicas de su política europea. Así, desencantados con sus intentos fallidos por seguir moldeando y transformando el panorama europeo, los soviéticos —quienes, además, no tenían ya a Stalin a la cabeza del régimen— optaron por adaptar sus políticas a la existencia de los dos Estados alemanes, y decidieron consolidar la situación construyendo el 13 de agosto de 1961 el muro de Berlín que aseguraría la existencia de una Alemania del Este al mantener a sus ciudadanos dentro¹³ y frenar el éxodo hacia Occidente. El proceso de repartición del continente europeo había terminado: la división se había institucionalizado. Una vez asegurado el capital humano de la República Democrática, el fortalecimiento de la misma se planteaba como una cuestión de tiempo y trabajo, de poner manos a la obra. El carácter provisional de la división europea había terminado. Los soviéticos no sólo habían aceptado la división,

¹² Y ocupaba además, en ese momento, el doble cargo de Canciller y Ministro de Relaciones Exteriores.

¹³ P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 107.

sino que la habían fijado a golpes de pico y pala, apilando ladrillos; difícilmente permitirían una modificación del *status quo* y de la división de poder e influencias en Europa.

Distanciamientos y acercamientos de las dos Alemanias

La historia de la política exterior de las dos Alemanias no es un esfuerzo constante por reencontrarse con la mitad perdida como en el discurso de Aristófanes en *El Banquete* de Platón. Si bien se trata –como en la fábula– de una partición forzosa por alguien más poderoso, la historia de las Alemanias no es una búsqueda desesperada del reencuentro; y la fraternidad no fue el sentimiento dominante entre las élites políticas responsables de la política exterior.

La división de la posguerra dejó mejor parados a los alemanes del Oeste que a los del Este. Peter H. Merkl¹⁴ explica que, si bien la destrucción sufrida en Alemania estuvo más o menos repartida de manera homogénea, los alemanes del Este tuvieron que soportar una ocupación mucho más dura¹⁵, una presencia extranjera desagradable para la población, que dejó funestos recuerdos y que, además, en lugar de dar un empujoncito al devastado sistema económico alemán, se concentró hasta 1949 en drenar de las regiones ocupadas –que corresponderían después a la RDA– cuanto capital fijo y humano pudo. Una vez creado el Estado satélite, tampoco vaciló en llevarse su tajada de la producción alemana¹⁶. Por el contrario, los alemanes del Oeste, recibieron una ola de recursos económicos para salir de la miseria y se colocaron en el mismísimo centro europeo, conectados (y controlados) por doquier por ingleses, franceses y estadounidenses, pero con los bolsillos llenos para escalar hasta la cima económica.

¹⁴ Politólogo e internacionalista alemán quien se ha interesado en los ires y venires de las Alemanias de la segunda mitad del siglo XX.

¹⁵ P. H. Merkl, *op. cit.*, pp. 89-90. Su afirmación se basa en una encuesta realizada por el *Institut für Demoskopie* en 1950 en la que se preguntó a refugiados y expulsados de Alemania del Este, así como a ciudadanos de la RFA cómo calificarían sus experiencias con los poderes de ocupación. Sobre la ocupación soviética, 95% contestaron que habían tenido malas experiencias, en comparación con un 65% de experiencias negativas con la ocupación francesa, 49% con la estadounidense y 37% con la británica (véase cuadro, *ibid.*, p. 90).

¹⁶ *Loc. cit.*

Por ello no sorprende que, antes de la construcción del muro, los más interesados en abogar por la unidad fueran los alemanes del Este. Para la RFA la reunificación podía — y debía— esperar. Los alemanes occidentales se dedicaron primero al desarrollo democrático y a la recuperación económica. Justamente esta rápida recuperación de la economía permite explicar los aplausos que en la década de los años cincuenta recibieron Adenauer y su partido ¹⁷.

Los intentos fracasados de reunificación no dejaron las cosas en el mismo sitio en donde las habían encontrado. Muy al contrario, consolidaron la división al colocar a cada uno de los Estados en esferas de influencia y sistemas muy dispares¹⁸. Para mediados de la década de 1960, en lugar de un pueblo alemán unido visto con hostilidad por los poderes occidentales y soviéticos aliados como veinte años antes, un pueblo alemán dividido se miraba mutuamente con hostilidad, y sus ejércitos representaban el más amplio enfrentamiento entre los bloques soviético y occidental¹⁹.

Al desaire por la “traición de la unidad” se sumó, en la Alemania del Este, la fuga de capital humano hacia la República Federal. No sólo resultaba vergonzoso ver cómo profesionistas, jóvenes, médicos, abogados y trabajadores decidían hacer sus maletas en un Estado que debía ser una suerte de “utopía para los trabajadores” y se encaminaban hacia una ideología tajantemente opuesta, sino que el cauce de migrantes hacia el Oeste minaba las bases demográficas y la posibilidad de sacar la República Democrática adelante. Un Estado sin ciudadanos valía poco más que un profeta sin seguidores; sería como pregonar grandes ideales en un auditorio vacío. El muro de Berlín, por sí mismo, aseguró entonces la viabilidad del Estado socialista al encerrar a sus ciudadanos y obligarlos a escuchar su utopía, a mirar hacia dentro, y concentrar sus esfuerzos en la construcción de la República Democrática. Así, para la década de 1960, la RDA había abandonado el objetivo de la unidad dictado por la Unión Soviética, y comenzaba a

¹⁷ Adenauer pertenecía a la Unión Demócrata Cristiana. M. Fulbrook, *op. cit.*, p. 181.

¹⁸ *Ibid.*, p. 180.

¹⁹ *Loc. cit.*

forjar un discurso de identidad de Alemania del Este que se definía por oposición a su contraparte del Oeste²⁰.

La República Federal se dedicó entonces a mirar de frente hacia Europa del Oeste, dando la espalda al bloque socialista y a la “hermana” república: no sólo rechazó la posibilidad de unidad, que los alemanes del Este veían esperanzados, sino que desconoció la existencia de *otro* Estado alemán, por lo menos como entidad legítima. La República Democrática Alemana era pues –para la RFA– una zona de ocupación cuya existencia era temporal; y el reconocimiento diplomático por cualquier país de ese Estado ilegítimo (por no haber sido elegido democráticamente) valdría la condena de la República Federal. El movimiento era una evidente condena al régimen de la RDA, pero los alemanes del Este se sintieron también de algún modo hechos a un lado por la RFA. En el preámbulo de la Ley Básica de la RFA –que no fue llamada “Constitución”, porque debía ser meramente transitoria– los alemanes del Oeste afirmaban:

El pueblo alemán (...) ha promulgado, en virtud de su poder constituyente, esta Ley Básica para la República Federal de Alemania para dar un *nuevo orden a la vida política por un periodo transitorio*.

Ha actuado también *en representación de todos los alemanes* a quienes se les ha negado la participación. Todo el pueblo alemán es llamado a alcanzar por libre determinación la unidad y libertad de Alemania²¹.

La pretensión de estar representando a todo el pueblo alemán y la afirmación de que los alemanes del Este estaban del otro lado muy a pesar suyo molestaba a las élites políticas de Alemania del Este, en parte, porque era cierto, y además porque era la base de la doctrina Hallstein que desde 1955 dictaba que la República Federal Alemana no mantendría relaciones diplomáticas con ningún Estado que reconociera a Alemania del Este. Aislada, a la RDA no le quedaba más remedio que volcarse hacia los otros miembros del bloque soviético y trazar una serie de máximas de política exterior,

²⁰ P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 95.

²¹ El texto es de 1949. Con la reunificación, se hicieron cambios al texto en todo lo referente a la unidad alemana, por lo que el preámbulo fue modificado. “Basic Law of the Federal Republic of Germany (1949/Amendments 1956)”, *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=2858, consultado el 3 de mayo de 2009. La traducción y el subrayado son míos.

amalgama de cordialidad diplomática y orgullo herido. Quien era el ministro de relaciones exteriores de la RDA en 1968, Otto Winzer, estableció cinco líneas de política exterior entre las que destacaba la “lucha a las políticas cada vez más peligrosas y agresivas del imperialismo de Alemania del Oeste y su pretensión arrogante de representar a todos los alemanes (*Alleinvertretung*)”²². El resto de las premisas consistía en sobrias reverencias hacia los países del bloque occidental, y efusivas sonrisas y apretones de manos con los del bloque soviético.

La posición de la República Federal comenzó a cambiar muy lentamente. En un primer momento, mirando por arriba del hombro hacia la Europa olvidada. El ministro de relaciones exteriores, Gerhard Schröder²³, empezó –desde 1962– a buscar una mejoría en las relaciones con ciertos países del Este, pero evitando ver a la RDA, que para fines diplomáticos de los alemanes occidentales, ni siquiera existía como Estado soberano. La indiferencia estaba muy lejos de ser neutra: equivalía a un rechazo abierto hacia el Estado socialista. En el mismo sentido, el acercamiento con los países del Este fue trazado en términos meramente comerciales, de modo que la doctrina Hallstein no se negaba ni olvidaba²⁴: ésta no precisaba en ningún sitio que la RFA no pudiese tener relaciones *comerciales* con Estados que reconocieran a la RDA; sólo señalaba que no podrían haber relaciones *diplomáticas*. Pero mientras rodeaban a la RDA tejiendo lazos con el resto de los países, los alemanes occidentales comenzaban a darse cuenta de que los contactos entre las dos sociedades comenzarían a deshilacharse si seguían desconociendo la existencia del Estado que –para bien o para mal– los albergaba. Las políticas de la RFA hacia la RDA

²² P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 91.

²³ Quien fue ministro de relaciones exteriores de la RFA entre 1961 y 1966. A Adenauer siguió von Bretno di Tremezzo como ministro de relaciones exteriores y a éste lo sucedió Gerhard Schröder (1910-1989), un miembro de la Unión Demócrata Cristiana (CDU). Schröder fue ministro de relaciones exteriores de Adenauer (en los últimos años en que Adenauer fue canciller) y de Ludwig Erhard, el canciller de la RFA que siguió a Adenauer. Cabe precisar que el Gerhard Schröder que menciono aquí no es el mismo Gerhard Schröder que fue canciller de Alemania en los años noventa, que pertenece al partido socialdemócrata y que aún vive, habiendo nacido más de treinta años después que el Schröder que aquí nos compete. Véanse las referencias que tiene la Biblioteca Nacional Alemana sobre el Gerhard Schröder que fue ministro de relaciones exteriores en <http://d-nb.info/gnd/118610821>.

²⁴ Puesto que si bien pueden ser muy cordiales, las relaciones comerciales seguían teniendo ese tinte de transacción financiera que no alcanzaba los desplantes y despliegues de un entendimiento diplomático. Y la doctrina Hallstein hablaba solamente de evitar tejer relaciones diplomáticas con Estados que hubiesen reconocido a Alemania del Este.

tenían consecuencias duras sobre los alemanes del Este, aun cuando la idea fuese atacar el régimen de la Alemania del Este y no a sus alemanes. Kiesinger, canciller de la RFA por breves tres años²⁵, reconoció la apremiante necesidad de construir puentes entre una y otra sociedad, y optó por promover las relaciones en casi todos los niveles, con la excepción de la relación política y diplomática, el reconocimiento entre ambos gobiernos²⁶.

En junio de 1969, la doctrina Hallstein fue reformulada: si un tercer Estado reconocía a la RDA, la RFA lo tomaría como un gesto poco amistoso, pero que no provocaría la ruptura de las relaciones diplomáticas. El tenor de la doctrina se había suavizado. Aun cuando Kiesinger era entonces el canciller de la RFA, Willy Brandt, quien sería después un actor importantísimo en el acercamiento entre las Alemanias como canciller de la RFA, ya era el ministro de relaciones exteriores. Sin duda, las políticas de Kiesinger hacia la RFA deben mucho a Willy Brandt.

La piedra angular en las relaciones entre ambos Estados, el momento en que los intercambios subieron a la cúpula del poder, fue colocada por la muy comentada y polémica política hacia el Este de Willy Brandt, quien entró por la puerta del Ministerio de Relaciones Exteriores antes de ser elegido canciller en octubre de 1969.

Con la elección de Brandt como canciller de la República Federal el Partido Social Demócrata regresó al poder después de casi cuarenta años de ausencia²⁷. Desde su discurso inaugural como canciller frente al *Bundestag*, Brandt hizo alusión a la necesidad de tender lazos entre las Alemanias para poner en primer plano a la nación alemana, aun

²⁵ Kiesinger había pertenecido al partido nazi. Por ello, su elección como canciller de la RFA fue muy criticada.

²⁶ P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 121.

²⁷ En realidad Brandt llegó al Ministerio de Relaciones Exteriores gracias a la alianza electoral –la “Gran Coalición”– entre el Partido Social Demócrata y la Unión Demócrata Cristiana. La unión fue muy criticada y fue uno de los principales reclamos (junto con la Guerra de Vietnam y el imperialismo yanqui) del movimiento estudiantil de 1968, puesto que los estudiantes veían en la unión del partido en el poder y el principal partido de la oposición una amenaza al sistema partidista plural. En 1969, la coalición se derrumbó y el partido social demócrata, con más fuerza y presencia en cargos públicos, formó una nueva coalición con el Partido Democrático Libre que duró hasta 1982.

dividida en dos Estados²⁸. Rápidamente, y en un par de años, Brandt sentó las bases de la *Ostpolitik* –su política hacia el Este— que transformaría fundamentalmente la relación entre las dos Alemanias²⁹. Fue su sello particular, su hercúlea tarea y la apuesta en la que puso todas sus fichas. La innovadora propuesta marcaba un corte limpio con sus antecesores, con los gobiernos de la Unión Demócrata Cristiana y la tradición de Adenauer, principalmente porque buscaba que el acercamiento con los alemanes de la RDA partiera del reconocimiento del Estado de la RDA. Adenauer había partido del desconocimiento de la RDA para condenar al Estado de la RDA, esperar su desaparición (puesto que la división era una situación temporal) y entonces trabajar por el reencuentro con los alemanes que habían vivido en el Este. Hasta qué punto Brandt estaba comprometido personalmente con el acercamiento entre las dos Alemanias resulta difícil juzgar; las grandilocuentes declaraciones políticas y las confesiones de fe en política pueden ser reflejos de creencias sinceras, instrumentos maquiavélicos o una mezcla de los dos. Para la política interna de la República Federal me parece poco significativo si Brandt *creía* personalmente en el objetivo de la *Ostpolitik*; en términos prácticos, fue el sello que lo distinguió de los gobiernos anteriores y que tenía que defender si quería mantenerse en el poder. Las élites políticas conservadoras de la Unión Demócrata Cristiana lo tuvieron claro y se empeñaron en oponerse a la política del canciller. Así, intereses personales, partidistas y electorales se entrelazaron con lo que, a primera vista, eran intereses nacionales e internacionales³⁰. Pero, finalmente, ¿no lo hacen siempre? Los cristiano-demócratas se involucraron en su bandera conservadora y tacharon a Brandt por ceder, por tender lazos a los “comunistas” y, claro está, por traicionar el espíritu de la Ley Básica, ya que Brandt parecía reconocer la existencia de dos Estados alemanes en vez de “trabajar por la reunificación”. Un tanto paradójicamente, ésta continuaría siendo un ideal

²⁸ El discurso de Willy Brandt puede consultarse en “Two States – One Nation”, trad. de Jeremiah Riemer, 28 de octubre de 1969, en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=168, consultado el 12 de junio de 2010.

²⁹ M. Fulbrook, *op. cit.*, p. 197.

³⁰ T. Garton Ash, *op. cit.*, p. 29.

inalcanzable si los dos Estados alemanes continuaban marchando en direcciones opuestas; pero el atajo que Brandt había tomado para acercarse a la otra Alemania no tenía satisfechos a los conservadores aun cuando estuviesen de acuerdo con el objetivo. La política de Brandt puso los pies sobre la tierra, reconociendo la necesidad de un acercamiento y un intercambio; reconociendo la realidad europea y no cegándose con grandes discursos que se hacían de la vista gorda sobre un hecho muy evidente: por más que quisieran negarlo, la República Democrática estaba ahí, con una estructura gubernamental, un aparato burocrático, un ejército y muchos alemanes. Aplaudiendo la posición de Brandt, el *Times Magazine* lo nombró “persona del año” en 1970 y escribió:

Willy Brandt es el primer hombre de Estado de Alemania del Oeste dispuesto a aceptar todas las consecuencias de la derrota: los territorios perdidos, la aceptación de la responsabilidad moral, el reconocimiento de la división alemana. En el proceso, está desafiando también a los países comunistas a expandir sus relaciones con Occidente, e indirectamente, a permitir una mayor libertad de sus propios pueblos³¹.

A pesar de los aplausos externos, la política de Brandt se topó con distintos obstáculos parlamentarios. La primera votación del *Bundestag*, el Parlamento de la RFA, se inclinó mayoritariamente hacia el rechazo de la *Ostpolitik*³² y todas las premisas que suponía: el reconocimiento de otro Estado alemán, el fin de la doctrina Hallstein (aun reformulada) y de la supuesta representación de todos los alemanes por la RFA. Los segundos aires y el impulso que la estableció como la política exterior de Alemania del Oeste vinieron desde abajo, desde la gente de la República Federal Alemana. Esto me parece un elemento peculiar y definitorio de la sociedad alemana, puesto que –como lo veremos más adelante– el punto de quiebre que permitió la reunificación alemana de octubre de 1990 tiene que ver también con el papel de la gente, con la manifestación de sus deseos; creo también que el peso de estos movimientos revela una conciencia de la sociedad (civil) sobre su capacidad para cambiar la situación y, en ese sentido, creo que es también prueba de una democracia que ha llegado más allá de las urnas, que ha permeado la

³¹ “On the Road to a New Reality”, *Time Magazine*, 97 (4 de enero 1971), <http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,942376-1,00.html>, consultado el 2 de mayo de 2009.

³² P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 167.

sociedad y se ha vuelto cotidiana. Así pues, la luz verde para Brandt vino de su reelección en noviembre de 1972; 91% de los alemanes se presentaron a votar en una elección en que la *Ostpolitik* era el tema central y mostraron un amplio apoyo para el proyecto, así como para los posibles tratados que tenían que ver con la promoción de la política hacia el Este³³. Por ello, las elecciones de noviembre de 1972 pueden describirse casi como un plebiscito sobre la *Ostpolitik* de Brandt, un plebiscito que obtuvo una victoria notable para el canciller. Cabe decir que la *Ostpolitik* estaba compuesta por una serie de tratados y medidas: el fin de la doctrina Hallstein reformulada en junio de 1969; el Tratado de Moscú, un acuerdo de renuncia a la fuerza y reconocimiento de las fronteras de la posguerra con la Unión Soviética firmado en agosto de 1970³⁴; el Tratado de Berlín, que involucraba a los cuatro antiguos aliados y debía mejorar el tránsito hacia Berlín Este, así como facilitar las visitas de los alemanes del Oeste; y finalmente, el crucial Tratado Básico de diciembre de 1972, promulgado inmediatamente después de la victoria electoral de Brandt de noviembre del mismo año. Éste suponía un reconocimiento *de facto* (aunque aún no *de jure*) de Alemania del Este –y por ende, el fin de la supuesta representación de todos los alemanes por uno u otro Estado–, y establecía el comienzo de relaciones “normales, de buena vecindad entre las Alemanias con base en derechos iguales”³⁵. Con este último tratado en mano, las dos Alemanias comenzaron el proceso para volverse miembros ordinarios de las Naciones Unidas y rápidamente lo lograron³⁶. Todos estos tratados sentaron bases, construyeron pilares y cimientos sobre los que se irguieron entonces las políticas de los cancilleres y ministros de relaciones exteriores que siguieron. Si bien Helmut Kohl, canciller a partir de 1982, fue el paladín de la reunificación alemana,

³³ M. Fulbrook, *op. cit.*, p. 209.

³⁴ El artículo 2 del Tratado supone la renuncia a la fuerza, y afirma que las controversias sólo habrán de resolverse por medios pacíficos. El artículo 3 estipula el reconocimiento de las fronteras existentes como inviolables y asevera que ninguno de los dos países tiene reclamos territoriales pendientes con el otro (“Moscow Treaty (August 12, 1970)”, *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), fuente citada, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=919, consultado el 8 de mayo de 2009.

³⁵ Artículo 1, “The Basic Treaty (December 21, 1972)”, trad. al inglés de *The Bulletin*, vol. 20, núm. 38, Press and Information Office of the Federal Government (Bundespresseamt), Bonn, citado en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), fuente citada, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=172, consultado el 8 de mayo de 2009.

³⁶ M. Fulbrook, *op. cit.*, p. 209.

resulta imposible explicar el giro de las relaciones sin la visión de Brandt: “Así que por todo eso, puede hacerse una simple afirmación: la *Ostpolitik* alemana fue concebida en los años 1969-1972. El éxito tuvo muchos padres, pero las parteras se llamaron definitivamente Willy Brandt y Walter Scheel³⁷”.

Con la aprobación del Tratado Básico, los contactos se multiplicaron, y los alemanes de uno y otro lado comenzaron a reencontrarse. Poco a poco, el comercio entre las dos Alemanias comenzó a crecer, se establecieron nuevas líneas telefónicas entre ambas Alemanias y los medios de comunicación de una Alemania pudieron poco a poco penetrar en la otra. A pesar de las diferencias entre los dos gobiernos, los alemanes del Este y del Oeste volvían a tejer lazos entre sí mientras los intercambios aumentaban. El ritmo marcado por Brandt fue seguido por los dos Helmut: Schmidt y Kohl. Sin embargo, la reunificación no parecía ser el objetivo final de las políticas de la RFA hacia el Este. Se trataba más bien de volver a ser esa Alemania del Centro que tendía puentes, que era intérprete de Este y Oeste; un Estado que mirara al mismo tiempo hacia poniente y oriente, y que teniendo el flanco occidental asegurado por las políticas integracionistas de Adenauer, pudiera estar seguro que al mirar hacia el Este no naufragaría. La prioridad de Brandt no era, a mi parecer, la reunificación de los Estados a toda costa; pero sí la recuperación de los vínculos rotos entre los alemanes de uno y otro lado. La reunificación nacional era vista como una condición de partida necesaria para una reunificación estatal que podría llegar —o no llegar— después. De cualquier modo, en ese momento, la reunificación estatal era prácticamente impensable, puesto que la única vía posible para una reunificación rápida sería la recuperación de la propuesta del Kremlin de la neutralidad, una posibilidad que había sido impensable en los años cincuenta y que lo era aún más en los años setenta. La neutralidad era un precio muy costoso para la unidad, que los alemanes del Oeste no estaban dispuestos a pagar. La propuesta de Brandt es así,

³⁷ T. Garton Ash, *op. cit.*, p. 36. Walter Scheel fue el ministro de relaciones exteriores de Willy Brandt desde 1969 y hasta 1974. Pertenecía al partido Democrático Libre con el cual los socialdemócratas habían concretado una alianza en 1969.

al mismo tiempo, ruptura y continuidad con la línea demócrata cristiana de Adenauer: la política intransigente de Adenauer permitió crear un espacio de maniobra en el que Brandt pudo concebir su nueva herramienta diplomática.

Con frecuencia se reclamó a Brandt que estuviera desplazando a segundo término la política interior para dedicarse a las relaciones exteriores de la RFA, y más exclusivamente a las relaciones entre una y otra Alemania. Sin embargo, creo que Brandt no olvidó la política interna en ningún momento: el proyecto diplomático le sirvió a aquélla en muchos aspectos. En primer lugar, fue un tema que atrajo la atención de los alemanes occidentales y que logró disminuir un poco el protagonismo de las críticas al régimen político y el desencanto con el mismo que el movimiento estudiantil de 1968 había dejado al descubierto. Si la arista imperialista del modelo económico y político de Estados Unidos había decepcionado a los alemanes, la democracia social y el deseo de concordia de un Estado que había dejado sus aires belicosos atrás podrían encantar de nuevos los espíritus. Si el sistema político podía lanzarse en un proyecto hacia el Este sin por ello abandonar al Oeste y fungir como intérprete entre dos mundos y dos ideologías, algún mérito tenía y valía la pena defenderlo. En segundo lugar, creo que fue una forma clara de marcar el fin de la era de la Unión Cristiano Demócrata, fue el Leitmotiv del primer mandato socialdemócrata, una carta que se volvió muy fuerte políticamente y que aseguró al partido años en el gobierno. Finalmente, la posición privilegiada en que la RFA se encontraría frente al mundo de lograr el cometido de Brandt le daría un margen considerable de maniobra —por ser interlocutor entre unos y otros—, aun cuando necesitara de mucha sutileza y sofisticación diplomática. Así, creo que la *Ostpolitik* ilustra bien el juego entre política exterior e interior, cómo se entrelazan y complementan.

Del mismo modo que la distensión internacional en las relaciones de las superpotencias durante la década de los setenta había allanado el camino para el acercamiento entre Gorbachov y Reagan que crearían el contexto internacional en que se vino abajo el muro de Berlín y fue posible la reunificación, la *Ostpolitik* de Brandt es un

antecedente importante del acercamiento entre las dos Alemanias. Sin embargo, del mismo modo que la reunificación no había sido posible durante los años de la *Détente*, los acercamientos previos de las dos Alemanias no habían bastado para que la reunificación tuviera lugar en los años setenta. La diferencia tiene muy posiblemente que ver con la fuerza de la Unión Soviética: ésta aún era sumamente poderosa en los años setenta, y difícilmente hubiese cedido frente a las presiones de la reunificación como lo tuvo que hacer en 1990, ya muy debilitada por la carrera armamentista de Reagan.

A pesar de los acercamientos entre las Alemanias y la aparente búsqueda de la unidad, cuando comenzaron las manifestaciones por una mayor democratización y por reformas políticas al interior de los países de Europa del Este en 1989 y cuando el muro de Berlín se vino abajo el 9 de noviembre de 1989, ni los europeos ni buena parte de los alemanes festejaban ni apoyaban la perspectiva de la reunificación alemana.

2. DISCUSIONES Y ARGUMENTOS SOBRE LA REUNIFICACIÓN EN 1989

El debate sobre la reunificación, abstraído de su entorno en la medida de lo posible, puede dividirse *grosso modo* en dos: los argumentos esgrimidos por los *otros* países – principalmente europeos– y aquellos que se formularon desde el interior de Alemania. Una de las diferencias más burdas entre el debate interno y el externo es que el segundo retoma viejos argumentos, sacude y remoja sus viejos temores y reticencias (puesto que en su flagrante mayoría, las voces europeas se oponían a la reunificación), mientras que el debate alemán lidia con opiniones que se insertan en la coyuntura y que no podrían explicarse ni trazarse en otro instante de la historia europea. Podría pensarse entonces que la posición europea es un tanto ahistórica o cuando menos impasible al paso de los años, pero creo que se trata más bien de una visión que mira mucho más atrás, cuyas lecciones habían comenzado a aprenderse en el siglo XIX y cuyas conclusiones se escribieron rápidamente en la posguerra de 1945. El intercambio de ideas alemán parte de 1945 y termina en 1989. Por ello, las dos discusiones tienen lugar en esferas muy distintas

y las preocupaciones de los franceses o ingleses poco tienen que ver con las de Günter Grass o Jürgen Habermas, aun cuando, a fin de cuentas, su parecer sea el mismo: que la reunificación no debía llevarse a cabo.

Desempolvando aquel viejo debate

Desde el siglo XIX, la perspectiva de la unión teutona en el corazón de Europa provocaba enorme desconfianza entre el resto de los países europeos. La génesis de Alemania equivalía entre los franceses a la derrota en la guerra franco-prusiana de 1871, y el poderío de la nación estaba atado al sangriento siglo XX. A finales de los años setenta, Kissinger recordaba que el objetivo constitucional de la República Federal Alemana por la reunificación evocaba viejas pesadillas sobre la hegemonía; la unidad de Alemania implicaría necesariamente un enfrentamiento con la Unión Soviética o, más bien, un careo entre las dos superpotencias, el momento decisivo en que medirían sus fuerzas³⁸. Pero, llegado ese momento, una década después del libro de Kissinger, pocos líderes estaban preocupados por el probable conflicto con la Unión Soviética. La desconfianza hacia Alemania unida no era fruto de la Guerra Fría; aun cuando ésta la había azuzado un poco, el recelo era decimonónico. Alemania se percibía como una amenaza, un peligro latente para la seguridad y existencia de las otras naciones europeas. Que Alemania tenía la fuerza para surgir cual Ave Fénix de las cenizas, todos lo sabían; que, sin duda, unida se colocaría a la cabeza de las economías e industrias europeas no tomaba por sorpresa a nadie; pero que Alemania pudiese crecer económica y políticamente sin desparramarse fuera de su territorio y sin soñar de nuevo con el imperio teutón, que pudiera mantenerse prudente y respetuosa de la soberanía de los demás, no convenía a casi nadie. “En algunos aspectos, escribió Ralph Dahrendorf, Alemania está considerada como el Japón de Europa. Y esto no se refiere sólo a su balanza comercial ni a los excedentes en su balanza de pagos, sino también a una “cultura” prepotente (como dicen algunos a falta de

³⁸ Henry Kissinger, *White House Years*, Boston, Little Brown and Company, 1979, p. 98.

una palabra más adecuada) en la que es difícil penetrar³⁹. En las aspiraciones expansionistas que habían sido el Leitmotiv alemán de las dos guerras mundiales se vislumbraba –o por lo menos se percibía– cierta certeza en su superioridad. De algún modo, el Estado alemán seguía siendo relativamente joven en comparación con otros Estados europeos, que ya habían transitado por un par de olas de imperialismos, por revoluciones y reinenciones internas, por deseos de grandeza, y finalmente, por un anhelo de estabilidad, crecimiento y concordia. Alemania, por el contrario, que apenas había cumplido un siglo de historia como nación, parecía aún ansiosa por avanzar, por descubrir, por echarse el mundo al bolsillo; una suerte de potencia adolescente, a falta de un calificativo más exacto.

El tema era complicado, porque oponerse a la unificación de un país artificialmente dividido y, aún más, hacerlo por motivos de puro realismo político, estaba lejos de ser políticamente correcto. El tema de la reunificación –del reencuentro glorioso– provocaba euforias y aplausos de los entusiastas de la democracia y la soberanía estatal, por lo que los hombres de Estado y diplomáticos europeos difícilmente podían pronunciarse *contra* la reunificación. Frente a las cámaras de los medios y en los grandes discursos políticos ante un pueblo en frenesí, los políticos europeos no podían más que apoyar a regañadientes y sin mucha efusividad la posibilidad de una reunificación alemana, condicionando su apoyo a una serie de premisas en letras pequeñas sobre la fortaleza europea, sobre el reconocimiento de fronteras, garantías militares, y una serie de paréntesis más en que los diplomáticos daban muestra de su imaginación y creatividad para esbozar excusas. Mientras tanto, y en la privacidad de sus oficinas, deseaban fervientemente que la posibilidad desapareciera, y que su apoyo pudiera servir su objetivo retórico sin tener consecuencias en la práctica. Margaret Thatcher fue tal vez quién expresó más abiertamente su oposición a la unificación, dejando sus impresiones claramente plasmadas en sus memorias. En ellas, Thatcher confiesa que la política

³⁹ R. Dahrendorf, *op. cit.*, p. 162.

exterior en la que sintió haber fallado más rotundamente fue aquella sobre la reunificación de Alemania; el repunte de una potencia que ella consideraba esencialmente “desestabilizadora”⁴⁰:

Alemania es, por su propia naturaleza, una fuerza desestabilizadora más que estabilizadora en Europa. Sólo el poder militar y el involucramiento político de Estados Unidos en Europa, así como relaciones cercanas entre los otros dos Estados soberanos más poderosos en Europa –Gran Bretaña y Francia- bastan para equilibrar el poder alemán⁴¹.

Thatcher compartió rápidamente su opinión con Mitterrand y fue a buscar también el apoyo de Gorbachov, quien debía tener cartas fuertes en el asunto, puesto que la reunificación no podría llevarse a cabo sin su consentimiento (a menos, claro está, que los alemanes estuviesen dispuestos a continuar su diplomacia por medios bélicos). Thatcher cuenta cómo recordó al soviético que si bien la Organización del Tratado de Atlántico Norte había hecho con frecuencia declaraciones en apoyo a la aspiración alemana por la unión, en la práctica los miembros se sentían aprensivos al respecto. Gorbachov no dudó en responderle que ellos tampoco querían ver a Alemania unida de nuevo⁴².

“No idealizamos el orden que se ha establecido en Europa. Pero el hecho es que, hasta ahora, el reconocimiento de la realidad de la posguerra ha asegurado la paz en el continente. Cada vez que Occidente ha intentado remodelar el mapa de Europa de la posguerra, esto ha significado un empeoramiento de la situación internacional”, había declarado Gorbachov a principios de octubre de 1989 ante un pequeño comité en Alemania del Este. Si bien sólo un puñado de personas escuchó esas declaraciones de primera mano, éstas aparecieron al día siguiente en el *New York Times*, haciendo público su recelo⁴³. Si Francia había sido, tradicionalmente, el enemigo europeo de Alemania, no sería sorprendente que fuera quien buscara frenar con más ahínco la reunificación. Pero,

⁴⁰ Margaret Thatcher, *The Downing Street Years*, New York, HarperCollins, 1993, p. 791.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 813-814.

⁴² *Ibid.*, p. 792.

⁴³ Serge Schmemmann, “Gorbachev Lends Honecker a Hand”, *The New York Times*, New York, 7 de octubre de 1989, sección 1, p. 5. También citado por Henry Kissinger, *La diplomacia*, trad. de Mónica Utrilla, México, FCE, 2º ed., 2004, p. 791, nota 44.

a pesar de sus reticencias y de ser tal vez la potencia europea que más razones históricas tenía para temer el poderío teutón, Mitterand optó por la moderación y se limitó a hacer declaraciones muy templadas, aun cuando Thatcher asegurara que el presidente era de los suyos. Mitterand, muy ecuánimemente declaraba que “la reunificación era una aspiración legítima”, y que “sólo se podía efectuar pacífica y democráticamente”; declaraciones bastante sosas cuando explica él en sus memorias que con ello pretendía dejar claro que la reunificación no podía hacerse como fuere y que había una serie de condiciones previas que debían cumplirse antes de que Francia diera luz verde al proceso⁴⁴. Además de Thatcher y Mitterand, Gorbachov decía contar con el apoyo del primer ministro italiano Giulio Andreotti⁴⁵. La fila de los entusiastas a favor de la reunificación era menos concurrida.

Sin embargo, las reticencias frente a la posible unidad alemana no se limitaban –entre los países de Europa occidental– a la amenaza que Alemania unida podría representar por sí sola. La división de Alemania había sido el centro neurálgico de la división europea de la posguerra. Ésta había asegurado la paz europea, y sería puesta en jaque si Alemania se reunificaba. ¿Qué sucedería entonces con las alianzas militares respectivas?, ¿hacia qué lado se inclinaría la nueva Alemania unida?

Tal vez de ser un país alejado, muy del Norte o muy del Este, aislado en una península o en una isla cercana, el futuro militar de Alemania no sería una cuestión que preocupara a todos los políticos europeos. Pero se trataba del centro neurálgico europeo; de un Estado que fungía como “eje” (*linchpin state*) de acuerdo con el consejero de seguridad nacional de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski. No sólo un eje que dividía una y otra mitad, sino también un punto de encuentro, una pequeña bisagra que mantenía unido el resto de la estructura⁴⁶. Estos Estados, explicaba el ex consejero en 1986, son intrínsecamente importantes, pero también están constantemente en juego. Podría decirse

⁴⁴ François Mitterand, *Memorias interrumpidas*, trad. de Oscar Luis Molina, Barcelona, Andrés Bello, 1996, véase segunda parte “De Alemania y de Francia”, especialmente pp. 218-219.

⁴⁵ Citado en Philip Zelikow y Condoleezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed. A Study in Statecraft*, Cambridge, Harvard University Press, 1995, p. 88.

⁴⁶ Z. Brzezinski, *op. cit.*, p. 52.

que las Alemanias eran como las reinas en el tablero de ajedrez de la Guerra Fría. La posición geopolítica germana dejaba a las Alemanias muy bien situadas para irradiar su influencia económica (incluso con los países del bloque del Este) y política, y también en un sitio geoestratégico cardinal entre las dos zonas de influencia. Brzezinski dejaba también muy claro un temor compartido por otros europeos: que los alemanes —una vez juntos— recordaran su “larga historia de cercanía con los rusos”⁴⁷. La confianza era el tema fundamental: ¿confiaban el resto de los europeos occidentales lo suficiente en los alemanes para dejarlos erguirse unidos y con toda su fuerza?

Por su lado, los rusos estaban también sumamente preocupados y temían un desenlace opuesto al que las observaciones de Brzezinski señalaban. Que la reunificación simplemente no sucediera era la posición más favorable para el Kremlin, una situación en que el *status quo* se mantendría intacto. Pero todo indicaba una reunificación que brincaba de lo posible a lo probable. Sin embargo, los testimonios de altos funcionarios soviéticos señalan que Gorbachov no veía con malos ojos la reunificación; o más bien se encontraba dividido entre dos banderas antagónicas: por un lado, su compromiso y ferviente entrega con la causa democrática que lo llevó a sacrificar por ella —y sin quererlo, creo yo— el imperio soviético. Chernyaev⁴⁸ asegura que Gorbachov vio en los bríos unificadores un movimiento democrático nacional que era legítimo y consistente con los lineamientos de la *Perestroika* que él había propuesto⁴⁹; por ello —de ser la voluntad de los alemanes— resultaría poco consecuente y nada convincente frente a la opinión internacional que Gorbachov condenara la reunificación. Por otra parte, de perder Alemania del Este y si el nuevo Estado único y unido corría a los brazos de Occidente,

⁴⁷ Desde el tratado de San Petesburgo entre Prusia y Rusia de 1762 y una serie de convergencias de intereses hasta la Primera Guerra Mundial en que chocaron brutalmente, para aliarse nuevamente —cuando menos en un primer tiempo— en la Segunda. Brzezinski habla de una “tradición de una fuerte orientación pro-rusa”, particularmente heredada de Prusia. Menciona también los sólidos vínculos económicos entre las dos Alemanias y la Unión Soviética; y la importancia que esta relación privilegiada tuvo para Alemania del Oeste (*ibid.*, p. 56).

⁴⁸ Anatoly Sergeevich Chernyaev fungió como consejero de Gorbachov en Política Exterior dentro del Comité Central moscovita y durante seis años, y hace unos cuantos años, en 2004, donó sus diarios al Archivo Nacional de Seguridad de Washington D.C., en un gesto que pretendía seguir los lineamientos de transparencia, *Glasnot*, de la época de Gorbachov y fin de la Unión Soviética.

⁴⁹ Anatoly S. Chernyaev, citado en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, p. 70.

Gorbachov habría perdido la frágil jugada de la división europea puesto que el área de influencia occidental aumentaría, mientras que la soviética se haría más pequeña. Los Estados Unidos habrían logrado imponer en Europa su modelo político y económico, y habrían vencido en el conflicto ideológico de la Guerra Fría. El secretario del partido tenía que lidiar además con la oposición de los miembros más ortodoxos del partido, con el ejército que no tenía fama de conciliador, e incluso tal vez con la KGB⁵⁰.

Por ello, el punto de encuentro entre la causa de franceses e ingleses y la soviética consistía en defender la repartición de poder militar internacional existente —exigiendo que no hubiesen movimientos en las alianzas militares, y que la presencia de tropas soviéticas y estadounidenses se mantuviera como estaba—⁵¹. A pesar del acercamiento entre las superpotencias y los crecientes intercambios entre ambas Alemanias, tres cuartas partes de los actores internacionales que se habían dividido Alemania —Francia, Inglaterra y la URSS— se negaban a apoyar la reunificación. Por ello, el panorama era complicado para la reunificación, aun cuando los cambios en la división de poder internacional fueran favorables a la negociación. La URSS era ya bastante débil, pero seguía siendo imposible lograr la reunificación alemana sin su consentimiento y sin provocar un conflicto militar. Francia e Inglaterra eran potencias menores en comparación con la URSS o Estados Unidos, pero estaban a la cabeza del proceso de integración europea que era importante para los alemanes del Oeste.

Los alemanes opinan

La sociedad civil es la clave. Es la que acerca las divergentes escalas de tiempo y las dimensiones de las reformas política y económica. Es el puerto en donde ambas deben echar anclas a fin de no quedar a la deriva. La hora de los juristas y la de los políticos poco significan sin la hora de los ciudadanos⁵².

⁵⁰ Jack F. Matlock Jr., quien fuera embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética entre 1987 y 1991, citado en William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 73.

⁵¹ P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 87.

⁵² R. Dahrendorf, *op. cit.*, p. 119.

El desarrollo del argumento sobre la importancia de los alemanes en el proceso de reunificación de Alemania vendrá un poco más adelante, pero esta cita de Ralph Dahrendorf ilustra bien un punto fundamental del proceso: la posibilidad de la unidad de Alemania era, ante todo e incluso siguiendo la visión de Gorbachov, la posibilidad de reencontrar una nación alemana dejada entre paréntesis. Era la posibilidad de depurar las dos nuevas naciones alemanas de la posguerra de todos sus adornos y accesorios, quitar unas manos de barniz para encontrar esa nación olvidada, despojada del conflicto ideológico entre capitalismo y socialismo, desprovista de una serie de añadiduras que en buena medida eran ajenas a Alemania. La lucha entre los dos dogmas antagónicos de la segunda mitad del siglo XX –suerte de nuevas religiones y cruzadas modernas– no era una lucha endémica. Era una lucha prestada y apropiada; y, de repente en 1989, parecía que todo eso podía hacerse a un lado, y que en los alemanes de uno y otro lado podía rastrearse una misma voluntad y un mismo sentimiento de pertenencia y de nación compartida. La causa de la unión de Alemania fue democrática en el sentido más textual de la palabra, es decir una causa de la que la gente se apoderó y que sacó adelante e impuso con fuerza.

La oleada social por la reunificación que tomó las calles y resultó catalizadora del cambio fue, sin embargo, relativamente inesperada tomando en consideración las encuestas realizadas en los meses siguientes a la caída del muro. A lo largo de las décadas, en la República Federal Alemana, las encuestas habían mostrado apoyo a la unificación alemana aun cuando cada vez menos personas la consideraban un horizonte probable. Hasta la década de los sesenta, más de la mitad de los alemanes del Oeste pensaban que la unificación era probable; la cifra cayó a menos de 20% al final de la década de los sesenta (una vez consolidada la división con la construcción del muro), a menos de 10% en los

años setenta y a un pesimista 3% en 1987⁵³. En tanto desenlace cada vez menos posible, el apoyo parecía un acto de buena voluntad más que una esperanza real de un futuro unido. Las buenas palabras no resonaban en acción alguna, de modo que los buenos deseos eran casi gratuitos. En efecto, en cuanto el muro cayó en noviembre de 1989 el apoyo a la unificación alemana se vino abajo en la RFA: de 75% (en octubre de 1989) a 56% en diciembre del mismo año⁵⁴. En cuanto la reunificación pareció posible, el apoyo a la unidad en Alemania del Oeste se desplomó casi veinte puntos porcentuales. Por su parte, el sondeo entre los alemanes del Este dejaba al descubierto un pálido 48% a favor de la unión en noviembre de 1989⁵⁵. La cifra se dispararía después, pero en un primer momento los alemanes parecían estar tan sorprendidos como las élites políticas frente a la transformación del tema que dejaba de ser una utopía abstracta y se tornaba en una posibilidad tangible y que podía vislumbrarse en un horizonte más cercano de lo esperado.

En realidad, la importancia de la caída del muro *no* tenía que ver directamente con la reunificación. Se trataba más bien de abrir la puerta a la democratización y la reforma del sistema, era un llamado y un desafío al régimen existente, mas no a la existencia del Estado. La reforma y la apertura del régimen de la RDA eran los objetivos reales de los alemanes del Este que comenzaron a manifestarse en el otoño de 1989; la reunificación con la RFA, una suerte de espejismo deseable.

Los únicos que descartaban por completo la posibilidad de la reunificación eran los miembros de la élite política de Alemania del Este, puesto que se trataba de un desenlace

⁵³ Silke Jansen, "Zwei deutsche Staaten-zwei deutsche Nationen? Meinungsbilder zur deutschen Frage im Zeitablauf", *Deutschland Archiv*, 22 (1989), pp. 1133, *apud* Manfred Kuechler, "The Road to German Unity: Mass Sentiment in East and West Germany", *The Public Opinion Quarterly*, 56 (1992), p. 56.

⁵⁴ Estas cifras incluyen a quienes respondieron "muy favorable" y "favorable" cuando se les preguntó cuál era su sentimiento respecto a la unificación de Alemania. Las cifras son del Politbarometer, citado por Manfred Kuechler, art. cit., p. 57. Por su parte, el *New York Times* señalaba, en un artículo del 20 de febrero de 1990 que únicamente 31% de los alemanes del Oeste se declaraban "muy favorables" a la reunificación alemana, detrás de los efusivos españoles e italianos (Alan Riding, "Upheaval in the East; Survey Finds 2 in 3 Poles Opposed to German Unity", *The New York Times*, New York, 20 de febrero de 1990, sección A, p. 10).

⁵⁵ La cifra viene también del artículo de Manfred Kuechler, art. cit., p. 56. Philip D. Zelikow hace también alusión a este dato en la conferencia cuya minuta se transcribe en el libro de William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 63. Zelikow formó parte del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos durante la administración de George Bush y estuvo particularmente involucrado en los lineamientos diplomáticos en torno a la reunificación alemana.

que los borraría del mapa. Para mediados de 1989, la República Democrática Alemana estaba ya desmoronándose y el partido comunista intentaba fijarla por doquier con alfileres.

A las dificultades económicas de Alemania del Este se sumó una crisis de autoridad desatada por la apertura de la frontera húngara con Austria en mayo de 1989; aún más cuando los húngaros avisaron en septiembre de 1989 que dejarían de filtrar la migración proveniente de la RDA. Por esta pequeña apertura de la cortina de hierro comenzaron a fugarse los alemanes del Este y llevaron a Honecker —el jefe de Estado de Alemania del Este desde 1976— a renunciar al cargo en octubre del mismo año y ser remplazado por Egon Krenz, quien era un tanto más flexible que su ortodoxo antecesor⁵⁶. Los políticos de Alemania del Este lidiaron con muy poca efectividad con la fuga de alemanes hacia Occidente⁵⁷ y con las manifestaciones que se desataron y se volvieron cada vez más frecuentes en el otoño de 1989. Los arañazos desesperados por retener una autoridad que se estaba esfumando pusieron en entredicho la legitimidad del régimen. La perseverancia con la que el Estado de la RDA intentó detener el éxodo —prohibiendo el libre tránsito de sus alemanes a Hungría y después a Checoslovaquia en septiembre y octubre de 1989, cuando la primera abrió sus fronteras y cuando Praga se volvió el puente para llegar a Hungría— tiene que ver con la búsqueda primera de cualquier cuerpo político; es decir, su propia supervivencia. Sin ciudadanos y sin legitimidad poca razón de ser les quedaría, y cualquier otro tema político sería secundario: “si un Estado no puede mantener su propia existencia como Estado autónomo, todas las otras preguntas políticas se tornan ilusorias. La supervivencia corre como un hilo rojo dentro de todas las discusiones sobre objetivos de política exterior, aun cuando tiene sus formas de esconderse bajo distintos colores”⁵⁸.

Así, tanto para la sociedad como para la élite política, la reforma del sistema parecía la mejor opción: la más prudente y templada para los de abajo, y la única viable para los

⁵⁶ M. Fulbrook, *op. cit.*, p. 323.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 324.

⁵⁸ P. H. Merkl, *op. cit.*, p. 68.

de arriba. Los escritores Christa Wolf (uno de los íconos de la historia cultural de Alemania del Este) y Christoph Hein tomaron la palabra en Alexanderplatz el 4 de noviembre de 1989, unos días apenas antes de que la fortaleza en la que vivían comenzara a agrietarse. Ninguno de los dos habló de unificación; ninguno de los dos deseaba la unidad puesto que ambos simpatizaban con los ideales del socialismo y veían con desconfianza –un recelo distinto al temor y desencanto con el que miraban a su propio gobierno, pero recelo aún– al modelo capitalista del Alemania del Oeste:

Hablaré de renovación revolucionaria. Las revoluciones comienzan desde abajo. La base y la cima se invierten en el sistema de valores, volteando la sociedad socialista, y poniéndola de nuevo sobre sus pies. (...) Soñemos con un sentido alerta de la razón: ¡Imaginemos que existe el socialismo y que nadie quiere huir de él! (Christa Wolf)

Creemos una sociedad democrática con una fundación legal en derechos con garantías. Una forma de socialismo que no sea una burla de la palabra. Una sociedad apropiada para la gente, que no la subordine a sus estructuras. (Christoph Hein)⁵⁹

La promesa socialista aún encantaba a muchos, tal vez porque todavía parecía factible, y las demandas que llevaron a que el partido comunista de Alemania del Este convocara a elecciones en marzo de 1990 se levantaron primero por una transformación del sistema, que hiciera honor a la causa socialista. El clamor por la unidad vino después, cuando la posibilidad se planteó seriamente y cuando las multitudes tomaron la palabra, pero veremos este proceso más a fondo en el próximo capítulo.

Reticencias internas a una unificación anunciada

Una vez que la unificación desplazó a la reforma como objetivo final en diciembre de 1989, como lo veremos detalladamente en el capítulo siguiente, las voces de los intelectuales alemanes no tardaron en elevarse. El canciller cristianodemócrata, Helmut

⁵⁹ “Christa Wolf, Christoph Hein, and Steffi Spira at the Berlin Demonstration” (November 4, 1989), en Konrad H. Jarausch y Volker Gransow (eds.), *Uniting Germany: Documents and Debates, 1944-1993*, trad. de Allison Brown y Belinda Cooper, Oxford, Berghahn Books, 1994, pp. 70-73, transcrito en *German History in Documents and Images, German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=2880, consultado el 3 de mayo de 2009.

Kohl había trazado un esquema de diez puntos que habrían de llevar a la unidad, pero grandes íconos de la Alemania occidental como Günter Grass y Jürgen Habermas consideraban el objetivo y la velocidad con la que se pretendía alcanzarlo sumamente insensatos. El reclamo central, que es posible encontrar en buena parte de las apologías de una Alemania dividida por parte de quienes apoyaban el surgimiento de una nueva Alemania del Este más libre y democrática, tiene que ver con las enseñanzas de la historia o, más bien, con el temor a la ceguera frente a esas lecciones tan dolorosamente aprendidas. Günter Grass consideraba que la unificación era “insensata” y que con la unión se perderían más cosas de las que podrían ganarse. Se perderá la patria, afirmaba Grass, la pluralidad de la opinión pública y las enseñanzas de la historia⁶⁰. Grass decía que, con las atrocidades cometidas por los nacionalsocialistas en la Segunda Guerra Mundial había perdido su patria, porque desconocía eso en lo que Alemania se había convertido entre 1939 y 1945. Con la reunificación, se perdería además la división de Alemania que, a decir de Grass, había sido una característica de Alemania a lo largo de casi toda su historia. Continuaba diciendo que, en la RDA, solamente el gobierno era execrable, pero muchos otros aspectos culturales y sociales eran rescatables. Las experiencias y la memoria histórica eran también distintas y aportaban otras enseñanzas que los alemanes no debían olvidar: los alemanes del Este habían realmente sufrido la derrota material de la Segunda Guerra Mundial, habían aprendido la lección de la historia y habían conservado muchos rasgos de la cultura alemana que la modernización de Alemania occidental había borrado. Más aún, con la reunificación desaparecería la alternativa socialista alemana, reduciendo el abanico de opciones políticas y con ello, reduciendo la pluralidad política que tanto trabajo había costado institucionalizar en Alemania occidental. Se acentuaría también la transformación de los periódicos y revistas que, en la RFA, cada vez eran más parecidos los unos a los otros y no presentaban un verdadero y fructífero debate; se tendía a la homogeneización y a la reducción de la

⁶⁰ Günter Grass, *Discurso de la pérdida*, trad. de Carlos Martín, Barcelona, Paidós-Asterisco, 1999, pp. 42-43.

pluralidad de la opinión pública que podría despertar nuevamente sentimientos xenófobos y racistas entre los alemanes. Grass criticaba además severamente una afirmación que Willy Brandt había hecho en 1990 cuando exclamó que “el tren de la unificación había ya salido de la estación y que nadie podría detenerlo”; Grass contestaba que no confiaba él en ningún tren imposible de detener, sin botones de alarma y sin frenos⁶¹.

Muchos otros nostálgicos compartían uno de los argumentos de Grass, para ellos Alemania Federal había dejado atrás a la Alemania primera, a la nación de las viejas historias y las viejas tradiciones, a la tierra que huele a infancia y llena de recuerdos, porque Alemania occidental no había sufrido con tanta fuerza como el Este las consecuencias materiales de la derrota. Las habían visto, y habían presenciado los horrores de la guerra, pero los impulsos económico y político estadounidenses les habían permitido mirar casi desde fuera, como si se tratase de una potencia europea más que había peleado, y que aun herida y lastimada podía sonreír desde el lado de la victoria.

Ralph Dahrendorf, por su parte, habla de cierta soberbia de Alemania occidental, y también cierta ingenuidad o capricho infantil; habla de una democracia alemana que aún es inestable por estar íntimamente ligada a la prosperidad material, y teme que sea justamente y esa abundancia la que seduce a los alemanes del Este que –después de la escasez comunista– se encontraban temporalmente anonadados ante la posibilidad del lujo⁶². El dinero era más tentador que la libertad. Günter Grass dijo que “no hemos sido nosotros [los alemanes del Oeste] los que hemos tenido que soportar por ellos, sino ellos por nosotros, la carga principal de la guerra que perdimos todos los alemanes”⁶³. De algún modo, los alemanes de la RDA habían verdaderamente vivido como vencidos (además de que la Unión Soviética –cual conquistador espartano– había sacado cuanto

⁶¹ Elizabeth Gaffney, “The Art of Fiction núm. 124”, entrevista a Günter Grass, *The Paris Review*, 119 (1991), http://www.parisreview.org/media/2191_GRASS.pdf, consultado el 11 de agosto de 2009.

⁶² R. Dahrendorf, *op. cit.*, p. 101.

⁶³ G. Grass, *op. cit.*, p. 19.

provecho pudo de sus territorios alemanes antes de la división formal⁶⁴), mientras que los alemanes occidentales hacían ademanes de vencedores. Entre las anotaciones de su libro *La piel*, Curzio Malaparte⁶⁵ habla de aquel ambiente un tanto soberbio que hay entre los vencedores y de cómo elige caminar entre los vencidos:

En estos últimos años he viajado, con frecuencia y por largos periodos, en los países de los vencedores y en los de los vencidos, pero dónde mejor me siento es entre los vencidos. No porque me guste asistir al espectáculo de la miseria ajena y de la humillación, sino porque el hombre es tolerable, aceptable, solamente en la miseria y la humillación. El hombre en la fortuna, vestido con sus abalorios y su insolencia de vencedor, el hombre sentado en el Capitolio, por usar una imagen clásica, es un espectáculo repugnante.⁶⁶

En la unidad, esa experiencia del lado de los vencidos –suerte de expiación por todos los alemanes– sería olvidada. Grass y Habermas mencionan también que al anular una de las dos posibles Alemanias, al renegar otra visión igualmente importante, los alemanes estaban abrazando el modelo occidental con una esperanza y miopía similares con las que el nacionalsocialismo los había encantado. Y en ese sentido –y paradójicamente– la Alemania reunida negaría la apertura al Occidente entendido como libertad, pluralidad y democracia, pilar de la Alemania de la posguerra⁶⁷.

Más valía recuperar la Alemania de antes de la guerra. El paréntesis entre 1945 y 1991 sería una suerte de momento de excepción, de suspensión, y no el punto de partida y último para la construcción de una Alemania, que hiciera a un lado todas las experiencias anteriores a la posguerra y la historia –breve, pero historia al fin y al cabo– que la Alemania del Este había construido.

Habermas se pregunta también sobre los aspectos prácticos de la reunificación; sobre las disparidades materiales brutales que no serían fácilmente salvables, sobre la

⁶⁴ Véase *supra*, p. 51.

⁶⁵ Curzio Malaparte, novelista y ensayista italiano, se ganó la condena del régimen de Mussolini y el exilio tras la publicación de su libro *Técnica del golpe di Stato (Técnica del golpe de Estado)*. El crudo relato de *La Piel* retrata los horrores de una Europa en donde termina la guerra y el ingenuo orgullo norteamericano se vuelve un tanto absurdo frente a la miseria de una Europa devastada por largos años de guerra.

⁶⁶ Curzio Malaparte, “Documenti autobiografici”, *La pelle*, Milano, Oscar Mondadori, 1991, p. 328. La traducción es mía.

⁶⁷ Anne-Marie Le Gloannec, *La République Fédérale d'Allemagne*, Paris, Le Livre de Poche, 1994, p. 192.

aparición –que poco espacio tenía en la euforia a favor de la reunificación– de nuevos problemas: la transformación de una economía agotada y estatal en una de mercado y basada en la propiedad privada; de nuevos y posibles conflictos étnicos o nacionales⁶⁸. Grass diría que no debían obviar los problemas de un proceso de unidad sin unificación, sin concordia, que de llevarse a cabo provocaría una nueva división, un nuevo desclasamiento social⁶⁹.

Más aún, la pregunta final sobre las diferencias abismales entre una y otra Alemania, aquella que no era salvable con un plan monetario o económico maestro, tenía que ver con la nación, con el pasado duplicado, trayectos paralelos de dos Alemaniass. ¿En qué medida estos dos jóvenes Estados correspondían aún a una misma nación?⁷⁰, ¿realmente era posible y prudente unirlos bajo la misma bandera como si cuatro décadas hubiesen sido únicamente un malentendido, una pequeña discusión de unas horas entre dos grupos políticos? Y es que las repúblicas Alemanas habían reñido a muerte al apropiarse de las peleas de los tíos favoritos de cada una de ellas. Se habían mudado a casas distintas y habían comido, bebido, discutido y argumentado cosas distintas. Por ello, en el reencuentro de cuatro décadas después, no quedaba muy claro si la alusión a la fraternidad era ya sólo nostalgia y poco tenían en común los alemanes de uno y otro lado de la división.

* * *

Para principios de 1990, aun cuando afuera y a lo lejos se escuchaban los cantos eufóricos de la gente esperanzada y embriagada por la posibilidad de la esperada reunificación, en las oficinas y pasillos de los gobiernos de todos los países europeos – con la excepción tal vez de Alemania occidental– dentro de los cuarteles y los cubículos

⁶⁸ Jürgen Habermas, *Más allá del Estado nacional*, trad. de Manuel Jiménez, México, FCE, 1998, pp. 93-94.

⁶⁹ G. Grass, *op. cit.*, p. 18.

⁷⁰ J. Habermas, *op. cit.*, p. 56.

de los académicos, el recelo frente a la unificación se imponía como una tenue y alegre, pero poderosa amenaza. Restaba la carta soviética, que Gorbachov no cediese la joya más valiosa de la corona del desteñido imperio soviético. Las transformaciones internacionales no bastaban para lograr la reunificación: las condiciones estructurales pueden estar ahí, pero es necesario que alguien las aproveche para que sirvan de algo. Ése fue justamente el papel de la diplomacia de Alemania del Oeste y de Estados Unidos.

III

JUEGOS DE AJEDREZ

En los años sesenta, cuando la división de poder e influencias en Europa aún no se consideraba permanentemente trazada, aún no era un *fait accompli*, Hans Morgenthau escribió que, en ese momento, la unificación era imposible sencillamente a causa de los *intereses irreconciliables* de Estados Unidos y la Unión Soviética¹. Casi tres décadas después, en 1989, la distribución de poder internacional se había transformado y la Unión Soviética se había debilitado. Las reformas y demandas democráticas de países del Pacto de Varsovia como Polonia o Hungría eran síntomas de esa debilidad soviética, cuya dimensión sólo se conocería realmente *a posteriori*. Cuando Hungría declaró que ya no detendría la emigración de la RDA hacia Occidente, en septiembre de 1989, el Estado alemán del Este comenzó a tambalearse y los alemanes del Este inundaron las calles con manifestaciones y protestas. El muro de Berlín cayó el 9 de noviembre de 1989. Y sin embargo, a pesar de todos estos factores a favor de la reunificación, ésta no era el desenlace inmediato que todos esperaban ni el que todos querían.

Pocos pensaban que, a pesar del nuevo tenor en la política soviética, la URSS dejaría ir su Alemania sin protestar; y buena parte de los europeos y los alemanes esperaban que no lo hiciera, que se contentara con permitir reformas internas que democratizaran y reinventaran a la RDA, como Gorbachov había reinventado a la URSS, pero que no la anularan como Estado separado. Francia e Inglaterra veían con reservas la posibilidad de la unión y en cuanto cayó el muro, buena parte de los alemanes dejaron de

¹ Hans J. Morgenthau, "The Problem of German Reunification", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 1960, núm. 330, p. 124.

pronunciarse a favor de la reunificación. La posibilidad real de la reunificación los atemorizaba un poco por todo lo que implicaría: un brutal esfuerzo por parte de la economía de Alemania del Oeste, una reconfiguración de la división de poderes en Europa; en fin, una sacudida a la estabilidad y la paz europea difícilmente alcanzada.

Si bien no había faltado quien deseara públicamente la reunificación alemana cuando parecía totalmente imposible, ahora que la posibilidad real estaba ahí, se escuchaban muchos menos entusiastas y los aprensivos se amontonaban en los rincones o evitaban hacer cualquier alusión al respecto. La democratización era aplaudida, la transición también, pero siempre y cuando cada una de las Alemanias se mantuviera donde estaba. O como había dicho el escritor François Mauriac, “Me gusta tanto Alemania, que me alegro que sean dos”. El punto residía en que, de transitar al liberalismo democrático, la existencia de una segunda Alemania perdía razón de ser.

Después de la caída del muro, e incluso durante los primeros meses de 1990, la reunificación se volvió cada vez más probable, pero pocos pensaron que sólo pasarían meses antes de que se concretara, y casi nadie creyó que pudiera lograrse sin poner en jaque la estabilidad europea. Sin embargo, la reunificación alemana tuvo lugar con tal tersura aparente que las negociaciones a principios de 1990 han de admirarse como “un modelo de diplomacia”, y sus resultados como uno de “los logros más notables de todos los tiempos de los hombres de Estado”. En ese sentido van los elogios de Jack Matlock (que algo tienen de adulación propia), quien fue el embajador norteamericano en la Unión Soviética durante esos años². El propósito de este capítulo es explicar las transformaciones internas de la RDA, la negociación por la reunificación, y el intercambio diplomático entre el 9 de noviembre de 1989 y el 3 de octubre de 1990 para comprender por qué pudo tener lugar la reunificación con tal suavidad, por qué la caída del bastión socialista en Europa levantó poco polvo en el concierto internacional. ¿Acaso

² Citado en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, p. 50. Véase el libro del propio Matlock, *Autopsy on an Empire: The American Ambassador's Account of the collapse of the Soviet Union*, New York, Random House, 1995.

los intereses de Estados Unidos y la Unión Soviética se habían encontrado en el camino aun cuando sus destinos parecían estar en polos opuestos? ¿Cambiaron los intereses de ambas superpotencias para converger en una nueva dirección o los de una se alinearon con los de la otra?

Tomando en consideración las condiciones adversas a la reunificación antes del fin de 1989, el éxito de la reunificación supone una redefinición de los intereses de los actores involucrados, un cambio en los intereses o las percepciones de los que se oponían a la reunificación. La historia sugiere que la política interna y la interacción de los Estados contribuye a definir o a redefinir los intereses nacionales y la política exterior. Una vez establecidos los límites internacionales de lo posible a los que me referí en el primer capítulo, buscaré entrar en este tercer capítulo al terreno de la política interna y de la diplomacia, narrando primero lo que sucedió y abocándome después al análisis.

1. MENOS DE UN AÑO PARA REDISEÑAR LA DIVISIÓN EUROPEA (NOVIEMBRE 1989
OCTUBRE 1990)

El otoño berlinés de 1989

Los acontecimientos de Polonia y Hungría sentaron un muy importante precedente para Alemania del Este. Los primeros, porque dejaron entrever que el cambio era posible, y los segundos, porque —literalmente— abrieron la puerta al cambio, permitiendo un éxodo masivo de alemanes del Este hacia Europa del Oeste a partir de septiembre de 1989.

Frente a este desafío, el gobierno de Alemania del Este decidió cerrar la migración de sus alemanes hacia Hungría para detener el éxodo; muchos alemanes optaron entonces por refugiarse en la embajada de la RFA en Praga, esperando ser eventualmente llevados a la RFA. La RDA accedió entonces a que los alemanes del Este agazapados en la embajada de la RFA en Praga fueran trasladados a Alemania del Oeste, pero advirtió que sería la última concesión y que anularía en ese momento el libre tránsito hacia Checoslovaquia, cerrando así la última salida posible hacia el Oeste. El descontento de los

alemanes no se hizo esperar: el mes de octubre de 1989 fue testigo de crecientes protestas en Berlín del Este; los alemanes se organizaban en asociaciones que pedían reformas y concesiones y a cuyas filas se sumaban cada vez más³. El gobierno perdía a pasos agigantados la poca legitimidad que había tenido, y la frustración y el enojo predominaban en las calles. Los días siguientes, las manifestaciones continuaron creciendo; el gobierno respondió con detenciones y una buena dosis de violencia. A pesar de ello, las manifestaciones continuaron creciendo, generalizándose a toda Alemania del Este. En Leipzig marchaban 5,000 alemanes mientras en Berlín Este protestaban otros 2,000. Mientras tanto, Honecker –jefe de Estado de la RDA— declaraba que las protestas eran intentos imperialistas de desestabilizar el socialismo, que “no le harían más daño del que Don Quijote había hecho a los molinos de viento intentando vencerlos” en la novela de Cervantes⁴. Una semana bastó para que Honecker y el resto de la élite política de la RDA cambiaran de opinión y declararan que era posible que concedieran ciertas reformas. Las declaraciones eran tímidas, pero daban cuenta de gobernantes cada vez más preocupados por su supervivencia política, al no ser capaces de crear consensos ni legitimidad –ni siquiera orden— entre sus gobernados⁵. El 18 de octubre, un día después de aquellas declaraciones, Honecker renunció después de casi veinte años en el poder⁶, declarando que su frágil salud no le permitía ya gobernar adecuadamente. Egon Krenz, un miembro mucho más joven del partido comunista, lo reemplazó como jefe de Estado de la RDA⁷. Willi Stoph, quien había sido Primer Ministro de la RDA –es decir, jefe de

³ Por ejemplo, el grupo Nuevo Foro que pedía reformas políticas en la RDA y que había sido fundado en septiembre de 1989 reunió en un solo mes a más de 8000 miembros. Véase Serge Schmemmann “East Germans Line Émigré Routes, Some in Hope of Their Own Exit”, *The New York Times*, New York, 5 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/05/world/east-germans-line-emigre-routes-some-in-hope-of-their-own-exit.html?scp=7&sq=Berlin%20protests&st=nyt&pagewanted=1>, consultado el 18 de junio de 2010.

⁴ S. Schmemmann, “East Germans Let Large Protests Proceed in Peace”, *The New York Times*, New York, 10 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/10/world/east-germans-let-largest-protest-proceed-in-peace.html?scp=10&sq=Berlin+protests&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

⁵ Henry Kamm, “East Germany Signals It May Allow Some Change”, *The New York Times*, New York, 18 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/18/world/east-germany-signals-it-may-allow-some-change.html?scp=16&sq=Berlin+protests&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

⁶ De 13 años como jefe de Estado (1976-1989) y 18 años como Secretario General del Comité Central del partido comunista de Alemania del Este (1971-1989).

⁷ S. Schmemmann, “East Germany Removes Honecker and His Protégé Takes His Place”, *The New York Times*, New York, 19 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/19/world/east-germany-removes->

gobierno— a lo largo de todo el mandato de Honecker, permaneció inicialmente en su puesto, cuando Krenz reemplazó a su antecesor.

El 23 de octubre, más de 300,00 alemanes del Este marcharon en Leipzig; a éstos se sumaron protestas en otras cinco ciudades: Berlín Este, Magdeburgo, Dresden, Halle y Schwerin. Pero estas masas eran también masas esperanzadas: Krenz, apenas en el poder desde hacía un par de días, había declarado que iría a visitar a Gorbachov. Los alemanes del Este se emocionaban con la perspectiva de la reforma, de seguir la vía trazada por Gorbachov y su *Perestroika*, que Honecker se había negado a transitar⁸.

El 4 de noviembre, se organizaron grandilocuentes discursos en Alexanderplatz, una de las más importantes plazas públicas de Berlín Este, en donde varias y variadas figuras públicas de Alemania del Este⁹ hablaron de la renovación del socialismo y las reformas necesarias, como el derecho a emigrar, el libre tránsito. Ese día, no se habló de acabar con la RDA como Estado separado ni se habló de reunificación, simplemente de la posibilidad del cambio. Frente a las crecientes presiones, Willi Stoph y otros políticos que habían sido allegados a Honecker, renunciaron el 7 de noviembre. Las manifestaciones continuaron aumentando, en un tenor de júbilo desafiante y esperanzado, y el 9 de noviembre de 1989, el muro de Berlín, signo inequívoco de la división europea, se vino abajo.

Escombros de fortaleza: la caída del muro de Berlín

La apertura del muro de Berlín y la consecuente caída de la fortaleza germana del Este es uno de esos episodios históricos que parecen una fuente inagotable de hipótesis, teorías, anécdotas y datos curiosos. La lectura de innumerables textos al respecto deja la sensación de que se trató de un hecho extraordinario, que cayó por su propio peso y que

[honecker-and-his-protége-takes-his-place.html?scp=17&sq=Berlin+protests&st=nyt](#), consultado el 18 de junio de 2010.

⁸ H. Kamm, “300,000 Reported to March in Largest East German Protest”, *The New York Times*, New York, 24 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/24/world/300000-reported-to-march-in-largest-east-german-protest.html?scp=21&sq=Berlin+protests&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

⁹ Entre ellos, Christa Wolf y Christoph Hein, cuyos discursos cité brevemente en el capítulo anterior, p. 81.

prácticamente no necesita de explicaciones. Un hecho cuya causalidad forma parte evidente de sí mismo (*self-evident* sería más apropiado). Generalmente, el derrumbe del muro aparece como una línea que pesa con particular fuerza a la mitad de un párrafo; encabeza una frase como si fuese conocimiento de todos compartido, como si todos conociesen exactamente cuáles fueron los movimientos que llevaron al fin de aquel castillo de la pureza, o como si –al contrario– no quisieran escuchar las largas explicaciones que esbozan un par de textos buscando desentrañar cada paso que se dio, frase que se pronunció y miradas que se lanzaron. Como si no quisieran que se les descubriera lo que hay detrás del truco de magia, por no desencantarse y por el consuelo que trae la creencia –por más tenue que sea– en la posibilidad de lo extraordinario, de lo fantástico.

Y en efecto –como en esos manuales que explican los actos de magia– las razones de la caída del muro parecen sosas a un costado del peso simbólico que tuvo. Y es que la explicación de la caída del muro que aparece con más frecuencia es aquella del error: el muro de Berlín se vino abajo por un error burocrático de comunicación entre los mandos más altos y los policías que custodiaban las puertas del muro. Las manifestaciones populares que habían comenzado en octubre, seguían escalando. Frente a las crecientes presiones, el gobierno de Krenz había decidido hacer algunas concesiones y permitir que ciertos alemanes, y con un permiso específico, cruzaran directamente entre Berlín Este y Oeste. Günter Schabowski, un portavoz del gobierno, debía anunciar la noticia, pero no habiendo participado en las negociaciones, poco sabía al respecto. Cuando, después de leer el memorando, un periodista italiano le preguntó a partir de cuándo serían válidas las medidas, Schabowski contestó, sin conocer realmente la respuesta, que pensaba que serían válidas a partir de ese momento¹⁰. Los medios de comunicación occidentales, un tanto confundidos y que no contaban con el texto oficial que había leído Schabowski, interpretaron sus declaraciones intentando descifrar el mensaje.

¹⁰ Philip Zelikow y Condoleezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed. A Study in Statecraft*, Cambridge, Harvard University Press, 1995, p. 100.

Comenzaron a correr rumores entre el tumulto. Comenzaron a decir que –en el necesario y comentado camino hacia la reforma– se habían levantado todas las restricciones a los viajes y que ya no sería siquiera necesaria una visa¹¹. Las multitudes comenzaron a congregarse en el muro y a preguntar a los guardias si esos rumores eran ciertos; el número de voces encendidas por la posibilidad de la libertad, que buscaban respuestas en los interlocutores oficiales comenzaron a poner, literalmente, a los guardias entre la pared y las multitudes. Al no tener órdenes oficiales para cuestionar demandas de este tipo, y en medio de un clima de confusión y emoción, los guardias terminaron por ceder –dudando aún si los rumores eran ciertos o no¹²–.

El muro de Berlín, que parecía inquebrantable, imposible de atravesar y le había arrebatado la vida a muchos alemanes, era de repente no más que un montón de ladrillos y alambre de púas. Detrás de la intimidante escenografía del partido comunista, aparecían los palitos, tuercas, y alfileres que mantenían erguido un enorme recorte de papel al que nadie se había acercado suficientemente para ver que era sólo una imponente fachada, bastante gastada, detrás de la cual ya muy poco quedaba, como las figuras de cartón en tamaño real de los puestos de revistas o el teatro de sombras de imponentes dragones y monstruos que puede hacer un niño pequeño con las manos.

La caída del muro tuvo como causa una falla en la comunicación estatal, pero la dimensión simbólica que tomó se inclinó a favor del proyecto democrático occidental, porque ni los líderes de Alemania del Este ni los soviéticos supieron aprovechar lo que podría haber sido el brillante colofón del proyecto de reforma de Gorbachov. Si Krenz y el resto de la élite política de la RDA hubiesen hecho el balance de los acontecimientos con suficiente rapidez, probablemente se hubieran arremangado la camisa y habrían marchado con los alemanes alrededor del muro; hubieran hecho del desliz burocrático una política deliberada y habrían organizado un par de mensajes a la nación desde aquella puerta que –después de haber estado herméticamente cerrada largas décadas– se abría a

¹¹ *Loc. cit.*

¹² William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, pp. 97-101.

un nuevo proyecto de nación. En lugar de hacer eso, los políticos de la RDA se quedaron pasmados y anonadados. Ni un solo político de Alemania del Este se presentó en el muro, mientras del lado occidental uno a uno desfilaron y cantaron sobre las ruinas¹³. Kohl, en particular, el canciller de la RFA, exclamó emocionado que la patria alemana unida aún existía. La posibilidad de la reunificación se volvió más tangible con la caída del muro, pero, en un inicio, quienes encabezaron las protestas en Alemania del Este se inclinaron más por demandas de reformas democráticas. En muy poco tiempo, la búsqueda de la reunificación desplazaría aquellas demandas. Mientras los políticos de la RFA se apresuraron a llegar a Berlín a festejar, en cambio, en el Este, la élite política se quedó sin saber qué hacer y viendo cómo las masas salían de la RDA y el proyecto comunista a la vieja usanza se les esfumaba.

Hay otra dimensión del fin del muro de Berlín, interesante en este análisis que pretende adjudicar responsabilidades: su dimensión catalizadora del cambio. Es *el* evento particular dentro de una serie de transformaciones generales que permite explicar por qué sucedió la reunificación en el momento y la forma en que sucedió. El terreno había sido allanado por una serie de condiciones estructurales y de largo plazo como el deslustre de la vía comunista y las complicadísimas circunstancias económicas¹⁴. Sin embargo, el fin del muro no forma parte de estas transformaciones inscritas en un largo periodo de tiempo, no se inscribe intuitiva y lógicamente dentro de la secuencia de acontecimientos. Fue causado por decisiones que en ese momento podían haber parecido triviales a los guardias de la división, que tal vez pasaron desapercibidas para quienes se empujaban alrededor del muro y que llevaban días de protesta y fervor. Pero ese evento tan puntual en el tiempo y el espacio creó el parteaguas entre la división y la posibilidad de la reunificación, de baladí no tiene nada. Y es que a veces los capítulos con más aura de la historia nacional son causados por tropiezos, confusiones, y torpezas. Por eso mismo, el panorama estructural no es una herramienta suficiente para analizar el abanico de

¹³ *Ibid.*, p. 106.

¹⁴ Sobre este tema véase *supra*, capítulo I.

transformaciones, retrocesos y avances. Es una suerte de recordatorio de la famosa *Fortuna* de Maquiavelo que no puede dejarse fuera de la política mundial, porque tercamente tocará de nuevo a la puerta.

El muro de Berlín cayó el 9 de noviembre de 1989 y no después porque la comunicación estatal de la RDA falló en un momento crucial en que el gobierno de la RDA estaba en entredicho por una ciudadanía que exigía reformas y concesiones. Dadas las condiciones de largo plazo, queda claro que *en algún momento* de la década de los noventa aquel muro habría de venirse abajo. Tal vez en algún momento de los cinco años siguientes. Pero el muro cayó en ese momento por aquel error burocrático de la RDA, que ayuda a explicar por qué la reunificación sucedería en 1990 y no en 1992 ó 1995. Es decir, el derrumbe del bloque soviético era inevitable y no podía detenerse, tampoco el necesario proceso de reforma de la RDA. Pero, la caída del muro explica porque fue entre noviembre de 1989 y octubre de 1990, específicamente, que todo cambió. En 2003, Chernyaev apuntaba:

Me han preguntado a mí y a Gorbachov “¿cuál fue su reacción ante la caída del muro de Berlín?, ¿fue pánico?”. Algunas personas piensan que hubo pánico en Moscú. Algunas otras creen que había planes para utilizar tanques, que había planes para sacar a las tropas de las barracas. Nada de esto sucedió, no hubo pánico. Gorbachov sabía que era inevitable¹⁵.

Últimos intentos por la reforma y elecciones, el proceso interno

Una vez que el muro se vino abajo, y que las restricciones al libre tránsito se levantaron, buena parte de los alemanes del Este que querían irse de la RDA se marcharon. El canto de los manifestantes que antes de la apertura del muro había sido “*Wir wollen raus!*” (“¡Nos queremos ir!”) fue remplazado por un desafiante “*Wir bleiben hier!*” (“¡Nos quedamos aquí!”)¹⁶. En Alemania del Este, se quedaron entonces, de algún modo, quienes por una u otra razón querían quedarse ahí: los alemanes fieles al partido que esperaban que se llevaran a

¹⁵ Citado en W. C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, pp. 53-54.

¹⁶ Susanne Lohmann, “The Dynamics of Informational Cascades: The Monday Demonstrations in Leipzig, East Germany”, *World Politics*, 87 (1994), p. 75.

cabo reformas, los miembros de grupos de oposición que no simpatizaban con el partido en el poder pero que creían aún en las ideas socialistas y que de ningún modo buscaban la reunificación y, finalmente, un tercer grupo de alemanes del Este muy poco organizados. Este grupo, el más numeroso, estaba formado por alemanes que no eran leales ni al partido en el poder ni al socialismo, pero que no habían querido o podido emigrar por cuestiones económicas, porque no querían dejar atrás aquel sitio que finalmente era su hogar o que no tenían ganas de empezar nuevamente en la RFA¹⁷.

Justo después de que cayera el muro y que se abrieran las fronteras entre Alemania del Este y Alemania del Oeste, el apoyo a la reunificación se desplomó tanto en la RDA como en la RFA¹⁸. Me parece que esto tiene que ver con que cuando la reunificación se presentó en el panorama como un escenario posible —cuando hasta ese momento, sólo parecía un horizonte ideal pero poco probable ni tangible— los alemanes de la RFA comenzaron a pensar seriamente sobre los costos y sacrificios que necesitaría la reunificación. Las olas de migrantes provenientes de la RDA que habían aumentado desde la apertura de las fronteras eran una pequeña muestra de lo desestabilizadora que podría ser la reunificación. Del lado de la RDA, buena parte de quienes se habían quedado no estaban a favor de la reunificación, y otros cuantos esperaban ver qué posibilidades traería la reforma.

El Primer Ministro que había remplazado a Willi Stoph en la RDA, Hans Modrow, presentó entonces, el 17 de noviembre y con sumo optimismo un pretencioso y multidimensional proyecto de reforma en donde —aunque reiteraba su compromiso con el modelo socialista— también se comprometía a deshacer la maraña anquilosada y burocrática en la que se había convertido Alemania del Este: propuso una reforma que iba desde la política hasta el medio ambiente, pasando por la economía, hasta la

¹⁷ *Loc. cit.*

¹⁸ Para las cifras, véase las páginas 68 y 69 del capítulo anterior.

educación y la burocracia¹⁹. Aunque el compromiso reformista de Modrow parecía crear una ventana de oportunidad para la supervivencia del régimen, el mensaje pareció poca cosa comparado con las declaraciones de Kohl que le seguirían un par de días después²⁰. El canciller de Alemania del Oeste, que había estado muy al tanto del proceso de la RDA, presentó el 28 de noviembre de 1989 una suerte de contrapropuesta a aquella esbozada por Modrow. En esta famosa propuesta, sus “Diez Puntos”, Kohl²¹ aludía directamente a la reunificación, como culminación de un largo proceso, al que tocaba en ese momento estrechar los vínculos y crear estructuras mutuas en la búsqueda de una confederación; también aprovechó la ocasión para reiterar su buena disposición para socorrer económicamente a la RDA, con la condición de que se dieran pasos certeros hacia la reforma democrática²².

Estos diez puntos ayudaron a aclarar las opiniones de las multitudes emocionadas y un tanto confundidas: “Los líderes pueden dar forma a la opinión pública. Al optar por una postura fuerte y tomar partido pueden dar un punto de referencia para un público cuyas opiniones vacilan.”²³ Helmut Kohl y sus 10 puntos hicieron exactamente eso, encauzaron las opiniones de los alemanes, que sorprendidos por la caída del muro, a finales de noviembre de 1989 no estaban muy convencidos de seguir queriendo apoyar la unificación.

En lo que parecía ya un juego de tenis de mesa entre la élite política de uno y otro bloque en aras de ganarse el apoyo interno e internacional, Gorbachov optó por externar su molestia por las declaraciones de Kohl. El 5 diciembre de 1989 dijo estar consternado

¹⁹ “Hans Modrow’s Government Program” (17 de noviembre de 1989), trad. de Allison Brown y Belina Cooper, en Konrad H. Jarausch and Volker Gransow (eds.), *Uniting Germany: Documents and Debates, 1944-1993*, Providence - Oxford, Berghahn Books, 1994, pp. 81-83.

²⁰ Modrow anunció su plan de reforma el 17 de noviembre de 1989, y Kohl presentó sus famosos diez puntos el 28 de noviembre de 1989.

²¹ A. James McAdams interpreta los diez puntos de Kohl como un intento por estabilizar la situación política entre las Alemanias que estaba siendo sacudida por las oleadas de migrantes que iban de una Alemania a la otra (*From the Wall to Reunification*, Princeton, Princeton University Press, 1993, p. 205).

²² Helmut Kohl, “Zehn-Punkte-Programm zur Überwindung der Teilung Deutschlands und Europas” [“Ten Point Program for Overcoming the Division of Germany and Europe”], en *Bulletin des Presse- und Informationsamtes der Bundesregierung*, 29 de noviembre 1989. Traducido y transcrito en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=223, consultado el 30 de julio de 2009.

²³ Zelikow y Rice, *op. cit.* p. 119.

por las declaraciones del canciller de la RFA, puesto que un par de semanas antes había asegurado a Gorbachov que no tenía intención de desestabilizar a la RDA:

Voy a ser muy directo al decir que no comprendo al canciller federal Kohl, quien ha afirmado públicamente sus conocidos diez puntos sobre las intenciones de la RFA con respecto a la RDA. Es necesario decir abiertamente que estos puntos son un ultimátum planteado a un Estado alemán independiente y soberano. Lo que ha dicho el canciller Kohl concierne a la RDA, pero nos afecta a todos²⁴.

Más allá de las declaraciones de indignación, los socialistas trataron de recobrar el terreno perdido convocando unas mesas de debate que se inauguraron el 7 de diciembre, con miembros de los distintos partidos comunistas, sindicalizados y otros líderes con el propósito de esbozar un proyecto de reforma para la RDA²⁵. Dando señales que podrían interpretarse como conflictivas, Egon Krenz renunció como jefe de Estado ese mismo 7 de diciembre. Uno de los acuerdos más importantes de estas mesas de debate fue la decisión de redactar una nueva Constitución para la RDA y organizar elecciones libres en mayo de 1990. La prensa internacional lo interpretó entonces como un movimiento decisivo de la élite política de la RDA en dirección de una social democracia que se alejaba de la tutela soviética²⁶. Así, a finales de 1989, aún parecía que la RDA lograría recuperarse y convalecer de todos sus achaques con la panacea de la reforma²⁷.

Sin embargo, en algún momento entre finales de noviembre de 1989 y principios de diciembre del mismo año, el discurso de los alemanes del Este dio un brutal giro,

²⁴ Mikhail Gorbachov, "Concerns about Reunification" (5 de diciembre de 1989), minuta soviética sobre una conversación entre Mikhail Gorbachov y Hans-Dietrich Genscher, citado en Alexander von Plato, *Die Vereinigung Deutschlands: Ein weltpolitisches Machtspiel* [*The Unification of Germany: A Global Power Game*], Berlin, 2002, pp. 128-132; transcrito en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials' Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=2883, consultado el 18 de julio de 2009.

²⁵ La Mesa Redonda Central [*Zentrale Runde Tisch*] fue inaugurada en Berlín Este el 7 de diciembre de 1989. Se trataba de un foro en el que los miembros de organizaciones comunistas que estaban desmoronándose (por ejemplo, miembros de partido, sindicatos, y la liga de mujeres entre otros) se reunían con representantes de la sociedad civil para debatir y proponer reformas en la RDA.

²⁶ Véase por ejemplo, S. Schmemmann, "Upheaval in the East. Communists and Foes Agree to Free East German Vote and Plan New Constitution", *The New York Times*, New York, 8 de diciembre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/12/08/world/upheaval-east-communists-foes-agree-free-east-german-vote-plan-new-constitution.html?scp=91&sq=free+elections+East+Germany&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

²⁷ Zelikow y Rice, *op. cit.*, p. 153.

pasando de la búsqueda de la reforma al deseo por la reunificación. Lohmann narra cómo las propuestas por la reforma comenzaron a ser recibidas en las calles de Alemania del Este con abucheos o indiferencia. ¿Qué había sucedido? Lohmann argumenta que aquel tercer grupo de alemanes del Este que se habían quedado en la RDA un poco a pesar suyo, que no estaban organizados ni tenían lealtades con ningún grupo político, aquel grupo de alemanes que no tenían ya ninguna fe en el socialismo, aquel grupo que podría clasificarse burdamente como *la multitud* comenzó a inundar las calles, y el lema de “*Wir sind das Volk!*” (“¡Somos *el* pueblo!”) fue poco a poco remplazado por “*Wir sind ein Volk*” (“¡Somos *un* pueblo!”)²⁸. La gente, aquella no representada y que era al principio minoría entre los que se manifestaban en las calles pero que fue mayoría después, prefería la reunificación propuesta en los diez puntos de Kohl al incierto y sinuoso camino de la reforma. La reunificación remplazó entonces a la reforma en los cánticos de los alemanes del Este.

En enero de 1990, las protestas populares volvieron a estallar en las calles de Berlín Este; los manifestantes saquearon los cuarteles de la policía secreta, destruyendo archivos e inmobiliario, en un gesto que fue interpretado como la exteriorización de la frustración de los alemanes del Este por la lentitud con la que los cambios se estaban llevando a cabo²⁹. Con un Estado que se estaba desmoronando, los políticos de Alemania del Este terminaron por adelantar las elecciones legislativas previstas para mayo de 1990 al mes de marzo. Pero las elecciones eran una apuesta muy complicada, porque el desenlace podría ser nefasto. Con las elecciones, el partido comunista alemán firmó su condena; accedió a jugar contra un retador que sabía mucho más fuerte que él.

Ya en 1960, Morgenthau afirmaba que, de tener la opción, los alemanes del Este no se quedarían un minuto más bajo la influencia soviética ni tolerarían un día más de gobierno comunista.

²⁸ S. Lohmann, art. cit., p. 76.

²⁹ Véase S. Schmemmann, “Upheaval in the East. Angry Crowds of East Germans Ransack Offices of Spy Services”, *The New York Times*, New York, 16 de enero de 1990, <http://www.nytimes.com/1990/01/16/world/upheaval-east-east-germany-angry-crowds-east-germans-ransack-offices-spy-service.html?scp=15&sq=east+german+elections&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

Si los alemanes del Este pudieran elegir libremente a su gobierno, los comunistas no se quedarían en el poder ni veinticuatro horas. Si pudieran elegir por sí mismos una orientación de política exterior, no se quedarían dentro de la órbita soviética ni veinticuatro horas. Tanto nosotros como la Unión Soviética sabemos esto, y por esto mismo la Unión Soviética no podría aceptar jamás que se organizaran elecciones libres en Alemania del Este; sería prácticamente ceder su bastión en Alemania del Este y comenzar la liquidación de su imperio³⁰.

Lo que no dice en ese texto es hacia dónde se dirigirían. ¿Se esperaba que corrieran de brazos abiertos hacia Occidente, el capitalismo, la democracia y todos sus vicios y virtudes? En 1960, cuando Morgenthau escribió, era sin duda la elección más evidente, puesto que representaba el polo opuesto de la dicotomía de Guerra Fría. Casi tres décadas después, en 1989, el conflicto entre un modelo y otro no era ya tan abierto, pero sí parecía quedar claro que el capitalismo era una vía mucho más corta —un atajo— hacia la abundancia, el crecimiento y la comodidad. Jaraush afirmó incluso que el clamor por la reunificación no respondía a ningún tipo de pan-germanismo con toques de nostalgia, sino a la convicción de que “el camino más veloz a una vida mejor pasaba por Bonn”³¹. La fascinación por Occidente y las olas de refugiados que pasaban al lado occidental alcanzaron tal magnitud que comenzaron a preocupar a Kohl, porque semejantes mareas de migrantes comenzarían a desestabilizar el equilibrio social y económico de la RFA, y —muy probablemente— provocarían que los alemanes del Oeste comenzaran a dudar sobre qué tan buena idea era realmente el proyecto de acercamiento con los alemanes del otro lado una vez que la carga social y económica de todos estos individuos comenzara a sentirse. Kohl decidió entonces que para que los alemanes del Este dejaran de correr hacia el *Deutsche Mark*, había que llevar la codiciada moneda hacia ellos; el 6 de febrero de 1990, propuso entonces una jugosa unificación monetaria³² en la que prometió cambiar

³⁰ Hans J. Morgenthau, art. cit., pp. 125.

³¹ Konrad H. Jarausch, *The Rush to German Unity*, Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 201.

³² Kohl dijo que la unión monetaria habría de proponerse formalmente después de las elecciones. Se llevaría a cabo a principios de julio de 1990. No obstante, se trataba de una carga sumamente engorrosa para Alemania Occidental: cambiar billetes que valían tan poco como aquéllos de un juego de mesa por *deutsche marks* como si valiesen exactamente lo mismo podría ser sumamente costoso para los alemanes del Oeste. Sin embargo, la única persona que se mostró reticente ante la idea fue el jefe del *Bundesbank* de Alemania del Oeste, Karl-Otto

los *Ostmark* de los alemanes del Este por *Deutsche Marks* a una generosa tasa de uno a uno.

Los números de personas que acudieron a las manifestaciones crecieron y disminuyeron entre enero y marzo de 1990, aunque el récord de asistencia de ese año fue el 14 de marzo en Leipzig, cuando 300,000 personas acudieron a ver a Helmut Kohl³³, apenas unos días antes de las elecciones. Con esas promesas hacia la abundancia en mente, los alemanes del Este acudieron a votar en marzo de 1990. En esas elecciones legislativas se decidió el destino de la RDA, porque cada uno de los principales partidos representaba una solución claramente definida para la fragilidad de Alemania del Este.

Cabe en este punto mencionar que existían dos vías legales previstas en la Ley Básica de la RFA según las cuales la RDA podría unirse a la RFA: el artículo 23 y el artículo 146. El artículo 146 era el que se había previsto al momento de redactar la ley como la vía que se seguiría si Alemania habría de reunificarse y preveía la posibilidad de un encuentro entre las dos Alemanias. Señalaba que se crearía un nuevo Estado una vez que se hubiese elegido una asamblea de delegados, que debían redactar una nueva Constitución común con nuevas reglas y pautas. Ésta era la vía prevista para la unificación y la razón por la cual la Ley Básica de la RFA no tenía el estatus nominal de Constitución, y era sólo de carácter provisional. Por el contrario, la vía del artículo 23 era un recurso pensado para la *anexión* de ciertas provincias. El artículo 23 pretendía que quienes llegaran a la RFA se despojaran de todos sus bagajes, conceptos y preceptos; que los dejaran en la entrada y se vistieran con las normas, leyes y compromisos internacionales de Alemania occidental. La vía de este artículo era pues una propuesta de cobijo y tutoría paternal, más que de concordia fraternal.

Pöhl. (Mary Fulbrook, *The Divided Nation. A History of Germany 1918-1990*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 336).

³³ S. Lohmann, art. cit., p. 77.

Es decir, optar por la vía del artículo 146 implicaría una genuina reunificación de las Alemanias y la creación de una *nueva* Alemania unida, cuando menos legalmente. Elegir la vía del artículo 23 implicaría la absorción de la RDA por la RFA. Estas distinciones son importantes porque el partido que ganó las elecciones de marzo de 1990, la Unión Cristiano Demócrata (CDU) había elegido abanderar la “reunificación” de ambas Alemanias, por la vía del artículo 23, y no el 146.

Ahora bien, principalmente, hubo en esas elecciones de marzo de 1990, tres grandes opciones políticas. En primer lugar había una alianza conservadora, cuyo nombre oficial era la Alianza por Alemania y que tenía a la Unión Demócrata Cristiana (CDU) a la cabeza³⁴. La CDU era el partido homólogo al partido de la RFA al que pertenecía Kohl. Votar por la Alianza por Alemania equivaldría a apoyar la propuesta de Kohl indirectamente, inclinarse por la unión. Como ya lo señalé, este partido decidió hacer de la unión por la vía del artículo 23 de la Ley Básica su bandera política.

La segunda opción era el partido socialdemócrata (SPD), fundado en Alemania del Este en octubre de 1989 por el partido socialdemócrata de la RFA. Los socialdemócratas habían sido los favoritos en las encuestas de febrero de 1990 y, pregonaban la creación de un nuevo Estado de Alemania del Este, o más bien la creación de un nuevo régimen con una nueva constitución³⁵.

Finalmente, el Partido del Socialismo Democrático (PDS) era la versión renombrada y supuestamente renovada del partido comunista de Alemania del Este (cuyo nombre había sido el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED, por sus siglas en alemán)), del partido —hasta hacía muy poco— oficial.

Es decir, a *grosso modo*, los alemanes del Este debían elegir entre la CDU, el SPD o el PDS. Cuando finalmente llegaron las esperadas elecciones el 18 de marzo de 1990, casi

³⁴ La Unión Demócrata Cristiana (CDU) del Este no estaba sola: había conformado una alianza con otros dos partidos de tinte conservador, la Unión Alemana y el Despertar Democrático. Dicha alianza tenía el grandilocuente nombre de Alianza por Alemania.

³⁵ Zelikow y Rice, *op. cit.*, p. 229.

todos los alemanes acudieron a las urnas: 93% de quienes habían estado acostumbrados a vivir en una sociedad en donde la participación política había sido desalentada acudieron a votar. De esos alemanes, 48% se inclinaron por la vía rápida y directa hacia la reunificación, por la propuesta de la Alianza por Alemania que salió victoriosa en la contienda³⁶. A la cabeza de esta Alianza, la CDU se impuso con casi 41% de los votos totales. El SPD lo seguía con sólo 22%, a pesar de los buenos augurios que había tenido el mes anterior. Y el PDS logró reunir 16.4% de los votos³⁷.

En ese sentido, no parece descabellado afirmar que la elección de la reunificación se hizo casi por plebiscito; y a pesar de que unos cuantos meses antes pocos alemanes del Este pensaban en la reunificación con optimismo y entusiasmo, en marzo de ese año la voz de los alemanes del Este se levantó al unísono por la unidad, o más bien por la incorporación a la RFA. Esta precisión es importante porque lo que la CDU proponía no era la reunificación de dos Estados bajo un nuevo esquema de gobierno que sumara y conciliara los dos modelos, sino la absorción de la RDA por la RFA. Esta última se anexaría los territorios de aquélla como si fuera alguna pequeña provincia relegada. La elección de esta vía es aún más significativa porque había una opción más equilibrada, el artículo 146. Así pues, hablar de la “reunificación alemana” resulta un tanto inexacto, puesto que la asimetría se impuso al eliminar al Estado del Este y ampliar los dominios del occidental.

La elección a la que se enfrentaron los alemanes del Este consistía en inclinarse por la anexión de la RFA, es decir por eliminar a Alemania del Este y ampliar las fronteras y la jurisdicción de la RFA a los territorios y los habitantes que antes formaban parte de aquélla o bien por reinventar Alemania del Este. La primera opción equivaldría a formar parte de la RFA en un abrir y cerrar de ojos y sin necesidad de hacer maletas; la segunda consistía en un nuevo experimento social y político que podía fallar tan estrepitosamente

³⁶ Al frente del CDU estaba Lothar de Maizière quien sería el primer ministro –marioneta de Kohl a decir de muchos– que se encargaría de los últimos ajustes y de cerrar el trato de la reunificación.

³⁷ Zelikow y Rice, *op. cit.*, pp. 229-230.

como el comunismo o que podía ser la panacea europea. Pero los alemanes del Este estaban ya cansados de ensayar y de lidiar con sacrificios y asperezas en aras de un mejor futuro, que ni siquiera podía avizorarse; estaban fascinados y seducidos por la promesa de abundancia de Occidente, que Kohl había formulado. Podrían tener todo lo que, hasta entonces, sólo habían visto desde fuera de las vitrinas del crecimiento económico y habían dado su apoyo electoral a un partido que buscaba calcar a su exitoso homólogo occidental: si el partido político era el mismo y los alemanes del Este querían exactamente eso que se habían consolidado del otro lado del muro, si el Oeste estaba dispuesto a remolcar económicamente cuanto fuera necesario al Este, si antes habían sido un mismo Estado y una misma nación, ¿qué caso tenía aventurarse de nuevo en las inestables áreas del intento?, ¿qué caso tenía mantener a dos Estados distintos y separados, si sus aspiraciones, poblaciones y partido en el poder eran los mismos?

A lo largo de los meses de 1990 que habían transcurrido, el apoyo a la reunificación³⁸ no había dejado de aumentar: después del desplome en el apoyo inmediatamente posterior a la caída del muro de Berlín, las cifras volvieron a crecer: en enero y febrero de 1990, el apoyo a la reunificación entre la población de la RDA era de 79%, en marzo había crecido a 84% y en septiembre y octubre llegaría a 88%. Entre los alemanes del Oeste, el apoyo también crecía: 74% en enero de 1990, 78% en febrero, 82% y 81% en marzo y abril respectivamente, 83% en mayo, y 85% en agosto de 1990³⁹.

Una vez que la CDU ganó las elecciones de marzo de 1990, Lothar de Maizière, quien la encabezaba, se encargó de los últimos ajustes de la reunificación. El 1 de julio de 1990, la unión monetaria fue el primer paso hacia una nueva Alemania del Este. En cuanto los bienes occidentales inundaron las tiendas del Este, la economía del desfalleciente Estado alemán comenzó a tambalear: los alemanes del Este compraban

³⁸ Como ya precisé, hablar de “reunificación” me parece inadecuado, pero conservo el término por ser ampliamente aceptado y utilizado, por lo que resulta útil para fines descriptivos y en la búsqueda de un diálogo.

³⁹ Las cifras de S. Lohmann (art. cit., p. 77) y Manfred Kuechler (“The Road to German Unity: Mass Sentiment in East and West Germany”, *The Public Opinion Quarterly*, 56 (1992), p. 56) concuerdan. La primera analiza principalmente el apoyo dentro de la RDA y el segundo hace alusión al apoyo en ambos Estados, pero menciona más datos de la RFA. Aquí utilizo estadísticas de ambos.

emocionados los productos occidentales, dejando a los productores de “su lado” con un escuálido mercado que ya tampoco contaba con la Unión Soviética como cliente, puesto que ésta no podía pagar los nuevos precios en *Deutsche Marks*. A la unión monetaria siguió la absorción política, antes de que la economía del Este se derrumbara y la RFA tuviera una tarea aún más titánica por delante. La unificación tuvo lugar el 3 de octubre de 1990, sin la pompa y platillos de la banda sonora del derrumbe del muro, pero con la templanza del último paso que faltaba para terminar de recorrer un largo camino. El 3 de octubre, la República Democrática Alemana desapareció de los mapas, mientras las fronteras de la República Federal de Alemania se extendían hasta los límites con Polonia⁴⁰; de lo que fue el paladín socialista quedarían sólo acaso un par de cementerios intactos, incluso los nombres de las calles cambiarían.

El desarrollo que culminó en la reunificación tuvo, pues, una lógica interna, propia a las dos Alemanias, en la que la presión de la sociedad alemana del Este inclinó la balanza a favor de la reunificación sobre las propuestas de una reforma del régimen de la RDA. Al mismo tiempo, la reunificación necesitó de una negociación internacional de la RFA con las cuatro potencias que se habían dividido al Estado germano en un inicio. Cada uno de estos dos procesos influyó sobre el otro, creando presiones y transformando los elementos de negociación. El mecanismo internacional final que culminó en la reunificación se conoce como 4+2⁴¹, haciendo alusión, por un lado, a la participación de las cuatro potencias y por el otro a la participación de las dos Alemanias, que debían encargarse de sortear los desafíos y obstáculos internos a la reunificación.

La negociación internacional

Entre los actores internacionales involucrados en el proceso de unidad alemán, es decir los que habían participado en su división había un entusiasta, dos recelosos y un

⁴⁰ Las fronteras con Polonia fueron también tema de discusión durante las negociaciones, puesto que los polacos temían que no se respetaran las fronteras acordadas en Helsinki en 1972. Sin embargo, los tratados suscritos se respetaron, y los polacos pudieron sentarse tranquilos.

⁴¹ James A. Baker III, quien era en ese momento Secretario de Estado estadounidense, explica que la idea de este mecanismo de 4+2 fue norteamericana (citado en William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 51).

temeroso. Todavía en diciembre de 1989, Thatcher declaraba en Bruselas que la unidad alemana tardaría aún 10 ó 15 años en llegar; Francia e Inglaterra eran esos dos recelosos del proceso de unidad alemán⁴². El entusiasta era Estados Unidos quien decidió apoyar el proyecto de unidad de Kohl desde noviembre de 1989. El temeroso era Gorbachov quien se encontraba en una coyuntura sumamente delicada puesto que debía mantener en equilibrio su reputación internacional sin por ello provocar su caída interna.

Quienes movieron en ese momento las piezas clave en la negociación diplomática fueron, siguiendo los testimonios de Zelikow⁴³ y Rice⁴⁴, la élite política de Alemania del Oeste y los estadounidenses. Cuando cayó el muro, Kohl tenía una visita planeada a Polonia; ahí, después de conversar con Lech Wałęsa decidió que debía ir inmediatamente a Berlín (Oeste). Para acelerar su llegada, los estadounidenses proporcionaron a Kohl un avión que saldría de Hamburgo y lo llevaría a Berlín Oeste, Kohl sólo tendría que transbordar. A partir de ese gesto simbólico, Kohl y los estadounidenses hicieron una suerte de mancuerna en las negociaciones del proceso de reunificación⁴⁵. En Berlín —y a pesar de una nota de Gorbachov que pedía a Kohl no incitar al caos— el canciller de la RFA habló del derecho de la autodeterminación, y exclamó “¡Una patria alemana libre vive! ¡Una Europa libre y unida vive!”, citando el himno de la RFA⁴⁶.

Helmut Kohl volvió a poner el dedo justo en la llaga cuando presentó, el 28 de noviembre de 1989, sus diez puntos que llevarían a la reunificación y que mencionamos hace unas líneas. Los testimonios sugieren que Kohl no consultó a prácticamente nadie sobre este programa, ni siquiera sus asesores de política exterior estaban al tanto del

⁴² Véase Craig R. Whitney, “After the Summit; Rapid Change in East Is Taking a Toll on the Western Allies”, *The New York Times*, New York, 6 de diciembre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/12/06/world/after-the-summit-rapid-change-in-east-is-taking-a-toll-on-the-western-allies.html?scp=88&sq=free+elections+East+Germany&st=ny>, consultado el 19 de junio de 2010.

⁴³ Robert Zoellick, quien después sería presidente del Banco Mundial, era en 1989 subsecretario de Asuntos Económicos y Agrícolas de James A. Baker III, quien era entonces Secretario de Estado del presidente George H. W. Bush (padre).

⁴⁴ Antes de ser Secretaria de Estado de George W. Bush (hijo), Condoleezza Rice fue Directora de los Asuntos Soviéticos y del Este Europeo de la Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos durante la presidencia de George H. W. Bush (padre).

⁴⁵ Zelikow y Rice, *op. cit.*, pp. 102-103.

⁴⁶ *Loc. cit.*

contenido de la propuesta. Kohl únicamente quiso que una copia del texto fuera enviada a Bush padre; éste expresó su apoyo a las intenciones de Kohl⁴⁷.

Unos cuantos días después, el 2 y el 3 de diciembre de 1989, Bush se reunió con Gorbachov en Malta, y el tema de la reunificación alemana surgió evidentemente en la discusión. A pesar de que Gorbachov habló de mantener el *estatus quo* en Europa para no desestabilizar el continente, quienes estuvieron presentes recuerdan a un Gorbachov bastante vacilante, sin ideas muy fijas y que no dio en ningún momento una respuesta concreta a los estadounidenses sobre el tema⁴⁸. Incluso uno de los participantes soviéticos se quejó diciendo que Gorbachov les había dado la impresión a los estadounidenses de que no habría una fuerte oposición de la URSS a la reunificación alemana, “Bush se dio cuenta de que si ya hubiese una posición clara en Moscú, Gorbachov la habría planteado en Malta”⁴⁹. Justo después de su reunión en Malta, Bush se reunió con Kohl en Bruselas donde le explicó que la posición de Gorbachov no era clara ni fija. Esa misma tarde, en una reunión de la OTAN, Bush expresó a sus contrapartes, que la reunificación alemana era uno de sus objetivos, y Thatcher se mostró particularmente decepcionada de esta reunión. El 5 de diciembre, Gorbachov hizo fuertes declaraciones condenando el giro que el tema había tomado⁵⁰.

Quise comenzar esbozando rápidamente el intercambio de estos meses porque son la muestra del complejo juego diplomático que siguió. Mientras Kohl y Bush acordaban cómo procederían para favorecer la reunificación, Gorbachov no conseguía esbozar una propuesta clara. Tal vez porque el desenlace era inevitable y la presión del momento no le había permitido sopesar sus opciones claramente. Francia e Inglaterra tuvieron que ceder poco a poco frente a las presiones de Estados Unidos, y en buena medida, porque sus suspicacias sobre una Alemania unida no tenían cabida en el clima internacional del momento, emocionado con las transformaciones de Europa del Este.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 122.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 131.

⁴⁹ La persona en cuestión era Sergei Akhromeyev, un mariscal de la Unión Soviética. *Loc. cit.*

⁵⁰ Véase *supra*, nota 24 de este mismo capítulo.

Sin embargo, esta tesis no es el sitio para describir y recorrer los extensos pormenores de la negociación política y tampoco es su objeto⁵¹. A grandes rasgos; en febrero de 1990, Kohl, Gorbachov y Bush se reunieron en Moscú en donde los tres dijeron aceptar, en principio, la reunificación si los alemanes del Este votaban en ese sentido; Bush y Gorbachov se reunieron nuevamente en Moscú entre el 30 de mayo y el 4 de junio para continuar con las negociaciones y el 1 de julio se llevó a cabo la unión monetaria entre ambas Alemanias. Sobre el intercambio diplomático de esos meses, me limitaré a señalar un par de puntos que me parecen reveladores.

En primer lugar, la lectura de las negociaciones deja entrever claramente que Gorbachov se presentó a la mesa de negociación internacional sin una estrategia clara, sin un plan de acción y una propuesta que defender. Gorbachov estaba voluble y un poco nervioso, iba reaccionando a las propuestas y los desenlaces políticos, pero se abstenía de tomar una posición propositiva; sin embargo, la espera de un panorama favorable para los soviéticos no rindió frutos, y Gorbachov se fue arrinconando poco a poco, perdiendo marco de negociación, y cediendo de repente con tal ligereza que parecía que no estaba consciente de lo que acababa de hacer. Incluso Bessmertnykh⁵², desde la trinchera soviética, recuerda que “no hubo nunca una estrategia, sólo tácticas”⁵³; agrega que la reunificación alemana fue un episodio trágico⁵⁴, porque sucedió sin que *nadie* en la URSS tuviera un plan para encauzarla. Puede ser que la cita delate una élite política soviética que no cayó en cuenta de la complicada planeación de Kohl y el respaldo estadounidense, puesto que si bien con frecuencia reaparecen las alusiones a la falta de estrategia soviética, una y otra vez pueden entrecruzarse los minuciosos cálculos de los alemanes del Oeste y de los norteamericanos que apadrinaban el esfuerzo con sumo entusiasmo⁵⁵. Gorbachov no

⁵¹ El libro de Zelikow y Rice, que he venido citando en este capítulo, es un minucioso recuento de estas negociaciones que –a diferencia de lo que podría sospecharse– resulta fascinante y nunca es tedioso.

⁵² Aleksander Bessmertnykh trabajaba ya en el área de asuntos exteriores de la Unión Soviética entre 1989 y 1990, y sería después muy brevemente Ministro de Relaciones Exteriores en 1991.

⁵³ Citado en William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 60.

⁵⁴ La elección del adjetivo es idéntica en el texto en inglés, pero asumo que se refiere más bien a la idea de la “tragedia” griega como el ineludible andar del destino.

⁵⁵ Vladislav M. Zubok, “Gorbachev and the End of the Cold War: Different Perspectives on the Historical Personality”, en William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 235.

presentó ni defendió con fuerza ni claridad las condiciones soviéticas a la reunificación alemana: no defendió la idea de una Alemania neutral, no puso precio a la retirada soviética ni abanderó la desmilitarización alemana; Kohl, por su parte, orquestaba con cuidado las negociaciones, previendo las reacciones de los soviéticos y planeando las posibles respuestas. La indefinición de la posición soviética debilitó su capacidad de negociación, puesto que lo que decía y afirmaba Gorbachov en una reunión con Bush o Kohl no siempre coincidía con lo que decía el resto de su gabinete; lo único consistente en su posición eran los constantes pasos en falso, la indefinición y la duda que delineaban una posición muy poco valerosa:

Un síntoma que muestra la debilidad de un ejército es la falta de claridad en sus planes o estrategias que no han sido pensadas con profundidad, de modo que los soldados de las distintas unidades no comprenden suficientemente bien su misión como para reaccionar correctamente en la confusión del campo de batalla. En la diplomacia –tal vez incluso más que en la batalla– los detalles importan. No basta con estar de acuerdo a grandes rasgos⁵⁶.

La falta de una estrategia soviética claramente definida puede tener que ver con varias cosas. En primer lugar, Gorbachov estaba a todas luces en una posición vulnerable que no decidió esconder: quiso continuar negociando como una superpotencia aunque sólo le quedase el título honorífico. Además, tanto alemanes del Oeste como estadounidenses optaron por el convencimiento sutil, por sonreír y reconfortar a Gorbachov a base de declaraciones de buena voluntad y palmaditas en la espalda mientras iban empujándolo a un minúsculo rincón de posibilidades. Esto tiene que ver, en buena medida, con una estrategia diplomática, pero también con la convicción occidental de que Gorbachov era un interlocutor soviético sumamente accesible que debía ser mantenido en el poder y aprovechado cuanto fuera posible. Sin embargo, como Gorbachov no fue arrinconado brutalmente desde un inicio, no tomó tampoco una posición defensiva.

⁵⁶ Zelikow y Rice, *op. cit.*, p. 232.

El tema más complicado –con mucho– de la negociación hacia la reunificación fue la pertenencia de Alemania reunificada a la OTAN. Los límites al ejército alemán, el tiempo que las tropas de los poderes de ocupación permanecerían en territorio alemán y las fronteras con Polonia fueron otros temas espinosos, pero el que Alemania unificada se alineara enteramente con la alianza militar occidental fue el último punto en el que Gorbachov cedió, empeñándose en defender esos restos de la división de antaño, que tuvo que dejar ir al final. Uno de los asesores soviéticos le explicó a Condolezza Rice la posición de Gorbachov de la forma siguiente: “Solían haber dos Alemanias –una era suya y una era nuestra–. Ahora habrá solamente una y ustedes quieren que sea suya. Eso sería un cambio estratégico inaceptable en la balanza de poder”⁵⁷.

Que Alemania se mantuviese al margen de los tratados militares internacionales no era una opción viable para Estados Unidos y los demás europeos como no lo había sido cuando la Unión Soviética lo había propuesto en 1952 y 1955. James A. Baker III intentó incluso explicar por qué esta opción tampoco convendría a los soviéticos: una Alemania militarmente neutral⁵⁸ sería más peligrosa para Moscú que si formaba parte de la OTAN, puesto que podría adquirir su propio arsenal nuclear; mientras que la alianza militar occidental podría controlar con más firmeza los impulsos militaristas alemanes⁵⁹. Los argumentos no faltaron, y Kohl llegó incluso a preguntarse si la renuencia soviética podría comprarse, si era cuestión de ponerle precio. Sin embargo, Gorbachov parecía no pestañear. Ceder en el tema militar, en el símbolo de la carrera armamentista, que les había costado la prosperidad económica y la viabilidad socialista, sería también abandonar lo que los hacía una superpotencia. Sujetados firmemente de la única prerrogativa que parecía quedarles en la primavera de 1990, los soviéticos pusieron sobre la mesa una

⁵⁷ *Ibid.*, p. 266.

⁵⁸ Los estadounidenses estaban decididos a no permitir la formación de un Estado neutral, al margen de las dos potencias, en pleno centro de Europa y aún menos de la importancia de Alemania (Tony Judt, *Postwar. A History of Europe since 1945*, New York, Penguin Books, 2005, pp. 640-641).

⁵⁹ Zelikow y Rice, *op. cit.*, p. 180.

propuesta muy concreta⁶⁰, que no carecía de elegancia, pero había llegado demasiado tarde, y se enfrentaba a una alianza occidental, que ya había consolidado sus posiciones.

Cuando todo parecía estar estancado en un intercambio sin salida, Gorbachov cedió de repente con admirable gracia: aceptando que –en efecto– cuando Alemania se reunificase sería totalmente soberana, aceptó también que tendría derecho a elegir cuál sería la alianza política por la que optaría; sencillamente pidió que no se diera por sentado que optaría por la OTAN, aunque se tratara solamente de un gesto de caballeros en el papel. En realidad, el debate resultaba un tanto inútil desde un principio, puesto que –como Alemania occidental absorbería a la RDA– no se crearía un nuevo Estado, sino que la RFA ampliaría sus fronteras. En ese sentido, Alemania occidental tenía derecho de hacer lo que le viniera en gana con sus alianzas militares internacionales.

Gorbachov aprovechó la emoción de Kohl de ver las negociaciones destrabadas para pedir una suerte de compensación monetaria por su buena actuación poniendo –a fin de cuentas– precio a la reunificación alemana. Así, cuando el líder soviético se dio cuenta que no podría frenar el proceso más que al altísimo costo de su reputación como dirigente conciliador entre Este y Oeste, decidió sacar cuanto provecho pudo antes de quedar sin ninguna carta en la mano. Entre préstamos de distinta índole y demás concesiones económicas, la reunificación del Estado, que tantos dolores de cabeza había provocado en Europa se negoció por 15 millones de *Deutsche Marks*⁶¹. Gorbachov logró sacar su tajada desde la derrota, esperando que el impulso económico le permitiera salvar la cara cuando regresara a Moscú. Se acordó también que –si bien Alemania formaría parte de la OTAN– las estructuras de la alianza no se extenderían a los territorios que habían sido de la RDA mientras las tropas soviéticas siguieran ahí y estuvieran retirándose; es decir, durante los tres o cuatro años siguientes. También se estableció un límite de 370,000 soldados para el ejército alemán, aunque la cifra dependería después de

⁶⁰ Dicha propuesta, expuesta por Kvitsinky consistía en mantener las dos alianzas militares –la OTAN y el Pacto de Varsovia– durante cinco años, periodo durante el cual también permanecerían las tropas extranjeras en Alemania. Además, el ejército alemán no podría exceder 200,000 ó 250,000 soldados, y la ocupación de Berlín terminaría (*ibid.*, p. 296).

⁶¹ *Ibid.*, p. 352.

negociaciones intraeuropeas. Morgenthau había dicho que los soviéticos terminarían por darse cuenta de que sería más provechoso para ellos ceder Alemania del Este que aferrarse a ella⁶². En 1990, y sentados a las mesas de negociación, los soviéticos se dieron cuenta que no podrían detener la reunificación, y que debían intentar exprimir las negociaciones y sacarles cuanto jugo, concesiones y privilegios pudieran⁶³. Y es que, como decía Margaret Thatcher, el problema era que en realidad no había fuerza alguna en Europa capaz de detener la reunificación⁶⁴.

El 12 de septiembre, Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia, Inglaterra y las dos Alemanias, firmaron el Tratado de Moscú sobre Alemania reunificada, que sería efectivo a partir del 3 de octubre de 1990. Ese día, Alemania fue una sola nuevamente.

2. PRIORIDADES E INTERESES DE LOS ACTORES

Cartas finales de las superpotencias

La política exterior soviética de Gorbachov se diseñó para responder a los desafíos de un sistema en crisis y en aras de sacar a flote el sistema económico, esperando que así, con pilares económicos renovados, la ideología podría subsistir: una política exterior que, sin duda, recuperaba las viejas enseñanzas marxistas sobre infraestructuras y superestructuras. Si bien considero que Gorbachov se inclinaba genuinamente por la vía de la reforma y la evolución democrática, y que realmente pensaba que el socialismo podría convivir con una sociedad abierta, la elección de un acercamiento cordial e ideológicamente empático con Occidente le permitiría también abrir la puerta a fuentes de financiamiento que una ortodoxia socialista inmersa en la mentalidad de Guerra Fría y el conflicto maniqueo habían cerrado.

En primer lugar, entre mejores fueran los ojos con los que los occidentales vieran a la Unión Soviética, mayores eran las posibilidades de que los primeros estuvieran

⁶² Hans J. Morgenthau, art. cit., p. 130.

⁶³ Las palabras son de Bessmertnykh, citado en William C. Wohlforth (ed.), *op. cit.*, p. 69.

⁶⁴ Margaret Thatcher, *The Downing Street Years*, New York, HarperCollins, 1993, p. 797.

dispuestos a conceder préstamos e inversiones a los segundos. Además, al aflojar un poco la rienda con la que tenían controlados a los otros Estados soviéticos –es decir, cantando al son de Sinatra y olvidando los preceptos de Brezhnev– podría justificarse una pequeña retirada financiera de la Unión Soviética, permitiéndole concentrar sus reducidas fuerzas en sus propios problemas. El camino de la reforma requería bases económicas que no se tambalearan, y parecía también la única solución capaz de dar renovados bríos a un régimen que en su primer intento con el socialismo se había hundido en picada, envuelto en toneladas de acero.

La *Perestroika* puede analizarse entonces como una herramienta cuyas miras finales eran internas, a pesar de que casi todas las ovaciones vinieran de fuera. En efecto, el dúo de políticas de Gorbachov había adornado con esmero la carta de presentación soviética, adaptándola a las expectativas de las democracias occidentales; la URSS tendía cordialmente una mano mientras juraba con la otra que sus pasos futuros serían por la vía de la transparencia y la reforma. Observando desde las afueras de la Unión Soviética, y después de haber superado sus propias sospechas respecto a la buena voluntad de la superpotencia, los Estados occidentales comenzaban a suspirar aliviados. Gorbachov necesitaba que se acercaran con más convicción para poder negociar concesiones económicas, préstamos y financiamientos que le permitieran salvar el proyecto socialista dentro de la URSS, que le aseguraran la supervivencia económica del Estado. Pero el plan fallaba en muchos frentes.

En realidad, Gorbachov no podía hacer nada para frenar el proceso de reunificación de las Alemanias sin poner en jaque su legitimidad internacional y su discurso reformista que eran la única vía para acercarse a Occidente y conseguir los préstamos económicos y subvenciones necesarias para sacar a flote la Unión Soviética.

Es decir, la Unión Soviética ya no era suficientemente poderosa para mantener controlada la República Democrática Alemana sin aniquilarse a sí misma en el intento. Tampoco parecía tener mucho sentido; Gorbachov había abierto la puerta a la reforma

de esos Estados satélite, en parte tal vez porque creía en el horizonte democrático, pero también para aligerar los gastos que la potencia debía hacer para mantener controlados a los Estados satélite. Sin embargo, si la RDA se reformaba y democratizaba como ya lo habían comenzado a hacer Polonia, Hungría y después Checoslovaquia y Bulgaria, perdería su razón de ser como Estado separado. Permitir que se llevaran a cabo reformas en la RDA difícilmente no terminaría siendo el equivalente de permitir la reunificación, y la reforma era la principal carta política de Gorbachov, no podía ponerla en entredicho. Sin embargo, la reunificación alemana implicaría también el fin de la Guerra Fría y la derrota soviética cuando Alemania nuevamente unida inclinara la balanza a favor de Occidente. Tal vez por ello Gorbachov vaciló tanto: no era evidente dónde situarse en la línea en tensión entre su compromiso con la reforma y la defensa de la supervivencia de la Unión Soviética como potencia mundial. Por eso también insistió hasta el final en que la Alemania unida no perteneciera a la OTAN; pero este punto difícilmente podía defenderse dada la diplomacia estadounidense y, sobre todo, dados los acontecimientos internos de la RDA.

La posición estadounidense puede explicarse en buena medida a partir del renovado auge del liberalismo estadounidense y también como una política exterior que favorecía su posición en el escenario internacional. Si las Alemanias se reunificaban y se inclinaban del lado estadounidense, como se preveía que lo hicieran, Estados Unidos habría salido victorioso del conflicto ideológico de la Guerra Fría. El argumento según el cual la política exterior de Estados Unidos puede explicarse a partir de su régimen político — democrático y liberal— es aquel que esgrime Kenneth Waltz⁶⁵ en su análisis de “segunda imagen”. En ese sentido, podría argumentarse que los estadounidenses decidieron dar el visto bueno y promover la vía de la reforma para la RDA (incluso cuando eso implicara borrar aquel Estado del mapa en nombre de la democracia), porque los valores

⁶⁵ Véase Kenneth Waltz, *Man, the State and War. A Theoretical Analysis*, New York, Columbia University Press, 1959, capítulos IV y V.

constitutivos del régimen político norteamericano les impedían permanecer impasibles mientras la lucha de un pueblo por su soberanía y por una participación política incluyente se quedaba sin armas. La búsqueda de un Estado que era la demanda legítima de una nación dividida, cruzada que Woodrow Wilson habría aplaudido, no podría dejarse a su propia suerte. El problema con este análisis recae en que no explica por qué Estados Unidos decidió apoyar en ese momento la causa de la reunificación y no antes, ni tampoco por qué Francia, Italia o Inglaterra, que se consideraban regímenes políticos cercanos al estadounidense, no sólo no abanderaron la causa de la reunificación, sino que la vieron con sumo recelo e incluso se opusieron abiertamente.

Christopher Hill argumenta, en *The Changing Politics of Foreign Policy*⁶⁶, que la política exterior puede explicarse combinando consideraciones sobre la estructura internacional con anotaciones sobre las prioridades, percepciones y personalidades de actores internos que tienen cierta libertad para actuar dentro de los límites trazados por la estructura internacional. Las interacciones entre los distintos actores involucrados en el delineamiento de la política exterior de un Estado permiten explicar cómo ésta se transforma y se adapta a las transformaciones del contexto en que surge. Es decir, aunque la posición estadounidense ha de explicarse a partir de liberalismo estadounidense y de sus intereses en la transformación de la división de poder en Europa, considero que el giro que dio –de un mero apoyo retórico a la unidad hasta volverse el punto de apoyo de Kohl– puede explicarse como una reacción a las señales que la Unión Soviética estaba mandando, y la necesidad de pulir una reputación puesta en entredicho a lo largo de los años de la guerra de Vietnam, que no dejaba entrever con claridad a Estados Unidos como “la ciudad sobre la colina”, el ejemplo por seguir. En primer lugar, los gestos conciliadores de Gorbachov parecían síntoma de una suerte de reblandecimiento de la superpotencia: de ser sincera la postura de Gorbachov, los estadounidenses no tenían ya que centrar su política en la lucha milimétrica por zonas de influencia con la Unión

⁶⁶ Véase Christopher Hill, *The Changing Politics of Foreign Policy*, New York, Palgrave Macmillan, 2003.

Soviética, puesto que los límites entre los objetivos de una y otra potencia se difuminarían. De ser una máscara política, la debilidad de la antes superpotencia estaba comenzando a asomarse, mientras su líder sacudía una bandera blanca pidiendo un cese al fuego temporal para curarse las heridas. De un modo o del otro, Estados Unidos tenía la mano más fuerte y podría fácilmente ganar espacio de maniobra para presentarse como la superpotencia hegemónica mundial. Esto sería más sencillo si recordamos los informes de inteligencia norteamericana que apuntaban a la flaqueza económica de los soviéticos. Por otro lado, la guerra de Vietnam y el escándalo de Nixon habían sido claros parteaguas en un desencanto progresivo de los aliados de los estadounidenses (los europeos principalmente) –y de la misma sociedad norteamericana– con un sistema político que se vanagloriaba de ser bastión de los derechos humanos y la democracia, que se pavoneaba como *primus inter pares* entre las filas de los Estados democráticos, pero al que le estaba costando evidente dificultad que sus principios e intereses convergieran en una misma senda.

La posibilidad de un cambio en Alemania del Este, mientras la Unión Soviética bajaba la guardia, se adivinaba como oportunidad dorada para que Estados Unidos se colgaran de nuevo una medalla democrática, hiciera un par de caravanas y dejara que le agradecieran y aplaudieran. Hasta 1989, apadrinar la reunificación y la lucha democrática, soberana, alemana no se había vislumbrado como posibilidad real. Bastaba hasta entonces reiterar –al igual que el resto de los países de la OTAN– la sinceridad del apoyo al fin de la división ideológica de Europa; los buenos deseos resonaban optimistas y emocionantes, y engalanaban los discursos con suma gracia. En 1987, Reagan había dado un inolvidable discurso en la puerta de Brandeburgo en el que desafiaba a Gorbachov a “abrir esa puerta” y “derrumbar ese muro”. Rice y Zoellick apuntan que, si bien retumbaron con profundidad las palabras de Reagan, habían sido incluidas en el texto por un redactor de discursos que poco sabía sobre las prioridades e intereses de los Estados

Unidos⁶⁷. Y no era necesario que supiera algo al respecto, porque las palabras no tenían repercusión alguna sobre el curso de la política exterior estadounidense; eran mero artificio estético. Hasta 1989, las posiciones de los estadounidenses en lo público y en lo privado habían divergido; y la reunificación de Alemania no había estado en la lista de prioridades de la relación entre las superpotencias⁶⁸. A finales de 1989, en lo público y en lo privado, Estados Unidos comenzó a hablar en los mismos términos, y la reunificación alemana escaló muy rápidamente en su programa exterior.

Ese año, la reunificación se volvió posible; y lo hizo como bandera legítima de un pueblo que tomaba en sus manos su destino político. Estados Unidos no estaba arrebatando a los soviéticos su mitad alemana, simplemente estaba cobijando el anhelo soberano de los alemanes, apadrinaba su búsqueda de la reforma, la democracia y la unión, y pretendía que los soviéticos reconocieran ese derecho del pueblo alemán. Que todos los alemanes quisieran correr a abrazar los ideales de Occidente era un mero detalle, un asunto secundario; por lo menos, en ese sentido se justificaron los estadounidenses frente a la opinión pública mundial y frente a los políticos soviéticos, que escucharían el argumento refunfuñando. Al plantear así la cuestión alemana, los estadounidenses estaban utilizando los pilares de la política de Gorbachov para hacer a un lado a la Unión Soviética. La *Glasnost* y la *Perestroika* resultaron un arma de doble filo para el secretario general del partido comunista ruso. Además, los estadounidenses contaban con Helmut Kohl como un intermediario en la negociación, disminuyendo así los costos del intercambio. Si nada hubiese resultado como lo tenían planeado, sería Kohl —y no los estadounidenses— quien cargaría con las mayores consecuencias del fracaso.

La reunificación alemana fue el objetivo predilecto de política exterior de los estadounidenses por un breve periodo, antes de ser desplazada por el destino de Lituania⁶⁹

⁶⁷ Zelikow y Rice, *op. cit.*, p. 20.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 26.

⁶⁹ En marzo de 1990, por medio de la Revolución Cantada, fue proclamada la independencia de Lituania frente a la Unión Soviética. Ésta respondió duramente con bloqueos económicos y con fuerzas armadas.

y la crisis iraquí⁷⁰. Era una causa ideal para la promoción de la democracia en el mundo, para la cruzada mesiánica de Estados Unidos en aras de la libertad que había tomado nuevos bríos desde la presidencia de Carter. Guiar al país que encarnaba los atropellos de la Guerra Fría y la precariedad de los regímenes socialistas hacia una unión democrática y libre quedaba como anillo al dedo a las pretensiones de una política exterior que gusta hablar de grandes ideales y se considera a sí misma excepcional. George W. H. Bush ya había atisbado esta oportunidad, y cerró su discurso ante el Congreso un par de semanas después de ocupar la presidencia apuntando: “garantizar un mundo seguro es tal vez la prioridad más importante a la que haré alusión esta noche...Nunca antes ha sido nuestro liderazgo tan crucial, porque mientras América tiene los ojos en el futuro, el mundo tiene los ojos sobre América”⁷¹. El apoyo a la reunificación alemana era uno de esos objetivos en política exterior que la opinión pública estadounidense considera grandiosos, generosos y que les hinchaban de orgullo. En *Ideology and U.S. Foreign Policy*, Michael Hunt⁷² escribía que los presidentes de Estados Unidos no habían aún aprendido a sopesar las consecuencias internas políticas y económicas de sus andanzas en el exterior; el apoyo de la opinión pública estadounidense a una política exterior justificada con un tinte de cruzada ideológica, rápidamente se deslava cuando sus costos empiezan a resentirse en territorio nacional, cuando desfilan ataúdes y esquelas, y los bolsillos americanos comienzan a menguar.

Los ejemplos de las guerras de Corea y de Vietnam son paradigmáticos; con ellas, la política exterior estadounidense que pretendía mostrar el camino a los pueblos atrasados y oprimidos hacia una sociedad moderna, libre y democrática, se había empantanado en el intento y había necesitado utilizar sus propias fuerzas para sacudir el lodo y regresar a casa. En la reunión de las dos Alemanias se vislumbraba la posibilidad de no ensuciarse

⁷⁰ Es decir, la Guerra del Golfo Pérsico que comenzó en agosto de 1990.

⁷¹ George H. W. Bush, “State of the Union Address”, 9 de febrero de 1989, <http://www.thisnation.com/library/sotu/1989gb.html>, consultado el 14 de julio de 2009.

⁷² El libro apareció apenas un par de años antes de la caída del muro de Berlín y tenía todavía muy presente el fiasco de Vietnam (Michael H. Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*, New Haven, Yale University Press, 1987, cap. 6, pp. 171-199).

las manos al cerrar prodigiosamente uno de los conflictos más tensos de la segunda mitad del siglo XX; los soldados estadounidenses no tendrían que ir a luchar, pelear y morir por la cruzada democrática de otro pueblo. Bastaba con apoyarlos diplomáticamente. La Unión Soviética –que estaba buscando concesiones económicas por la vía de la seducción, y ya no por la vía de la amenaza⁷³– tenía un margen de maniobra mínimo, y todos los alemanes parecían, para principios de 1990, entusiastas con la unión. La jugada parecía muy fácil y las probabilidades estaban del lado del presidente norteamericano. La jugada era tentadora y funcionó admirablemente. Bush padre comenzaba su presidencia con el pie derecho.

Aunque Francia e Inglaterra también participaron en las negociaciones por la reunificación de Alemania –y se mostraron particularmente reticentes al respecto– su papel fue más bien secundario. La RFA había sido un importante actor dentro del proceso de integración europea desde los años de Adenauer, considerado uno de los padres fundadores del proyecto europeo; la RFA había sido también uno de los seis Estados de la alianza original, la Comunidad del Carbón y del Acero. Por ello, Francia e Inglaterra podían hacer todo lo posible por tratar de *convencer* a los alemanes de que la reunificación no era prudente porque sería un proceso que necesitaría muchos sacrificios, y esperar que éstos eligieran no buscar la unión; pero no podían poner muchas trabas más al proceso de reunificación sin traicionar los ideales de democracia, libertad y apoyo mutuo de la Unión Europea. Además, el tema subyacente de la división alemana era la división de Europa en dos campos ideológicos, cuyas fronteras estaban un tanto borrosas desde que Gorbachov había decidido inclinarse por la transparencia y la reforma. Por ello, el reencuentro de las dos Alemanias sería el punto de partida de una reunificación europea que permitiría que Europa unida se afirmara poco a poco como un actor unificado y, sobre todo, independiente de las dos superpotencias. La reunificación

⁷³ Zbigniew Brzezinski, *Game Plan. How to Conduct the U.S.-Soviet Contest*, New York, The Atlantic Monthly Press, 1986, p. 202.

alemana era condición necesaria para el fortalecimiento e independencia de Europa, y era además un proceso apoyado enérgicamente por Estados Unidos, el coloso del bloque occidental. Así, la reunificación alemana dio un giro: de consecuencia de la división pasó a ser catalizadora de la reconciliación.

En Alemania occidental

Del lado de las Alemanias, la reunificación no se avizoró antes que en el resto del continente; tal vez incluso después. Un par de meses antes de la caída del muro, los alemanes del Oeste se dividían a grandes rasgos entre los escépticos, los indiferentes y unos muy contados optimistas. “La reunificación es el tema que les interesa a todos los norteamericanos, y que a ningún alemán le importa”, había observado ácidamente la Secretaria de Estado adjunta para Europa⁷⁴ de Estados Unidos, cuando un consejero de Estado⁷⁵ preguntó a un general alemán occidental cuáles eran los sentimientos y posiciones de los alemanes en cuanto al tema de la reunificación⁷⁶.

Sin embargo, a pesar de la apatía, Helmut Kohl abanderó el tema de la reunificación antes de que el muro se viniera abajo. En realidad, desde el 8 de noviembre de 1989 Kohl habló de unidad. A primeras luces, podría parecer que Kohl tomó partido por un tema que le aseguraría el apoyo de las masas y de las élites políticas, porque no es difícil imaginar a los alemanes de la RFA emocionados por la perspectiva del reencuentro con los alemanes del Este. Sin embargo, a mi parecer, Kohl tenía más de visionario, de apostador audaz e impertinente, que de un político que retoma los objetivos de la nación, un poco oxidados, pero que seguían siendo válidos. La audacia de Kohl estaba en su decisión de apoyar un tema que levantaba discusiones acaloradas en los pasillos

⁷⁴ La persona en cuestión era Rozanne L. Ridgway, quien había sido embajadora de Estados Unidos en Alemania del Este hasta 1985 y que después presidiría el “Consejo del Atlántico” (*Atlantic Council*), un *think tank* cuyo objetivo es promover un liderazgo y una participación constructiva de Estados Unidos en los asuntos internacionales, confiriendo un papel central a la comunidad del Atlántico.

⁷⁵ Por su parte, el consejero de Estado era Robert Zoellick quien es ahora el presidente del Banco Mundial. Este dato proviene de una entrevista que Zoellick le dio a Philip Zelikow en 1991 (citado en Zelikow y Rice, *op. cit.*, nota 61, pp. 26 y 380).

⁷⁶ *Ibid.*, p. 26.

académicos, irritaba a los políticos europeos y en Alemania, antes de la caída del muro, tenía sin cuidado a la mayor parte de la población que ya no pensaba que la reunificación sería posible.

El desafío del tema de la reunificación residió en el breve pero desbordante apoyo generalizado entre los alemanes del Oeste a la unión de las dos Alemanias; Kohl tenía que montarse en ese entusiasmo que duró menos de un año antes de que regresaran los temores al frenazo económico que provocaría tener que sacar a la otra Alemania de su rezago, antes de darles tiempo a los escépticos académicos —a Grass y a Habermas entre otros— de convencer a las masas, antes de que salieran demasiados panfletos y se enumeraran demasiadas razones por mantener las cosas intactas.

Cuando Hungría abrió su frontera con Austria en verano de 1989, miles de familias de alemanes de la RDA cruzaron esta puerta abierta hacia Occidente, cual tierra prometida. El éxodo masivo de refugiados ponía a Alemania occidental en serios aprietos, jaloneada entre los términos de la relación con la RDA —que la obligaban a reconfortarla reiterándole su buena disposición y sólo aceptando refugiados ocasionalmente— y la presión de la opinión pública internacional, testigo de las miles de personas que, agazapadas contra los muros de las embajadas de la RFA en Budapest y Viena, suplicaban que no se les enviara de vuelta al régimen del que acababan de escapar. Cuando, en agosto, Hungría decidió dejar de repatriar a los refugiados, toda la responsabilidad recayó sobre Bonn. Si enviaban a los refugiados de vuelta, no serían más que cómplices del Estado germano del Este, fingiendo sordera ante los llamados de los que eran también alemanes. Probablemente, el canciller no se habría visto en dicha encrucijada sin la omnipresencia de los medios; las acciones de Kohl debían ser consecuentes con su discurso, y bajo la luz de los reflectores resultaba mucho más difícil maniobrar políticamente. Kohl anunció entonces que la reunificación alemana estaba nuevamente en la agenda internacional⁷⁷, y se alejó decididamente de los lineamientos de la *Ostpolitik*,

⁷⁷ *Ibid.*, p. 79.

presionando a la otra Alemania, para que solucionara la crisis de los refugiados por medio de reformas y ayudando a los refugiados a permanecer en el Oeste, aun cuando esto implicara un desafío a las leyes del otro lado del muro⁷⁸.

El paso adelante que dio Kohl no consistió en señalar las carencias del régimen vecino, sino en traer el tema pendiente de la reunificación a la mesa de negociación, porque, en realidad, la crisis de los refugiados, el descontento ciudadano y las denuncias contra un régimen opresivo iban justamente en contra del régimen de la RDA. La existencia de la RDA no se había puesto en entredicho hasta que Kohl canalizó el descontento y la confusión en Alemania del Este⁷⁹ y, una vez el muro abierto, esbozó un camino de diez puntos hacia la reunificación alemana. Esto permitiría espolear los clamores por la reunificación que destellaban en los rincones de la Alemania del Este; evitaría que desaparecieran, consumidos por el tiempo y la apatía, promovería un celo generalizado en la reunificación que fuese avivando ambas sociedades alemanas y le ganara apoyo social para su bandera política. Porque eso sería para Kohl la reunificación: su carta política, aun contra su aliado, el Partido Democrático Libre (*Freie Demokratische Partei*, FDP) y contra la renuencia de su propio partido. Si otro hubiera ocupado el puesto de Kohl, probablemente la reunificación habría tenido aún que esperar varios años.

Ataviarse políticamente con este tema fue complicado, porque necesitaba un meticuloso cálculo en dos frentes: en el terreno internacional y frente a la opinión pública alemana. Kohl debía hacer malabares con su política; utilizar las ráfagas de entusiasmo interno para negociar políticamente con los demás Estados involucrados y buscar constantemente el apoyo estadounidense. Asimismo, debía aprovechar los muy breves momentos en que los políticos europeos cedían un poco para reiterar en casa que la reunificación iba viento en popa: una suerte de juego de dos niveles como el que esbozó Robert D. Putnam⁸⁰. Cada centímetro ganado en el terreno internacional daba puntos a

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 65-67.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 80.

⁸⁰ En "Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games", Robert D. Putnam explica el diálogo e intercambios entre la esfera internacional y la nacional que forman un juego de dos niveles. Las

Kohl para negociar internamente, y el apoyo ganado dentro de Alemania renovaba su fuerza frente a los demás líderes internacionales.

Anotaciones de despedida de la RDA

En la RDA, la caída del muro fue la grieta por la que se desbordó todo el descontento acumulado en la sociedad; los pilares de un régimen apadrinado por un “imperio informal” llevaban ya años cuarteándose: la economía seguía adelante a duras penas, rechinando por todas las esquinas, sin estímulos financieros de la Unión Soviética y ya sin una población ilusionada por la promesa socialista. Utilizo la caracterización del “imperio informal” haciendo referencia a la Unión Soviética por parecerme que le viene impecablemente, puesto que se trata de “estructuras de autoridad política transnacional que combinan un principio igualitario de soberanía *de jure* con un principio jerárquico de control *de facto*”, explican Alexander Wendt y Daniel Friedheim⁸¹.

Es decir, si bien la Unión Soviética pretendía ser el Estado más reluciente entre una serie de Estados igualmente soberanos y mientras aseguraba que respetaba la soberanía de cada uno de sus satélites y no hacía más que encauzar el camino hacia el socialismo de los demás, en la práctica, el partido comunista soviético era la punta de la pirámide de los regímenes socialistas. La Unión Soviética tenía más poder militar que el resto de los Estados, y podía intervenir para asegurar que un régimen más débil permaneciera en sus filas. Si bien esta relación jerárquica podría usarse para analizar las dinámicas entre la superpotencia y cualquiera de los Estados satélite, me limitaré a sus intercambios con la Alemania socialista. La diferencia entre los imperios formales y los informales, a decir de Wendt y Friedheim, es que resulta mucho más costoso mantener los primeros, porque el control que tienen depende de la fuerza y la dominación; un imperio informal no necesita—salvo en contadas ocasiones en que raya con la dominación formal— de cadenas tan

políticas adoptadas por un Estado que debe lidiar con negociaciones internacionales son distintas de las que adoptaría sin ellas (*International Organization*, 42 (1988), pp. 427-460).

⁸¹ Alexander Wendt y Daniel Friedheim, “Hierarchy under Anarchy: Informal Empire and the East German State”, *International Organization*, 49 (1995), p. 695.

fuertes, porque busca crear consensos, porque se legitima por medio de la protección que da a los Estados subyugados, para que éstos estén dispuestos a ceder parte de su soberanía y dejarse llevar con los ojos solamente entreabiertos.

Esa creación de consensos es la herramienta sutil de los regímenes informales. Los consensos se crean y se mantienen en distintos niveles y de forma escalonada: el primer paso consiste en lograr el acuerdo de aquellos Estados que se dejan controlar, o más bien del gobierno de esos Estados. Ganarse el apoyo del Estado de la RDA fue sumamente fácil, puesto que el régimen se movía respondiendo a los tirones y jalones de los hilos que movía Moscú. En un segundo momento, será importante que la sociedad acepte; por último, difícilmente será posible consolidar una jerarquía imperial sin el respeto de las áreas de influencia del concierto internacional de naciones⁸². Es decir, un imperio informal necesita que los regímenes que controla, la sociedad por debajo de éstos y el resto de los países reconozcan su influencia.

Cosas más y cosas menos, después de la Segunda Guerra Mundial la Unión Soviética había logrado reunir un imperio informal utilizando la amplia gama de estrategias y tácticas que mencionan Wendt y Friedhiem, que le vienen bastante bien al caso soviético: enarbolando una ideología hegemónica, magistralmente ilustrada en el ideal socialista; enseñando los dientes de ser necesario, como bien lo dictaba la doctrina Brezhnev; garantizando a los Estados satélite que los soviéticos tenían la capacidad de defenderlos por medio de la acumulación de arsenal; y finalmente, alargando y soltando un poco la cinta con la que sostenían a la Alemania socialista. Los márgenes de maniobra permitían crear la ilusión de soberanía y autonomía, permitían que la RDA pudiese pararse orgullosa en el panorama internacional alegando que su inclinación por el socialismo era una voluntad política libre y resuelta⁸³. El enrevesado aparato burocrático que institucionalizaba los canales de la dominación y las dinámicas entre la Alemania del Este y la Unión Soviética mucho se parecía a la dominación legal burocrática que Weber

⁸² *Ibid.*, p. 701.

⁸³ *Ibid.*, pp. 702-704.

había descrito en *Economía y sociedad*: en la vida cotidiana, la dominación se vivía principalmente como administración⁸⁴, como burocracia. En la penúltima década del siglo XX, la dominación soviética se había desprendido del misticismo y el carisma: ni siquiera en Moscú se sentía el mismo fervor por los ideales socialistas. Desprovisto de la fascinación de un líder carismático o de ideales, quedaba el esqueleto de la reverencia, el bastidor de la ideología. El control de los soviéticos sobre el régimen de Alemania del Este fue perdiendo uno a uno sus amarres y el consenso obtenido en la segunda mitad del siglo XX fue palideciendo: la legitimidad de la dominación comenzó a trastabillar tanto entre los alemanes del Este, que eran testigos cautivos de la democracia y el lujo del otro lado de la división, como dentro del mismo aparato estatal de Alemania del Este, que se desesperaba viendo cómo los soviéticos se volvían más laxos y flexibles; y “cuanto más se desmoralizaban los europeos del Este, tanto más atractiva parecía la confianza recuperada de Europa occidental”⁸⁵. Los soviéticos, no tenían ya la fuerza militar para reinstalar el dominio por la fuerza; o cuando menos, si la tenían, los costos económicos serían sumamente pesados para una economía que intentaba convalecer.

Konrad Jarausch arguye que la reunificación alemana sólo puede explicarse a partir de distintas transformaciones internas de Alemania del Este⁸⁶. En primer lugar, el éxodo masivo, que buscaba constantemente fisuras por donde escapar, puso en jaque a la inflexible gerontocracia burocrática del régimen alemán, desestabilizó los engranajes sistémicos mientras planteaba desafíos futuros para una economía cuyo capital humano decrecía peligrosamente. El descontento con el régimen y la posibilidad de la reforma – que parecía incluso ser el camino seguido por Moscú– desencadenaron una serie de protestas populares, la reactivación de la sociedad, el revés de una sociedad pasiva y

⁸⁴ Max Weber, *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, “Los tipos de dominación”, trad. de José Medina Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

⁸⁵ Ralph Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa, en una carta pensada para un caballero de Varsovia*, trad. de Alberto Bixio, Barcelona, Emecé, 1991, p. 32.

⁸⁶ Konrad H. Jarausch, *op. cit.*, p. 199.

apática con la política –característica de los regímenes autoritarios⁸⁷–. En el camino por el cambio, la sociedad civil se reapropió de las calles. Los debates sobre la reforma cuartearon la ortodoxia y la ideología que ni siquiera podía fortalecerse de nuevo recurriendo a Moscú, y el intransigente Honecker –quien se hubiese inclinado por una represión inspirada en los *modus operandi* de Tiananmen, cuyos métodos ya no tenían el visto bueno de Moscú– fue remplazado por Egon Krenz, que de buena gana se hubiera convertido en una versión endémica de Gorbachov. Sobre el cambio en el liderazgo alemán, Gorbachov afirmó, “obviamente, el camarada Honecker sostenía que él era el número uno en el socialismo, y quizá en el mundo. Ya no era capaz de ver lo que estaba realmente sucediendo”⁸⁸.

La sociedad que se reapropiaba de las calles buscaba también reapropiarse de su política, quería tener la posibilidad de elegir –de elegir, tal vez, el socialismo de nueva cuenta, de intentarlo otra vez y de volver a fallar. Y justamente, en la posibilidad de optar por una vía socialista reformada y renovada –si así lo querían, y si no, por cualquier otra– podría encontrar la libertad que tanto envidiaban a Occidente. No se trataba tanto de rechazar el viejo sistema comunista y abrazar otro, cuanto poder elegir uno nuevo. El énfasis, en el otoño de 1989, no estaba en el cambio, sino en la elección de cambiar o no hacerlo. No se trataba de remplazar un platillo político por otro para englutirlo diariamente, porque incluso las delicias más exquisitas se vuelven tortuosas al ser impuestas; los alemanes del Este querían ver el menú y elegir. Tal vez la elección les fallaría y no volverían a elegir lo mismo, tal vez incluso se enamorarían de una preparación y no la querían cambiar en años. Pero la libertad radicaría en la *posibilidad* de elegir. El anhelo de los alemanes del Este era únicamente por lo que Ralph Dahrendorf llamó una “sociedad abierta”:

⁸⁷ A decir de Juan J. Linz quien hace un interesante análisis del caso del autoritarismo español como punto de partida para explicar las diferencias y transiciones entre los regímenes democráticos, autoritarios y totalitarios. Véase “An Authoritarian Regime: The Case of Spain” en Erik Allard e Yrjo Littunen (eds.), *Cleavages, Ideologies and Party Systems*, Helsinki, The Westermark Society, 1964, pp. 291-342.

⁸⁸ Zelikow y Rice, *op. cit.*, p. 86.

Los países de la Europa del Este no han desechado su sistema comunista para abrazar el sistema capitalista (cualquiera que éste sea); han desechado un sistema cerrado para crear una sociedad abierta, la sociedad abierta, para ser exacto, porque mientras muchos sistemas pueden existir, hay una sola sociedad abierta.

(...) Lo que murió en las calles de Praga, Berlín y Bucarest, en su Mesa Redonda polaca y ahora en su parlamento no es exactamente el comunismo, sino la creencia en un mundo cerrado gobernado por un monopolio de la “verdad”.⁸⁹

Creo que por eso la organización de las primeras elecciones libres de la RDA en marzo de 1990 eran el símbolo de la libertad y el cambio, la reforma y la vuelta de hoja. Sería el gesto gubernamental que la sociedad estaba esperando y que reclamaba en las calles: una puerta abierta a la reforma, y un gesto de confianza entre gobernantes y gobernados, que llevaban décadas sospechando unos de otros, manteniendo una dinámica política, que se esgrimía en torno a la suspicacia y el recelo, un poder desprovisto de la chapa dorada de la legitimidad⁹⁰.

Hacia fines de los años ochenta, era también un sistema político que daba constantes muestras de su incapacidad para sacar adelante económicamente al Estado. Cabe reconocer que la posición era sumamente complicada, porque la RDA era sólo uno de los eslabones de la gran máquina de producción de los Estados socialistas –al muy estilo *fordiano*–, y por ello estaba muy lejos de poder ser autosuficiente. Además, la economía soviética estaba en pedazos y la RDA se encontraba aislada del resto de los países occidentales, con la –muy significativa– excepción de la RFA. Y justamente, pedir préstamos y apoyo financiero a la adinerada Alemania occidental era tal vez la única salida rápida del brete económico. El chantaje financiero ofrecía una excelente oportunidad para que Kohl presionara a la RDA por la reforma política y la apertura democrática⁹¹, y

⁸⁹ Dahrendorf, *op. cit.*, p. 50.

⁹⁰ Es decir, retomando la definición de Seymour Martin Lipset, la capacidad del sistema de crear y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad (Seymour Martin Lipset, *Political Man. The Social Bases of Politics*, New York, Doubleday & Company, 1960, p. 77).

⁹¹ Estados Unidos rápidamente dio su apoyo a Kohl en el proyecto y el 8 de noviembre de 1989, Kohl declaró frente al *Bundestag* que sólo concederían ayuda financiera a Alemania del Este si ésta llevaba a cabo profundas reformas políticas y económicas, cuya principal implicación sería que el Partido Comunista claudicara su monopolio del poder y permitiese la formación de partidos políticos independientes con miras a la organización de elecciones libres. (Zelikow y Rice, *op. cit.*, p. 95).

así lo hizo. Probablemente Krenz no hubiese cedido con tal facilidad, y probablemente tampoco hubiera estado escasos dos meses a la cabeza del partido comunista de la RDA, si las protestas populares no hubiesen aumentado y si el muro de Berlín no se hubiera venido abajo.

* * *

Las transformaciones de la estructura internacional de los años ochenta trazaron los límites de lo posible. La caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, provocada por un error de comunicación en la élite de la RDA, y la diplomacia de Kohl junto con el respaldo estadounidense, y el apoyo de los alemanes a la reunificación permitieron que — dentro de esa década en que la puerta estaba abierta— la reunificación tuviera lugar el 3 de octubre de 1990 y no unos años después. Como lo mencioné, el creciente apoyo de los alemanes a la reunificación creó una ola de presión sobre la que Kohl supo montarse. ¿Quiénes eran estos alemanes de uno y otro lado que marcharon exclamando que eran *///* pueblo?; ¿había sobrevivido la nación alemana los años de la división?

IV

DOS ESTADOS ALEMANES, ¿DOS NACIONES?

Lo fragmentario, la desunión, lo hamletiano, se podría decir, es propio de nosotros. De ahí que incesantemente busquemos la unidad. La mayoría de las veces inútilmente o a un precio demasiado alto.

Günter Grass, *Discurso de la pérdida*.

A finales de 1989, los primeros manifestantes en Alemania del Este reclamaban reformas democráticas afirmando que ellos eran *el* pueblo; el gran tema era la democratización del régimen, el derecho de la sociedad a participar en la conformación y elección de su gobierno. A partir de las vísperas de 1990, la nación reemplazó a la democracia como tema central de las manifestaciones, cuando los alemanes del Este exclamaron que eran *un* pueblo. En unas cuantas semanas, parecía haber vuelto a la escena la defensa de una nación alemana cuya existencia misma era cuestionada por intelectuales alemanes. ¿Aún existía entonces la nación alemana a pesar de las décadas de historia separada de la RDA y la RFA? La pregunta es complicada porque “la nación” es un concepto difícil de aterrizar y de sopesar. Es uno de esos conceptos utilizados con soltura en los discursos políticos del siglo XX que parecen explicarlo todo, porque retumban con fuerza, aun cuando la búsqueda de una definición precisa resulta caprichosa y difícil de trazar claramente. Precisiones más o precisiones menos, la nación suele definirse como “una comunidad de personas, cuyos miembros están unidos por un sentimiento de solidaridad, una cultura común, una conciencia nacional”¹. Los rasgos antropológicos de la definición complican su aterrizaje en conceptos tangibles, cuantificables, que puedan asirse. En

¹ Hugh Seton-Watson, *Nations and States: An Inquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, London, Methuen, 1977, p. 1.

cuanto a la cultura común, hay quienes hacen hincapié en la importancia del lenguaje, otros prefieren inclinarse por una historia que exalte los grandes logros —y de vez en cuando reconozca los fracasos—, otros definen una cultura en oposición a las demás, hacen una larga lista de quienes son “los otros” para definirse a sí mismos. La solidaridad y la conciencia nacional aluden al reconocimiento mutuo de distintos individuos que se consideran miembros de la misma nación. De estas aristas parten las dos condiciones necesarias (aunque no exhaustivas), que menciona Ernest Gellner, para evaluar si dos individuos pertenecen a una misma nación: en primer lugar, que compartan una cultura²; en segundo lugar, que se reconozcan mutuamente como pertenecientes a una misma nación³.

La primera condición tiene que ver con la existencia de una cultura común que pueda sentar las bases de aquella nación; comenzaré este capítulo buscando identificar las características propias de esa nación alemana de la que se habló en 1989 y 1990. La segunda condición que menciona Gellner tiene que ver con la existencia de un sentimiento de nación compartida, de un discurso de pertenencia mutua. Esta segunda condición es más fácilmente identificable que la primera porque pueden observarse alusiones a una identidad nacional⁴ en la retórica de las élites políticas y las demandas de las masas. En efecto, entre la élite política de Alemania occidental (Kohl en particular) y

² Gellner define la cultura como un sistema de ideas, de signos y de asociaciones, de formas de comportarse y de comunicarse (*Nations and Nationalism*, Oxford, Basil Blackwell, 1983, p. 55).

³ *Ibid.*, pp. 55-57.

⁴ Hablar de “identidad nacional” es en realidad más atinado aquí que hablar de “nacionalismo”. Thomas Blank explica que la “identidad nacional” suele entenderse simplemente como una evaluación positiva de la nación a la que uno pertenece formalmente; sin embargo, agrega, la identidad nacional consiste en realidad en un sistema multidimensional de actitudes que provienen de la importancia emocional y evaluativa atribuida a la filiación nacional deseada y formal de un individuo (Thomas Blank, “Determinants of National Identity in East and West Germany: An Empirical Comparison of Theories on the Significance of Authoritarianism, Anomie, and General Self-Esteem”, *Political Psychology*, 24 (2003), pp. 260-261). Blank señala también que el “nacionalismo” está caracterizado por la idealización de la nación propia, por la convicción en la superioridad de la nación a la que uno pertenece y el juicio positivo generalizado de la misma. Explica que el “patriotismo” es una posición más objetiva que logra evaluar las cualidades y defectos de la nación, mientras que el “nacionalismo” se inclina por la idealización de la misma (*ibid.*, p. 262). Yo utilizo aquí el término de “nacionalismo” de una forma un tanto más neutra, más similar a lo que Blank define como “patriotismo”. Es posible que la elección de vocabulario no sea precisa para quienes estudian microsociología (según lo expuesto por Blank), pero, en otras disciplinas, nacionalismo, identidad nacional y patriotismo se utilizan más o menos indistintamente. Yo utilizo aquí los términos “identidad nacional”, “nacionalismo” y “retórica nacionalista” como sinónimos, sin adentrarme en los matices de unos y otros. Es decir, hablo de “retórica nacionalista” y “nacionalismo” para identificar un discurso político que da a la nación una importancia central, sin por ello idealizarla y dejar de reconocer sus defectos.

entre los alemanes que marcharon exclamando que eran *///* pueblo, el discurso de identidad nacional compartida sí existió en Alemania en 1989 y 1990. ¿Ese protagonismo recobrado de la nación alemana en 1989 y 1990 complementa nuestra explicación sobre por qué la reunificación pudo tener lugar en ese momento y del modo en que sucedió?

1. ¿UNA CULTURA COMPARTIDA? CUESTIONANDO AL PASADO

Cuando Helmut Kohl, a la cabeza del proyecto de reunificación alemana, exclamó que las dos Alemanias eran una misma nación dividida en dos Estados, los alemanes de uno y otro lado marcharon convencidos de que en los otros alemanes reencontrarían compatriotas perdidos; convencidos de que el gentilicio, la lengua y la historia compartida —anterior al armisticio de 1945— bastaban para estar seguros de que, entre los alemanes del Este y el Oeste, existía aún un lazo fuerte que cuatro décadas de vida separada no habían desatado. La reunificación alemana suele celebrarse porque se interpreta como la unión de dos mitades nacionales separadas artificialmente, como una auténtica cruzada nacionalista, como la lucha en aras de que las fronteras de la nación alemana —considerada una sola— coincidieran con las fronteras de un solo gran Estado alemán⁵. En una primera sección de este capítulo, me abocaré a la primera condición que esgrime Gellner para definir la pertenencia de dos individuos a una misma nación: que exista una cultura compartida. ¿Existía aún en 1989?

La centralidad del tema de la identidad nacional alemana en el discurso de las élites políticas de Alemania occidental mantuvo encendido el apoyo a la reunificación entre los alemanes de la RFA, a pesar de los sacrificios económicos necesarios para sacar a los alemanes del Este de su rezago. Esa retórica nacionalista estuvo con frecuencia teñida de nostalgia. En la RDA —supuestamente más cercana a la Alemania de antaño y del romanticismo alemán por no haber sido modernizada⁶— los alemanes del Oeste veían el

⁵ Gellner define el nacionalismo justamente como aquel principio político según el cual la unidad política (estatal) y la unidad nacional (la nación) deben ser congruentes (*ibid.*, p. 1).

⁶ Anne-Marie Le Gloannec, *La République Fédérale d'Allemagne*, Paris, Le Livre de Poche, 1994, p. 180.

reflejo del hogar perdido, de lo que el frenesí y los esfuerzos por salir a flote después de la posguerra habían avejentado y vuelto ajeno al agitado ritmo de vida de Occidente. El olvido de la vieja Alemania había sido, en cierto modo, voluntario, puesto que no era sencillo separar el nostálgico pasado alemán del que había llevado a las dos guerras mundiales y a la catástrofe del nacionalsocialismo. El plan Marshall les había dado la oportunidad de dar la espalda a ese pasado y empezar de nuevo sin todas las cargas de la historia. En noviembre de 1989, con la caída del muro, la reunificación alemana se volvió una posibilidad tangible; se planteó entonces la difícil pregunta sobre si era posible y era deseable buscar esa cultura alemana compartida, aquello que aún mantenía unida a la nación alemana. Oteando a la RDA, los alemanes del Oeste estuvieron seguros de haber encontrado ciertos rasgos de su pasado anterior a la Segunda Guerra Mundial⁷, como quien encuentra en un granero empolvado de una casa de la niñez un viejo fonógrafo que aún funciona rechinando. La nostalgia por el Este no tenía que ver directamente con la reunificación con la RDA, sino con un retorno a una Alemania anterior y tal vez más auténtica, con la que la RDA conservaba más rasgos en común que la RFA. Esta última había experimentado grandes transformaciones económicas, políticas y sociales —una profunda modernización y occidentalización—, alejándose cada vez más de la Alemania del siglo XIX y principios del XX.

Albores nacionalistas en Alemania

Aquella cultura compartida —siguiendo el primer eje de la definición de de Gellner— no había de buscarse, en el caso de las Alemanias, en la historia de la posguerra, en la historia de la separación, porque se trataba justamente de recuperar los elementos culturales alemanes que habían *sobrevivido* los años de la división. Había que remontarse a la historia de Alemania de antes de la Segunda Guerra Mundial y el nacionalsocialismo.

⁷ Jürgen Habermas, *Más allá del Estado nacional*, trad. de Manuel Jiménez, México, FCE, 1998, p. 96.

El problema con este ejercicio de memoria residía en que la historia de Alemania unida antes de la división había sido breve –comparada con la trayectoria nacional de Francia o Inglaterra– y también, bastante accidentada. La brevedad de la historia nacional alemana se debe a que, formalmente, Alemania no fue una sola sino hasta finales del siglo XIX, cuando en enero de 1871 se creó el Imperio Alemán, con el reino de Prusia a su cabeza. Hans Kohn⁸ opina que si bien la unificación alemana tuvo lugar únicamente a finales del siglo XIX, es posible rastrear un nacionalismo alemán anterior, que corresponde a la época de la campaña napoleónica de 1813. Kohn arguye que, antes de 1813, no existía un nacionalismo alemán; incluso durante los años de la Revolución francesa y las primeras guerras napoleónicas, no había un sentimiento nacional alemán, ni siquiera fruto de una reacción al avance francés en sus territorios. Se lamentaba la guerra y la violencia, la interrupción de la vida tranquila en las campiñas, pero no existía un sentimiento de nación ultrajada, de orgullo nacional herido⁹. La treintena de principados alemanes tenían en común la lengua y ciertas costumbres o formas de vida; se parecían físicamente quienes habitaban en Sajonia y quienes vivían en Baviera, pero no existía un sentimiento de reconocimiento entre unos y otros como ciudadanos de la misma nación. Alemania era, hasta las primeras décadas del siglo XIX, una serie de principados desperdigados, con un par de rasgos comunes que, aunque significativos, no bastaban para constituir una nación. Kohn cita un panfleto alemán fechado en 1791 para ilustrar esta percepción de fragmentación y desunión:

Tenemos tantas naciones, tantos intereses dispares, tantas querellas en conflicto como tenemos príncipes. Los alemanes que viven en los pueblos y en el campo no tienen una París, ningún centro común de su poder, sus reyertas y sus deseos, ningún vínculo u objetivo común; suabos¹⁰ y sajones no se conocen, sólo tienen en común la lengua.¹¹

⁸ Utilizo en un primer momento a Hans Kohn para hablar del nacionalismo alemán del siglo XIX y principios del XX. Puesto que sus libros son de los años cincuenta y sesenta, lo utilizo únicamente para identificar las características de la nación alemana anteriores a la *Ostpolitik* de Brandt de los años setenta.

⁹ Hans Kohn, “The Eve of German Nationalism (1789-1812)”, *Journal of the History of Ideas*, 12 (1951), pp. 256-258.

¹⁰ Habitantes de Suabia (en alemán, Schwaben o Schwabenland), una región repartida actualmente entre Baden-Württemberg y Baviera.

¹¹ La cita proviene de Woldemar Wenck, *Deutschland vor Hundert Jahren*, s.e., Leipzig, 1890, p. 69 citado en Hans Kohn, art. cit., p. 269.

Solamente a principios del siglo XIX, hacia 1813, comenzó a gestarse un sentimiento de nación, que se formó en gran medida en oposición a la presencia francesa. Los alemanes, definitivamente, no eran esos franceses que seguían a Napoleón; aunque tal vez no quedaba muy claro qué era aquello que *sí* eran. Isaiah Berlin habla de los alemanes como los primeros nacionalistas¹² y escribe que todo comenzó con un “grupito de francófilos educados, descontentos”¹³ por las derrotas sufridas frente a los ejércitos napoleónicos en 1813; de ahí surgió un brote de pasiones nacionalistas de singular chauvinismo.

La aparición del sentimiento nacionalista alemán desencadenó la búsqueda por la unidad, que se obtuvo coronando la victoria prusiana en la guerra contra Francia en 1871 –resarcido las consecuencias de las derrotas frente a los ejércitos napoleónicos que habían encendido los primeros albores nacionalistas–. En ese momento, una forma de pensar propiamente prusiana, que poco tenía que ver con el romanticismo alemán que Herder había formulado en el siglo XVIII¹⁴, se impuso en el Imperio Alemán. Señalo este desenlace o proceso histórico, porque me parece importante que la génesis de la Alemania unida estuviera estrechamente vinculada con el pensamiento prusiano imperial y su fascinación por las tropas, los cuarteles y las victorias militares¹⁵.

La “prusianización” de Alemania en la primera mitad del siglo XX

Desde la tardía fundación del Estado moderno alemán, y durante los veintiocho años en que Bismarck tuvo el cargo de primer ministro, Prusia, fue el “cerebro y el corazón”¹⁶ de Alemania. Era, sin duda alguna, el principado más fuerte militar y territorialmente, y se impuso con facilidad a los demás. Más allá de esas consideraciones racionales, el

¹² Isaiah Berlin, “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, trad. de Hero Rodríguez Toro, México, FCE, 2006, p. 458.

¹³ *Loc. cit.*

¹⁴ Y que hacía alusión a las condiciones no heredadas que influían en la forma de ser de los pueblos, como la lengua o las condiciones climatológicas del lugar en que vivían.

¹⁵ Norbert Elias señala que esta victoria militar, que fue el punto de partida de la unidad, representa también una victoria de la nobleza sobre la burguesía. En ese sentido, el orgullo militar había sido más eficiente que el desarrollo comercial en alcanzar la unidad alemana (Norbert Elias, *Los alemanes*, trad. de Luis Felipe Segura y Angelika Scherp, México, Instituto Mora, 1994, p. 21).

¹⁶ Hans Kohn, *The Mind of Germany. The Education of a Nation*, New York, Charles Scribner’s Sons, 1960, p. 5.

pensamiento prusiano permeó toda Alemania. Kohn señala que mientras Prusia sólo fue parcialmente germanizada, la mayor parte de Alemania se *prusianizó*¹⁷ con el fortalecimiento de un nacionalismo alemán un tanto soberbio, con la preeminencia del poder estatal y una política realista, con la primacía de la política exterior –imperial y expansionista– sobre la política interna. Norbert Elias explica que la “valoración idealizada de las actitudes militaristas y las acciones bélicas”¹⁸ era resultado de la debilidad estructural del Estado alemán, que lo había hecho una presa muy tentadora para las invasiones extranjeras a lo largo de las décadas anteriores a la unificación. Con la unificación y el liderazgo prusiano, las posibles victorias militares alemanas sobre los demás Estados –una suerte de venganza del orgullo nacional herido durante el siglo XIX– crearían un consenso interno, un cimiento de la nación y una legitimidad del Estado frente a los gobernados.

Además del nacionalismo bélico, otra característica del pensamiento prusiano sería definitoria de la actitud alemana de principios del siglo XX: su oposición a la occidentalización de Europa, entendida como transformación hacia una sociedad liberal y humanitaria heredera del siglo de las luces¹⁹. Al respecto, Ernst Troeltsch dijo que el nacionalismo alemán de finales del XIX y principios del XX brutalizaba el romance y romantizaba el cinismo²⁰. La unión nacional alemana comenzó, así, creando un perfil nacional que se mantenía unido por una serie de factores negativos, es decir en oposición a los demás Estados y en oposición a la occidentalización y modernización europea. Faltaban, tal vez, los elementos propositivos en ese sentimiento nacional. Un artículo del *New York Times*, de finales del siglo XIX observaba sobre este punto:

En ningún lugar hay un antagonismo tan arraigado –a pesar de que por algún tiempo se había disipado de la superficie– como en Alemania. Es cierto que para el observador descuidado todo parece armonía y unión. Los fracasos y los triunfos comunes que la conquista de Francia han traído tanto al Norte como al Sur han creado vínculos aun

¹⁷ *Loc. cit.*

¹⁸ Norbert Elias, *op. cit.*, p. 13.

¹⁹ Hans Kohn, *op. cit.*, p. 327.

²⁰ Citado en *ibid.*, p. 321.

más fuertes que la comunión de intereses, y han hecho que todos vean y sientan que sólo en una Alemania unida podrán encontrar paz y seguridad en el futuro. Pero, debajo de esta unidad aparente, corre una fuerza prodigiosamente fuerte de antipatía.²¹

La constitución del Estado alemán unificado moderno fue tardía²², y, además, fue el punto de inicio de un recorrido histórico bastante accidentado a lo largo de toda la primera mitad del siglo XX. A la derrota de la primera guerra mundial siguió el tratado de Versalles. Con este último, percibido como una imposición –un *Diktat*– en Alemania, vino el primer intento alemán democrático con la República de Weimar. Y, justamente, ese primer fiasco democrático, que no logró crear consensos ni convencer a la gran mayoría de los alemanes, sentó las condiciones del surgimiento del nacionalsocialismo. La República de Weimar había nacido con la derrota en la Segunda Guerra Mundial; la pequeña comitiva que había firmado el Tratado de Versalles fue vista en Alemania como un grupo de traidores, y la República de Weimar no logró nunca sacudirse la connotación catastrófica de su nacimiento²³.

La derrota de 1918 fue una experiencia humillante, inesperada y traumática para los alemanes²⁴; Kohn argumenta incluso que les dio la sensación de estar de vuelta en aquellas épocas de debilidad en que estaban a la merced de la voluntad y las invasiones de los demás Estados. La identidad nacional herida socavó la poca legitimidad democrática de Weimar y dejó a los alemanes receptivos al mensaje y la puesta en escena de Hitler²⁵. En 1939, después de la victoria alemana en Gdansk, el ministro de asuntos exteriores alemán, von Ribbentrop, se dirigió a los alemanes: “El Führer no ha hecho sino remediar las consecuencias más serias impuestas por el *Diktat* más descabellado de la historia sobre

²¹ “Antipathy Between North and South. An Inside View of European Politics”, *The New York Times*, New York, 3 octubre de 1872, http://query.nytimes.com/mem/archive-free/pdf?_r=1&res=9C02E6D71F38EF34BC4B53DFB6678389669FDE, consultado el 13 de enero de 2010.

²² Norbert Elias, *op. cit.*, p. 12.

²³ Margareth MacMillan, *Paris, 1919. Six Months That Changed the World*, New York, Random House Paperbacks, 2003, p. 478.

²⁴ N. Elias, *op. cit.*, p. 14.

²⁵ H. Kohn, *op. cit.*, p. 306.

una nación y también, en realidad, sobre toda Europa. Es decir, ha reparado los errores más graves cometidos por los hombres de Estado de las democracias occidentales”²⁶.

Unos años después, el genocidio nazi y los horrores de los campos de concentración dejaron en pedazos la idea de una humanidad que se dirigía rápidamente al progreso; Hannah Arendt lo describió llanamente como *el mal*. Difícilmente podían encontrarse explicaciones racionales para aquel capítulo atroz de la historia que fue parteaguas en el siglo XX. Las Naciones Unidas y el tema de los derechos humanos surgieron con fuerza en la posguerra de 1945 como respuestas a esa experiencia nefanda, buscando asegurar que nunca sucedería de nuevo algo así. La historia de Alemania unida, había cerrado con el horror y la catástrofe.

Así pues, buscar en la historia política de Alemania unida, anterior a 1945, elementos rescatables de la cultura alemana prístina resultaba difícil puesto que el Estado moderno y unificado alemán no había durado ni un siglo, y de ese siglo pocos momentos eran rescatables para fortalecer lo que la RFA valoraba en 1989: la democracia, la paz, y el proyecto de una unión europea supranacional. El pensamiento prusiano, la primacía militar y el expansionismo; el desdén por la modernización occidental; la suspicacia del modelo democrático; el genocidio y dos guerras mundiales perdidas, de las que los alemanes habían sido responsables, daban muy pocos elementos que recuperar para celebrar la posibilidad de unir de nuevo a Alemania. Al nacionalismo que debía espolear al apoyo a la reunificación no servía prácticamente ningún capítulo de la historia política de Alemania unida antes de 1945: poco servía como sitio de memoria, sólo algunos personajes de la oposición y algunos críticos y escritores podían rescatarse, pero parecían ser la excepción más que la regla. Pero la historia alemana anterior al armisticio de 1945 no era únicamente una historia política y militar —aquellas aristas más accidentadas— otros elementos, más cotidianos, tradicionales y populares —más *culturales* de algún

²⁶ Citado en M. MacMillan, *op. cit.*, p. 483.

modo— habían sobrevivido como bastiones de la identidad nacional germana, sobre todo en la RDA.

Se hizo entonces alusión a una Alemania anterior, más romántica y un tanto campirana. Se hizo a un lado la historia política y militar de la Alemania anterior a 1945, dejando entonces la cultura, la lengua y las tradiciones alemanas como los pilares de aquella nación cuyo objetivo político sería, después de la reunificación, el que la RFA había abanderado: la occidentalización, la modernización, la democratización y la pertenencia al proyecto de la comunidad europea. Alemania buscaría ser la Alemania cultural de antaño, con una nueva vocación política democrática y pro-occidental.

Las dos Alemanias de la posguerra, construyendo dos naciones

En las vísperas de la reunificación, el proyecto político de Alemania reunificada difícilmente podía construirse sobre pilares recuperados de la historia política de Alemania unificada anterior al armisticio de 1945. La dificultad de trazar una idea de nación alemana no se detenía en la ausencia de capítulos históricos recientes en la historia de Alemania unida que pudiesen servir el propósito de fortalecer la identidad de un Estado democrático, moderno y capitalista de finales del siglo XX²⁷. Desde hacía cuatro décadas, en la RFA y en la RDA se habían construido y promovido dos ideas de nación muy distintas, cuya principal característica era —muy probablemente— que se trataba de una y no de la otra Alemania. Pero estas ideas de nación eran en primera instancia proyectos de cada uno de los aparatos estatales de las Alemanias estatales, eran una suerte de *identidades estatales*, impuestas exógenamente. Estaban ideadas para que, poco a poco, permearan la cotidianeidad de los alemanes y se tornaran en *identidades nacionales* (y ya no sólo *estatales*), pero comenzaron como identidades propias del Estado. Las identidades estatales de cada una de esas Alemanias se habían erguido, en buena medida, a partir de

²⁷ Puesto que, como ya lo vimos, la RFA absorbería a la RDA, y el modelo de Alemania del Oeste se impondría.

sus antagonismos, puesto que la misma división de Alemania tenía que ver con ese enfrentamiento ideológico de la Guerra Fría.

Después de la Segunda Guerra Mundial, cada una de las Alemanias –bajo el dominio soviético o estadounidense– tuvo que decidir qué haría con su pasado: cómo lo desmenuzaría, separando los aspectos que habían de rescatarse de aquellos que debían descartarse. El equilibrio de continuidades y discontinuidades que las Alemanias eligieran para seguir adelante debía marcar, ante todo, un corte limpio con el pasado nazi. Acaso no se trataba de olvidar, sino de recordarlo con claridad para saber puntualmente qué era eso que ningún alemán quería volver a ser y cuál era el perfil en que ninguna de las dos Alemanias debía volver a engastar. Quedaba claro que las Alemanias no debían ser –y no podían ser, en lo que atañía a los demás países europeos– la Alemania anterior a 1945. El militarismo, el expansionismo, el nazismo y el antisemitismo no podían ser parte de aquellas nuevas Alemanias; en 1949, el corte con el pasado era necesario para poder plantear una renovación política y moral en cada una de las Alemanias²⁸.

Mary Fulbrook explica que fue complicado para los alemanes de uno y otro lado hacerse a la idea de sus nuevos Estados y sus nuevos proyectos nacionales, porque habían de aprender a conciliar tres nuevos factores: la división artificial; la experiencia del nazismo y sus horrores, así como la condena internacional; y, finalmente, la imposición de regímenes que eran completamente nuevos para los alemanes: el comunismo y la democracia liberal.²⁹ En ninguno de los dos Estados se cuestionaba la necesidad imperante de desnazificar y desmilitarizar a las Alemanias; la diferencia yacía en la interpretación que hacían soviéticos y estadounidenses del ascenso de Hitler. Los soviéticos vieron en el nazismo la consecuencia de ciertas condiciones socioeconómicas que debían ser reestructuradas; los occidentales optaron por una interpretación más

²⁸ Christian Joppke, “Intellectuals, Nationalism, and the Exit from Communism: The Case of East Germany”, *Comparative Studies in Society and History*, 37 (1995), p. 221.

²⁹ Mary Fulbrook, *The Divided Nation. A History of Germany 1918-1990*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 299.

individual y psicológica, recordando la humillación alemana de 1919³⁰. Las diferentes visiones políticas y económicas de uno y otro lado fueron el punto de partida de la reconstrucción alemana y “los antagonismos ideológicos y políticos de los dos Estados relegaron la nación a un segundo plano”³¹.

Nuevas identidades estatales antagónicas fueron *creadas*, poniendo énfasis en las interpretaciones de la historia alemana que mejor ayudaran a legitimar cada uno de los Estados nacientes. Pero estas nuevas identidades sólo eran una mano de pintura sobre los cimientos anteriores.

La República Federal de Alemania optó por construirse al mismo tiempo en oposición al pasado nazi y al presente comunista, mirando hacia Occidente y dando la espalda a su contraparte del Este. La oposición al pasado nacionalsocialista fue compartida por la otra Alemania, pero la afrenta al comunismo era propia a la RFA y heredada de los Estados Unidos. El anticomunismo, explica Fulbrook, fue una poderosa ideología de transición de la década de los años cincuenta. No resultaba complicado, además, popularizar esta ideología: había prevalecido entre las clases medias alemanas desde antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial y no era un recelo que debía ser inculcado en la sociedad alemana desde fuera³².

Políticamente, la RFA fue dirigida hacia una democracia liberal con dos partidos fuertes³³, y otros partidos más pequeños³⁴ que servían de fiel de la balanza en las elecciones, realizando alianzas con uno u otro de los dos grandes. Sin embargo, los alemanes apenas comenzaban a acostumbrarse a vivir en una democracia; de modo que la apatía política se hacía presente con frecuencia. A pesar de ello, las instituciones

³⁰ *Ibid.*, p. 144.

³¹ Anne-Marie Le Gloannec, *La nation orpheline. Les Allemandes en Europe*, Paris, Calmann-Lévy, 1989, p. 22.

³² Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 185.

³³ El Partido Socialdemócrata (SPD), por un lado, y, por el otro, la Unión Demócrata Cristiana (CDU). En Baviera, en lugar de la CDU, existe la Unión Social Cristiana de Baviera (CSU), pero, en el parlamento, CDU y CSU forman un solo partido (CDU/CSU).

³⁴ Principalmente el Partido Democrático Liberal (FDP), pero también los Verdes (*Die Grünen*) y la Izquierda (*Die Linke*), entre otros. Hubo también otros partidos, algunos duraron solamente unos cuantos años.

democráticas comenzaron a echar raíces en la sociedad alemana occidental; comenzaron a volverse cotidianas y a formar parte del panorama diario de la política de la RFA. El crecimiento económico ayudó a esta consolidación democrática; del mismo modo que la crisis de Wall Street de 1929 había dado un golpe fatal a la endeble democracia de Weimar. Entre 1950 y 1970, el ingreso promedio de las familias de Alemania del Oeste se incrementó en 400%³⁵. Si bien el crecimiento económico exponencial no fue un fenómeno particularmente alemán –fue compartido por buena parte del mundo–, los alemanes del Oeste miraban asombrados cómo su situación había mejorado respecto al pasado. No era necesario mirar a los vecinos que también gozaban de crecimiento económico; la economía de mercado los había sacado de la miseria de la posguerra y había incrementado su poder adquisitivo. Los bríos económicos no venían únicamente del impulso del crecimiento exponencial de la posguerra: la ayuda del plan Marshall aceleró considerablemente la recuperación de la RFA. Con las instituciones democráticas y económicas, Estados Unidos exportó también a Alemania del Oeste cierta cultura política, el célebre “American Way of Life”³⁶. Así pues, con las instituciones se importaron también los valores de la potencia; y aunque cabe preguntarnos hasta qué punto las instituciones pueden moldear el “carácter” de una nación, sin duda los valores democráticos y liberales importados diferían drásticamente de los que eran soberanos del otro lado del muro³⁷. La economía crecía, la política cambiaba y la demografía también se disparaba: en 1939, el territorio que posteriormente correspondería a Alemania del Oeste contaba 43 millones de habitantes. En 1980 –y a pesar de que no faltaban quienes decían que la población alemana estaba envejeciendo y muriendo– este número había aumentado casi en 50%, y 61.7 millones de alemanes del Oeste³⁸ deambulaban por las calles.

³⁵ Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 183.

³⁶ *Ibid.*, p. 159.

³⁷ A. M. Le Gloannec, *La République...*, p. 180.

³⁸ Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 223.

En la Alemania occidental comenzó a crecer, entonces, una clase media bastante homogénea y también un tanto olvidadiza. No habían sufrido el peso económico de la derrota puesto que los estadounidenses los habían sacado muy rápidamente a flote y no miraban con frecuencia del otro lado del muro en busca de los alemanes que se habían quedado allá. Heinrich Böll, entre otros escritores, criticaba a la sociedad alemana del Oeste por considerarla burguesa, materialista y por cultivar una suerte de olvido voluntario que se regocijaba en los lujos y el confort, mientras hacía a un lado el pasado³⁹. A grandes zancadas, económica y políticamente, la RFA se alejó de esa Alemania de antaño; y se estableció como una “democracia occidental completamente funcional”⁴⁰. El politólogo Karl Dietrich Bracher dijo en 1986 que la RFA era una “democracia posnacional entre los Estados-nación”, y que —puesto que no era un Estado-nación (porque la nación había sido dividida en dos)— era un Estado particularmente adecuado para promover la integración supranacional europea. Le Gloannec escribe:

Occidente forjó una contraparte de Auschwitz, ofreciendo un presente moderno e impecable, un cuerpo político y social democrático y cosmopolita, sustraído del pasado nacional. La nueva Alemania, la República Federal, carecía de asperezas y celebraciones nacionales; era lisa, inodora e incolora⁴¹.

Por su parte, la República Democrática Alemana se irguió contra lo que llamó “un pasado fascista” (que, con un pequeño esfuerzo de retórica, podía fácilmente ligarse al capitalismo exacerbado del bloque occidental) y en relación al modelo soviético. Con la construcción del muro, replegados y encerrados en un espacio limitado y al no poder optar por la otra Alemania, los alemanes de la RDA fueron formando —siguiendo a Le Gloannec— una suerte de identidad de orgullo herido que no dejó de ser confundida por muchos con un apoyo incondicional al régimen⁴². La modernización de la RFA —por nadie desconocida en la RDA como un hecho, pero *vista* por muy pocos hasta la década

³⁹ *Ibid.*, p. 195.

⁴⁰ Heinrich August Winkler, “Rebuilding a Nation: The Germans before and after Unification”, trad. de C. Michelle Murphy, Cornelius Partsch y Susan List, *Daedalus*, 123 (1994), p. 107.

⁴¹ Anne-Marie Le Gloannec, “On German Identity”, *Daedalus*, 123 (1994), pp. 137-138.

⁴² Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 167.

de los años setenta— se explicaba, en el discurso de la élite gobernante, como fruto de la explotación y el desarrollo capitalista con el fin de que fuese percibida como una modernización turbia y perversa. Del mismo modo que el anticomunismo formó parte de la identidad estatal alemana del Oeste, el anticapitalismo fue una de las premisas centrales de la identidad estatal de Alemania del Este.

Uno de los grandes proyectos del Estado de Alemania socialista tuvo que ver con la educación, en aras de inculcar una mentalidad particular en la sociedad, abocándose incluso a los primeros años de preescolar. Un buen porcentaje del producto interno de la RDA fue destinado a la educación —6% en promedio, entre 1954 y 1962, según datos de la UNESCO⁴³—; proporción mucho mayor que la de Alemania occidental, que únicamente destinó 3.6% de su PIB a la educación en el mismo periodo. La RDA invirtió en la educación y colmó así dos objetivos del Estado: promover la igualdad por la que abogaba el socialismo y legitimar un proyecto de nación. La primera pretensión estuvo bastante bien lograda y, para mediados de la década de los años cincuenta, 53% de los estudiantes universitarios de la RDA provenían de familias obreras⁴⁴, mientras que en la RFA sólo un mísero porcentaje (4%) de los estudiantes universitarios provenían de este sector, aun cuando comprendiese 57% de la población total. Mientras la clase obrera estaba brutalmente subrepresentada demográficamente en la RFA, Alemania del Este hacía un enorme esfuerzo por promover la igualdad de oportunidades educativas⁴⁵.

El otro objetivo consistía en imponer una ideología e inculcar progresivamente a los alemanes. La transformación sería tan paulatina como duradera. El sencillo discurso maniqueísta que equiparaba al imperialismo y al capitalismo (ambos encarnados en la Alemania occidental) con el enemigo, y que encontraba en la Unión Soviética la

⁴³ *Ibid.*, p. 233.

⁴⁴ La clase obrera representaba entonces 69% de la población, de modo que el porcentaje de estudiantes que provenían de este sector estaba a unos cuantos puntos de calcar la composición de toda la población.

⁴⁵ Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 231.

representación de la fraternidad, comenzaba desde que los alemanes eran pequeños, jugando con tanques de guerra y pistolas en los descansos de la escuela maternal⁴⁶.

En cuanto a la experiencia del Holocausto, y a pesar de que François Furet explica que ésta no fue presentada como un crimen contra la nación judía, sino como uno contra los pueblos (contra los polacos, los húngaros, etc.)⁴⁷, la derrota se pagó cara en términos económicos y materiales. Como vimos, la Unión Soviética comenzó a drenar desde los años de la ocupación buena parte de los recursos de la RDA. La Alemania socialista, sin embargo, sería industrializada –volviéndose uno de los eslabones de la cadena productiva soviética–. Si bien la industrialización trajo consigo el fortalecimiento y crecimiento de la clase obrera, no estuvo acompañada de una modernización comparable a la de la RFA. Tampoco hubo un crecimiento demográfico de 1939 a 1980: la población se mantuvo más o menos estable alrededor de unos 17 millones de habitantes⁴⁸. Los alemanes del Este eran comparativamente pocos, y tenían pocos recursos. Puesto que no hubo medios materiales y humanos para llevar a cabo una modernización como la de Occidente, la RDA permaneció más cercana a lo que era la vieja Alemania. La similitud fue una suerte de consecuencia de las carencias, más que el resultado de una política deliberada de inmovilidad o preservación.

Rápidamente, después de la creación del Estado, el gobierno de la RDA buscó los medios para legitimar su hegemonía política y el encierro de los ciudadanos. Incluso llegaron a presentar el muro como una fortaleza que protegía la utopía comunista, como un sitio en que sólo podían estar los privilegiados (aunque hubiera que convencer a los afortunados de su buena fortuna)⁴⁹. La represión política y la imposición ideológica comenzaron a finales de la década de los cuarenta⁵⁰. La supuesta creación de una legitimidad interna combinó métodos relativamente sutiles –como el adoctrinamiento, el

⁴⁶ *Ibid.*, p. 259.

⁴⁷ François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, trad. de Mónica Utrilla, México, FCE, 1999, p. 403.

⁴⁸ M. Fulbrook, *op. cit.*, p. 223.

⁴⁹ Edgar Wolfrum, “Le Mur”, en Étienne François y Hagen Schulze (coords), *Mémoires allemandes*, trad. de Bernard Lortholary y Jeanne Étoré, Evreux, NRF-Gallimard, 2007, pp. 666-667.

⁵⁰ Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 166.

control de los medios, la educación y todos los canales de formación de la opinión pública— con métodos de coerción, con el terror, la supervisión y la represión⁵¹. El planteamiento de una oposición política, en particular, no era tolerado puesto que esa alternativa ya existía en la Alemania del Oeste⁵²:

Los comunistas no podían invocar una legitimidad tradicional y gobernar en nombre del pasado de sus naciones; tampoco podían pretender ofrecer un gobierno democrático en el presente. Se asían entonces de una legitimidad ideológica, como un mandato imaginario que provenía del futuro comunista⁵³.

El Estado finalmente sí había recuperado uno de los aspectos del nacionalsocialismo como régimen totalitario: se ocupaba de e intervenía en todos los aspectos de la vida de los individuos. Provocaba entonces una suerte de “emigración hacia el interior”⁵⁴: los alemanes aprendían a llevar una doble vida, por un lado una conducta pública que acataba las normas —y que producía la impresión de que la RDA había genuinamente logrado crear legitimidad interna— y por el otro una vida privada, muy frecuentemente inconforme con el *status quo*, pero que consistía principalmente de reflexiones y pensamientos, puesto que incluso la vida privada era minuciosamente vigilada (especialmente cuando se trataba de figuras públicas)⁵⁵:

Mi propio arreglo fue retirarme a una “emigración interna”. Vivía en ese país; éramos una familia; y yo trabajaba como investigador médico y experto en informática. Pero debajo de la superficie, estaba deprimido por la vida que sentía que me habían robado. El *annus mirabilis*, 1989, me liberó de mi jaula⁵⁶.

La individualidad se hacía a un lado en aras de que todos cupieran sin problemas en el molde que se había diseñado para ellos. Respecto a este punto y refiriéndose a un par de miembros de la policía secreta de la RDA, Christa Wolf escribía “pasaban bajo mi

⁵¹ *Ibid.*, p. 189.

⁵² Christian Joppke, art. cit., p. 226.

⁵³ Jacques Rupnik, *L'autre Europe. Crise et fin du communisme*, Paris, Éditions Odile Jacob, 1990, p. 181.

⁵⁴ M. Fulbrook, *op. cit.*, pp. 308-309.

⁵⁵ Christa Wolf escribiría: “No puede recuperarse ninguna esperanza de esto. Ninguna esperanza podía recuperarse del hecho de no haberme sentido en casa en mi propio departamento desde el verano pasado” (“What Remains”, en *What Remains and Other Stories*, Chicago, The University of Chicago Press, 1993, p. 244).

⁵⁶ La cita es de Jens Reich, un científico alemán que se abocó desde 1970 a criticar al régimen de la RDA en el que vivía. Jens Reich, “My Germany; Reflections on my country before and after 1989”, Simposio sobre la unificación [sic] alemana, German Historical Institute (GHI), Washington, 3 de octubre de 2003, http://www.ghi.de/org/index.php?option=com_content&view=article&id=271%3Agerman-unification-symposium&catid=60%3Apublications-other-ghi-publications&Itemid=180, consultado el 31 de mayo de 2010.

ventana, no sabían nada, y no estaban en lo correcto ni estaban equivocados, ya que habían sido creados”⁵⁷. Se imaginaba después bajando a ofrecerles una taza de té, como si el hecho de que estuvieran apoltronados en sus automóviles, debajo de su ventana, espiándola todos los días, no fuese algo que pudiera desconcertarla, como si quisiera hacer manifiesto que ella sabía que todo se trataba de una puesta en escena. Estaba segura de que, si hiciera eso, podría tener una conversación con los individuos que portaban esos disfraces de espías, que podría separar a cada uno de esos individuos, a cada una de esas personas con nombres y familias, de las figuras públicas que representaban.⁵⁸ Curiosamente —si recordamos la aversión comunista hacia la religión— el único sitio que permaneció relativamente ajeno al bombardeo ideológico fueron las iglesias —protestantes en su gran mayoría— que proveyeron de un sitio de discusión y un pequeño baluarte de la expresión libre⁵⁹. Para finales de los años ochenta y con el desgaste económico de la Unión Soviética, la ideología se destiñó; permaneció lo que George Kennan llamó “cultura del engaño”: a pesar de que ya nadie creía en el porvenir comunista, la ideología seguía enseñándose “en las escuelas, y millones de personas estaban expuestas, día a día, a la lluvia ácida de una envejecida neolengua”⁶⁰.

Un par de décadas después de la posguerra ya habían crecido en la RDA y en la RFA una generación completa de jóvenes que no habían conocido la unión de Alemania, que se identificaban aún menos que sus padres como miembros de la misma nación que los jóvenes de la misma edad que vivían en la otra Alemania⁶¹. El eje central de la identidad de una de las Alemanias era su socialismo, de la otra, su liberalismo democrático. Puesto que cada una de las Alemanias se concebía como Abel en el relato bíblico, y consideraba que el otro Estado alemán era una suerte de Caín, el énfasis —en

⁵⁷ *Ibid.*, p. 272.

⁵⁸ *Loc. cit.*

⁵⁹ Véase Mary Fulbrook, *op. cit.*, pp. 271 y ss.

⁶⁰ Ralph Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa, en una carta pensada para un caballero de Varsovia*, trad. de Alberto Bixio, Barcelona, Emecé, 1991, p. 32.

⁶¹ Peter H. Merkl, *German Foreign Policies, West and East*, Santa Barbara, ABC-Clio, 1974, p. 49.

ambos lados del muro- estuvo puesto en lo que diferenciaba a una Alemania de la otra, en lo que rompía con el pasado y no en lo que lo preservaba. Pero el socialismo de la RDA y el capitalismo democrático de la RFA eran, ante todo, identidades estatales, que trazaban el perfil de uno y otro régimen; y, estas identidades estatales habían sido impuestas por potencias extranjeras. Los alemanes de la RFA habían aceptado de buena gana el modelo y se habían apropiado del mismo haciéndolo, cada vez más, parte de su identidad nacional. La identidad nacional alemana que los alemanes del Oeste habían decidido apoyar era la de una Alemania democrática, integrada en el proyecto europeo y defensora del libre mercado. Por su parte, los alemanes de la RDA, en su mayoría, habían fingido apoyar la identidad estatal, el proyecto socialista, con tal de poder llevar una vida más o menos tranquila en un Estado vigilante del que no podían escapar. Pero, la identidad estatal de la RDA había logrado convencer genuinamente a muy pocos. Y, con la excepción de la pequeña élite intelectual que, entre el fin de 1989 y principios de 1990, argumentaría a favor de la reforma en la RDA, la mayoría de los alemanes del Este no estaban interesados en que el socialismo formara parte de la identidad nacional alemana posterior a la caída del muro. Mientras el socialismo había sido impuesto, pretendieron aceptarlo, pero, frente a la posibilidad de descartarlo, los alemanes de la RDA prefirieron buscar apropiarse y pertenecer a la identidad estatal y nacional de la otra Alemania, aquella que prometía la abundancia económica y la libre elección y competencia políticas.

A pesar de los diferentes trayectos políticos e históricos, ambas Alemanias compartían aún la lengua, viejas tradiciones y un pasado culposo. Si en 1871, la lengua en común había bastado como punto de partida en la creación de una Alemania unida; en 1989-1990 y aunada a tradiciones y un pasado compartido (aunque bastante sombrío) debería ser suficiente para comenzar la reconstrucción y el reencuentro de la nación alemana prístina. En la RDA había sobrevivido una cultura alemana de antaño, y la RFA había logrado crear un proyecto estatal y nacional limpio y desinfectado. Ambas cosas

podrían complementarse para reconstruir a Alemania. Así pues, y aun cuando la cultura alemana que podía rescatarse en 1989 para la construcción de la Alemania por venir no era un conjunto homogéneo que podría aceptarse sin decantarlo, cuando el muro se vino abajo aun sobrevivía una cultura alemana. Había sido adaptada a dos proyectos estatales antagónicos, pero el esqueleto alemán inicial era el mismo. La primera condición que establece Gellner para evaluar si dos personas pertenecen a la misma nación —una cultura compartida— podía cumplirse al escarbar un poco en las identidades nacionales de las dos Alemanias. Abocándonos ahora a la segunda condición: la lengua y las tradiciones que fungían como puntos de referencia entre los alemanes, ¿bastaban para que se reconocieran como miembros de una misma nación? ¿El apoyo a la reunificación había de considerarse una posición nacionalista?⁶²

2. ¿COLMANDO LA BRECHA?

A pesar de que las dos Alemanias tuvieron trayectos distintos a partir de 1949, cuatro décadas después no había un desconocimiento absoluto entre los alemanes de uno y otro lado del muro. Incluso, puede decirse que, a partir del final de la década de los sesenta y con el incremento en los intercambios comerciales y mediáticos entre ambas Alemanias, los alemanes del Este y del Oeste se redescubrieron y reencontraron.

También a finales de los sesenta y aun cuando cada uno de los Estados ofrecía formas de vida diametralmente distintas, el desencanto con el sistema político dejó de ser una característica exclusiva de la Alemania del Este. En la RFA, el movimiento estudiantil de 1968 marcó uno de los primeros hitos en el descontento de la sociedad alemana. El malestar comenzó con la alianza entre los dos grandes partidos que invalidaba, de cierto modo, las virtudes del pluralismo político: en aras de asegurar cierto número de escaños, los dos partidos principales (CDU/CSU y SPD) estaban dispuestos a poner en jaque una

⁶² *Ibid.*, p. 51.

de las características del sistema democrático alemán: la constante competencia interpartidista por el poder. En los años setenta comenzó además una ola de atentados terroristas y asesinatos de figuras prominentes⁶³ perpetrados por distintos grupos, entre los cuales cabe mencionar a la Fracción del Ejército Rojo (*Rote Armee Fraktion* en alemán, o RAF) que se atribuyó los asesinatos de distintas figuras públicas como el fiscal federal Siegfried Buback, o el presidente del Dresdner Bank, Jürgen Ponto. Originalmente, los grupos radicales de izquierda que se inclinaron por la guerrilla urbana, arguyendo que era una forma de lucha contra el capitalismo y el imperialismo de Estados Unidos que habían transformado a Alemania occidental, eran estudiantes que se habían radicalizado después de las protestas de 1968. Afirmaban que la “violencia revolucionaria” contra el Estado estaba justificada, aun cuando civiles fueran asesinados en sus atentados⁶⁴. A pesar de que la primera generación de terroristas estuviera vinculada con los campus universitarios, los miembros de la Fracción del Ejército Rojo y de los grupos terroristas de los años setenta ya no tenían relación alguna con los estudiantes. El “otoño alemán” de 1977 fue, tal vez, el periodo más violento de las guerrillas urbanas, que acumularon asesinatos y secuestros.

Las guerrillas urbanas son el ejemplo extremo del desencanto con el gobierno, pero el sentimiento de desasosiego no era únicamente propio a aquellos violentos extremistas, aunque sí se alimentaba con sus atentados. Las críticas a un sistema a veces considerado falsamente democrático (puesto que permitía las alianzas entre los grandes partidos que desactivaban el pluralismo político, y porque la educación, entre otras cosas, era profundamente desigual⁶⁵) ponían en entredicho la credibilidad y los objetivos políticos del Estado. Se decía que la juventud alemana occidental aprendía sobre la democracia en una sociedad concretamente desigual. Frente al desasosiego social, Henry Kissinger diría

⁶³ Véanse al respecto los documentos de la sección “Rebelión Generacional” (“Generational Rebellion”) en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://www.germanhistorydocs.ghidc.org/sub_doclist.cfm?sub_id=34§ion_id=15, consultado el 25 de febrero de 2010.

⁶⁴ Wolff-Dietrich Webler, “The Sixties and the Seventies: Aspects of Student Activism in West Germany”, *Higher Education*, 9 (1980), p. 159.

⁶⁵ Véase nota 44 de este capítulo, *supra*. Además de la poca representación de los miembros de la clase obrera en las universidades, la norma era que las mujeres no trabajasen. Las mujeres trabajadoras eran la excepción; al contrario de lo que sucedía en la RDA (Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 241).

que la RFA era una economía en la búsqueda de un sentido político⁶⁶. Esa razón de ser política sería encontrada cuando los alemanes del Oeste reencontraran a los alemanes del Este que habían olvidado o, cuando menos, dejado fuera de su proyecto nacional.

En 1972 se firmó el *Tratado sobre las Bases de la Relación* entre los dos Estados alemanes⁶⁷ que promovía relaciones de buena vecindad sobre la base de la igualdad y siguiendo los preceptos de la ONU.⁶⁸ La importancia del tratado estribó en el reconocimiento mutuo que implicó, en el redescubrimiento de la existencia de otra Alemania del otro lado del muro y en que reavivó los sentimientos de pertenencia a una misma nación, planteando la pregunta sobre la pertenencia a una única nación alemana: aquellos alemanes de ese lado y nosotros, ¿somos los mismos? Los medios de comunicación tuvieron un papel importantísimo en este proceso. Los productos importados, los libros, la televisión y la radio desplegaron frente los alemanes del Este la visión occidental del mundo, con sus instituciones, su bienestar económico y su modernización. Para los alemanes del Oeste, los medios promovieron una identificación y empatía con lo que sucedía del otro lado del muro. Permitieron también el redescubrimiento de una versión de Alemania más cercana a lo que era antes, que había conservado más rasgos de antaño, y que funcionaba, por ello, como un bastión cultural o de una identidad alemana más prístina. La democracia, construida hasta entonces desde arriba, vio sus bases sociales fortalecidas, mismas que no estaban del todo satisfechas con el sistema político creado por las cúspides, y que se dieron cuenta de que la RFA se había construido “con ellos y por ellos, sin duda, pero también sin ellos, puesto que habían perdido su memoria, olvidando el pasado y sobre todo olvidando la otra Alemania”⁶⁹.

Además de aumentar el contacto entre las dos Alemanias, los medios favorecieron una condena a la división por parte de la opinión pública internacional. Este segundo

⁶⁶ Henry Kissinger, *White House Years*, Boston, Little Brown and Company, 1979, p. 97.

⁶⁷ Véase *supra*, capítulo segundo.

⁶⁸ Joaquín Abellán, *Nación y nacionalismos en Alemania*, Madrid, Tecnos, 1997, p. 224.

⁶⁹ A. M. Le Gloannec, *La République...*, pp. 170-180.

elemento no tuvo que esperar el reconocimiento mutuo de las dos Alemanias. Por ejemplo, en agosto de 1962, Peter Fechter, un joven de 18 años, fue herido por los guardias del muro cuando intentaba cruzarlo. Las cámaras de televisión filmaron cómo lo dejaron agonizar casi una hora, tirado, antes de que los policías de Berlín Oeste, lanzaran compresas por encima del muro intentando ayudar. Las condiciones de vida en Berlín Este y la brutalidad del régimen de la RDA quedaron grabadas en las conciencias⁷⁰.

La reunificación sirve fines distintos en cada Alemania

El canciller de la RFA, Helmut Kohl fue quien se encargó de adelantar y negociar la reunificación alemana en la arena internacional. Apropiarse de la reunificación como bandera política permitió a Kohl satisfacer a la opinión pública internacional y también dar un rumbo político a la RFA que pudiera favorecer la cohesión nacional. Esta alternativa –centrar el proyecto nacional en el redescubrimiento de aquellos elementos positivos que hacían a Alemania distinta de Francia o Inglaterra– replazaría una identidad de la RFA que giraba principalmente en torno a sus características democráticas y liberales. Este nuevo eje de la identidad nacional llegaba justo a tiempo, puesto que la identidad anterior comenzaba a desgastarse y a perder el atractivo de los primeros años de la posguerra y no dejaba muy en claro qué es lo que hacía a Alemania distinta y especial entre los demás Estados liberales y democráticos. El tema podía cumplir este objetivo porque sería también una forma de resarcir el daño que la RFA había hecho a los alemanes del Este al darles la espalda desde los años de Adenauer. Entre los sentimientos encontrados de los alemanes del Oeste hacia los del Este se encuentran una buena dosis de culpa y otra de nostalgia.

La culpa se debía a que los alemanes de la RDA fueron quienes pagaron realmente las consecuencias de la derrota de todos los alemanes, cuando menos las consecuencias materiales. Pareciera que, entre los alemanes del Oeste, y en particular a partir del

⁷⁰ Edgar Wolfrum, art. cit., p. 660.

intercambio más dinámico entre ambas Alemanias, había una sensación de tener una deuda pendiente con los alemanes de otro lado:

Una palabra llama a la otra. *Schulden* (deudas) y *Schuld* (culpa). Dos palabras, tan cercanas entre sí, tan firmemente arraigadas en el sustrato de la lengua alemana, pero las primeras se pueden aliviar pagándolas (aunque sea a plazos, como la clientela al fiado de mi madre); sin embargo, la culpa, tanto demostrable como oculta o presunta sólo, permanece. Hace tictac sin cesar e, incluso en los viajes a ninguna parte, está allí, ocupando un lugar. Recita su máxima, no teme las repeticiones, se deja olvidar graciosamente por cierto tiempo e hiberna en los sueños.⁷¹

La cita del polémico Günter Grass tiene que ver con los sentimientos de culpa con los que él tuvo que lidiar. En su libro autobiográfico, *Pelando la cebolla*, recuerda su pertenencia a las juventudes hitlerianas, pero su culpa no se debe a esas preferencias de juventud. Además de haberse puesto un uniforme SS en los últimos días de la guerra, Grass dice ser culpable de haber guardado silencio, de no haber dicho nada, cuando se llevaron a un profesor de historia que había llamado a los alemanes un “pueblo de borregos”⁷². Ese mismo silencio es el punto central del sentimiento de culpa de los alemanes de occidente que disfrutaron su crecimiento económico mientras los alemanes del otro lado se quedaban atrapados en un régimen dictatorial y severo. No miraron hacia atrás, ni intentaron regresar por ellos.

En cuanto a la nostalgia, tiene que ver con recordar y reencontrarse con el pasado. Como quien se sienta largas horas a hablar con un hermano que no ha visto en años, que no ha tenido mucha suerte, tiene serias dificultades económicas y anhelos de grandeza, pero ha vivido en aquel pueblo de infancia, en la misma casa en que uno creció. En ese sentido, el Oeste necesitó al Este culturalmente –porque era un baluarte de la vieja Europa del Este cultural– y para encauzar por una nueva senda su proyecto nacional.

Por su parte, los alemanes del Este necesitaban del Oeste porque la reunificación era un atajo hacia el crecimiento económico. Tal vez el día a día de los alemanes del Este

⁷¹ Günter Grass, *Pelando la cebolla*, trad. de Miguel Sáenz, México, Alfaguara, 2007, p. 36.

⁷² *Ibid.*, pp. 36 y 43-44.

no era insostenible, pero sin duda no eran condiciones ideales y en una sociedad cerrada como la del Este del muro, las contradicciones –entre el modo de vida, las instituciones, el bienestar y el desarrollo de ambos lados de Alemania– se volvieron intolerables⁷³ y el modelo de la RFA se tornó en aquel ideal hacia donde los alemanes de la RDA quisieron andar. La reunificación con Alemania del Oeste era la vía más rápida hacia la occidentalización. Así, la modernización y la socialización daban al traste con cuarenta años de paternalismo comunista. El clamor por la reunificación elevó la voz, no como un pan-germanismo anticuado, sino con el convencimiento de que “el camino a un mayor bienestar económico pasaba por Bonn”⁷⁴. Por ello, considero que el apoyo a la reunificación se incrementó rápidamente a finales de 1989 porque los alemanes del Este la consideraron un medio para llegar a “Occidente”, y no sólo como un fin en sí mismo. Por ello, del mismo modo en que el Oeste necesitaba del Este culturalmente, el Este necesitaba el Oeste económicamente.

Como dije en el capítulo anterior, las demandas iniciales de los ciudadanos de la RDA fueron por una serie de reformas encaminadas hacia mayor democratización. De repente, las demandas dejaron de centrarse en la reforma y se inclinaron por la reunificación; y es que, de democratizarse, el Estado de la RDA ya no tendría profundas diferencias ideológicas con la RFA, y la división perdería buena parte de su razón de ser. Sólo permanecería el atraso económico de la RDA, condición que no hacía sino hacer más deseable la unión. La reunificación permitiría llegar rápidamente a ese régimen democrático, pero también a las virtudes del libre mercado.

Así pues, la reunificación permitiría favorecer la cohesión nacional en la RFA en torno a un proyecto que debía saldar sus deudas con los otros alemanes y darles la sensación de recuperar aquello que habían perdido. Además, serviría como una vía rápida a la modernización y el crecimiento económico para los alemanes del Este. Entonces, ¿la

⁷³ Anne-Marie Le Gloannec, *La République...*, p. 185

⁷⁴ Konrad H. Jarausch, *The Rush to German Unity* Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 201.

reunificación tenía fines únicamente pragmáticos o era realmente una cruzada por el reencuentro de una nación dividida? Le Gloannec explica que es una pregunta que regresa con frecuencia en el debate sobre la reunificación: ¿el anhelo —casi tangible en el lema de “somos *un* pueblo”— por el reencuentro nacional era la cualidad fundamental del proceso de reunificación, o una herramienta coyuntural y utilitaria?⁷⁵ A mi parecer, los beneficios que traería la reunificación permitieron fortalecer el sentimiento de pertenencia mutua de los alemanes. No creo que los alemanes de uno y otro lado hayan pensado la reunificación utilitariamente, cuando menos no las multitudes que marcharon a finales de 1989 y en 1990. Pienso que en ese periodo, los alemanes se convencieron de que pertenecían a una misma nación y defendieron la reunificación con esa convicción. El nacionalismo alemán resurgió en ese momento y permite explicar la rapidez del proceso de reunificación. Creo que las razones pragmáticas para llevar a cabo la reunificación era una base un tanto subconsciente en el apoyo nacionalista de los alemanes a la reunificación.

El nacionalismo alemán en la búsqueda de la unidad

El nacionalismo alemán es central en el proceso de reunificación porque el fin de la división se celebra por ser entendido como una victoria de la nación; el reencuentro nacional es el punto de partida en la celebración de la reunificación alemana como una de las grandes efemérides de la historia alemana. El nacionalismo permite completar nuestra explicación sobre cómo fue posible que la reunificación tuviera lugar tan rápidamente y sin poner en peligro la estabilidad europea.

La identidad nacional alemana de antaño —con su lengua, sus tradiciones y su historia— había sido dejada unas décadas entre paréntesis en ambas Alemanias, con tal de adelantar identidades estatales que poco a poco debían moldear la identidad nacional alemana original. En la RFA esto había funcionado mejor que en la RDA, pero, de

⁷⁵ A. M. Le Gloannec, art. cit., p. 131.

cualquier modo, de escarbar un poco, era posible reencontrar esos puntos de referencia de una cultura compartida por los alemanes de uno y otro lado. La primera condición que propone Gellner para saber si dos personas pertenecen a una misma nación —que compartan una cultura— lograba cumplirse, aunque la cultura compartida estuviera un poco avejentada y no se hubiera promovido en ambas Alemanias en las décadas de 1949 a 1989.

Sin embargo y a mi parecer, para que los alemanes de uno y otro lado apoyaran la reunificación como reencuentro nacional es más importante la segunda condición de Gellner: que los alemanes de Este y Oeste se reconocieron en 1989 y 1990 como miembros de una *misma* nación, cuando cantaron que eran *un* mismo pueblo. A pesar de que en noviembre de 1989, 76% de los alemanes del Este definían su identidad nacional como alemana del Este, unos cuantos meses después, en abril de 1990, 73% de esos mismos alemanes de la RDA afirmaban que sólo existía *una* identidad alemana; y se reconocían como miembros de la misma nación que los alemanes de la RFA⁷⁶. En cinco meses, había tenido lugar un claro giro en las percepciones de identidad nacional; durante ese lapso de tiempo, las elecciones que definieron el porvenir de la RDA se habían realizado.

Cabe precisar que este reconocimiento fue pasajero —después de la reunificación *assis* y *wessis* de desconocerían, haciendo burlas los unos de los otros mientras se acostumbraban nuevamente a convivir, a vivir juntos. Sobre este punto es ilustrativo mencionar una encuesta realizada en Alemania en abril de 1993 por el Instituto de Investigaciones sobre la Opinión de Allensbach (Institut für Demoskopie Allensbach). La encuesta preguntaba a los alemanes si sentían que eran un mismo pueblo alemán junto con los alemanes que hasta 1990 vivían en otro Estado o si más bien sentían que unos eran alemanes del Este y otros alemanes del Oeste con intereses divergentes. *Únicamente* 22% de los “alemanes del Oeste” y 11% de los “alemanes del Este” respondieron que

⁷⁶ *Ibid.*, p. 142.

sentían que tenían la misma identidad⁷⁷. El sentimiento de pertenencia mutua se había desplomado después de la reunificación, cuando los alemanes tuvieron que hacer frente cotidianamente a sus diferencias.

Me parece que, en buena medida, el reconocimiento –breve pero eficaz– de unos y otros alemanes como miembros de la misma nación que espoleó la reunificación en 1989 y 1990, debe mucho a los intercambios mediáticos y comerciales anterior a la misma y también al discurso nacionalista de las élites políticas de la RFA, particularmente de Helmut Kohl quien había exclamado que Alemania siempre había sido y sería siempre una sola desde el momento en que se presentó en Berlín cuando cayó el muro⁷⁸. Los intercambios mediáticos y comerciales, que aumentaron considerablemente a partir de la firma del *Tratado sobre las Bases de la Relación* de 1972, permitieron que unos y otros alemanes se vieran nuevamente. Al verse, se reconocieron, sin llegar hasta observar las incompatibilidades de las formas de organización social y económica de los alemanes de ambas Alemanias. Sólo se hizo manifiesta la cultura compartida, la lengua y la vieja Alemania que bastaban para reconocerse como alemanes.

Por su parte, el discurso político permitió engrandecer la lucha por la unidad y llevó a los alemanes a concentrarse en los rasgos en común que aún tenían con los alemanes del otro lado de la división. Que la gran reunificación del siglo XX tuviese como objetivos únicamente que unos tranquilizaran sus conciencias y encontraran un nuevo proyecto nacional, y que los otros tuvieran mejores condiciones económicas hubiese hecho de la reunificación un momento mucho menos grandilocuente para la historia nacional alemana. Tal vez más pragmático y racional, pero no hubiese emocionado tantos espíritus y hubiese sido más difícil destrabar el pesado *status quo* internacional para que funcionara. El nacionalismo sirvió, en el proceso de reunificación, como una fuente importante de legitimación política, como una inflamada y poderosa oratoria que, si bien

⁷⁷ H. A. Winkler, art. cit., p. 117.

⁷⁸ Anna Tomforde y Michael Farr, “Kohl: We are one nation”, *The Guardian*, London, 11 de noviembre de 1989, <http://www.guardian.co.uk/world/1989/nov/11/berlinwall.germany3#>, consultado el 11 de febrero de 2010.

logró avivar los espíritus de los alemanes de ambos lados y de los demás actores internacionales y convencerlos –por unos meses– de que la reunificación sería tan natural como había sido artificial la división en la posguerra, pronto no sería suficiente para sanar las diferencias de la división y dejaría al descubierto que ambos Estados habían tomado rumbos que los habían acostumbrados a cotidianidades muy distintas.

Cabe agregar que el discurso nacionalista no fue solamente eficaz al interior de las Alemanias en donde el apoyo a la reunificación y los sentimientos de pertenencia a una única nación alemana se incrementaron en 1990. Fue también un discurso muy bien recibido en el ámbito internacional. Helmut Kohl habló de reunir una nación separada por la mitad, no de reconstruir el Estado alemán de antes de la guerra. De haber hecho esto último, los Estados europeos hubieran recordado únicamente el terror que Alemania unificada les inspiraba y probablemente se hubieran opuesto con más fuerza a la reunificación. Pero Kohl decidió hablar de la unión de la nación alemana; un discurso mucho más noble, que no tenía una connotación militar implícita. Hablar del “Estado alemán”, en cambio, y sobre todo tomando en cuenta la definición weberiana del Estado como quien posee el monopolio de la legítima violencia, sí hubiera tenido ese tenor beligerante. Además, para finales de 1989 y principios de 1990, la nación comenzaba a considerarse nuevamente la base de la soberanía nacional como regla constitutiva de las relaciones internacionales, argumentan Samuel Barkin y Bruce Cronin⁷⁹. Estos dos autores explican que, durante ciertos periodos, es el Estado el que se considera la base de la soberanía nacional y, en otros, toca a la nación ser la depositaria de la soberanía; es decir que la soberanía es una construcción social y no un concepto estático –como argumenta el realismo—: a veces se deposita en el Estado, a veces en la nación. En los periodos históricos en que sucede lo primero, los actores internacionales apoyarán a los Estados sobre las naciones, como en el caso de la división alemana de la posguerra, en que el nacionalismo era considerado el detonador de la segunda guerra mundial. En el

⁷⁹ S. Barkin y B. Cronin, “The State and the Nation: Changing Norms and the Rules of Sovereignty in International Relations”, *International Organization*, 48 (1994), pp. 107-130.

segundo caso, cuando la nación se piensa como base de la soberanía nacional, los actores internacionales tienden a apoyar las luchas de naciones que quieren separarse de un Estado que no consideran que las representa, como después de la primera Guerra Mundial o en los años noventa con el caso de la reunificación alemana o el desmembramiento yugoslavo. El depositario de la soberanía nacional pasa del Estado a la nación y viceversa, con frecuencia después de un conflicto armado que rompe con el orden internacional, pero incluso solamente con la transformación de las normas internacionales. En 1989 y 1990, las normas internacionales comenzaban a considerar nuevamente la nación como depositaria de la soberanía; la coyuntura fue favorable:

(...) “La era moderna ha sido testigo del establecimiento de la autodeterminación nacional como la base de la construcción de un Estado legítimo”⁸⁰ (...). En la medida en que esto es cierto, se espera que los Estados modernos apoyen la idea de constituir las fronteras internacionales siguiendo los límites de las naciones, permitiendo así legitimar el sistema de Estados y por extensión, su propio papel dentro del mismo. Por ello, cuando aparecen divergencias entre las fronteras jurídicas y los sentimientos nacionalistas, una sociedad de Estados-nación en donde la legitimidad proviene principalmente de principios nacionalistas deberá apoyar la modificación de esas fronteras para que reflejen mejor el principio de autodeterminación nacional⁸¹.

El discurso nacionalista de Kohl, en esa medida, fue también eficaz entre los actores internacionales porque colaboró a transformar sus suspicacias sobre un Estado alemán reunificado en un apoyo a la búsqueda de una nación alemana por reencontrarse. Así pues, tanto interna como externamente, la retórica nacionalista permitió alentar a los alemanes a reconocerse los unos en los otros, y permitió también obtener mayor apoyo político internacional, o, cuando menos, planteó un panorama difícil para las democracias liberales que hubiesen querido oponerse a la búsqueda por la reunificación de los alemanes.

⁸⁰ Los autores citan aquí a Inis L. Claude, “Collective Legitimization as Political Function of the United Nations, *International Organization*, 20 (1966), p. 369.

⁸¹ S. Barkin y B. Cronin, art. cit., p. 113.

* * *

El nacionalismo alemán, entendido como el sentimiento de pertenencia a una misma nación por parte de los alemanes de Este y Oeste, se nutrió de los beneficios que unos y otros alemanes veían en la reunificación (en el caso de unos, colmar los vacíos de la nostalgia y resarcir sus culpas; y en el caso de los otros, acelerar su llegada al crecimiento económico) y por la euforia del momento, aprovechada por la élite política de la RFA que defendió la reunificación como el reencuentro de una nación, hasta entonces, artificialmente dividida. Así pues, y siguiendo la definición de Gellner, puesto que los alemanes de la RFA y la RDA compartían aún una cultura y se reconocieron como miembros de la misma nación en el proceso de reunificación, es posible decir que la nación alemana existía aún en 1989 y 1990. O, cuando menos, la nación alemana existió claramente en ese momento, aunque en los años posteriores a la reunificación se pusiera en entredicho.

En 1989 y 1990, la identidad nacional alemana única volvió a aparecer con fuerza en el panorama. Los alemanes de ambos Estados afirmaron que estaban convencidos de que pertenecían a una misma nación y los alemanes del Este votaron por la vía de la absorción a la RFA en las elecciones de marzo de 1990. A pesar de que hay quienes consideran que el discurso de reunificación nacional no fue genuino, y que solamente sirvió de forma coyuntural y utilitaria; yo creo que, aun cuando la reunificación traería beneficios emocionales o económicos a los alemanes, el nacionalismo fue una posición genuina en 1989 y 1990 en la que verdaderamente creyeron los alemanes. Este discurso nacionalista permitió además suavizar las posiciones de los demás actores internacionales, que hicieron a un lado sus reticencias sobre la reunificación del Estado alemán cuando escucharon hablar de la reunión de una nación dividida. Así, el nacionalismo es el último elemento que adelanto para entender por qué 1989-1990 pudo ser una coyuntura

favorable para la reunificación. Sin embargo, el discurso nacionalista fue efectivo pero su efectividad fue efímera, porque no fue posible hacer caso omiso durante mucho tiempo de las diferencias que se habían instalado entre los alemanes de uno y otro lado. No obstante, a corto plazo, el nacionalismo había logrado acelerar y suavizar el proceso de reunificación alemán que tuvo lugar en 1990 a pesar de que unos años antes nadie lo pensara posible.

CONCLUSIONES

La reunificación de Alemania es, sin duda, uno de los grandes momentos históricos del siglo XX; es también uno de los momentos más festivos y esperanzadores de un siglo particularmente violento. La reunión de Alemania no es sólo el reencuentro de una nación dividida artificialmente en 1945, sino también el símbolo del fin de la Guerra Fría y del reencuentro de Europa, separada hasta entonces en dos bloques. Además, y desde un enfoque que compete particularmente a las relaciones internacionales, fue una victoria diplomática para Kohl y los estadounidenses, puesto que el proceso tuvo lugar en menos de un año y sin amenazar la estabilidad y la paz europeas. Al inicio de los años sesenta, la mayoría de los alemanes del Oeste pensaban que la reunificación sí se llevaría a cabo en algún momento; a finales de esa misma década, los optimistas sumaban menos de 20% y en los años setenta, el porcentaje había caído por debajo del 10%. Para 1987, apenas 3% de los alemanes occidentales pensaban que algún día las Alemanias se reunirían³³³. Por ello, la reunificación de Alemania sorprende por la rapidez en que tuvo lugar y la tersura de un proceso que muy pocos consideraban siquiera plausible dos años antes de que comenzara. ¿Cómo fue eso posible?

A lo largo de esta tesis argumenté que la reunificación pudo tener lugar en el breve periodo y del modo en que se llevó a cabo porque en los años de 1989 y 1990 hubo una coyuntura de factores favorables para el proceso.

En primer lugar, señalé que las transformaciones del sistema internacional habían creado una ventana de oportunidad para que se llevara a cabo la reunificación. El debilitamiento económico e ideológico de la Unión Soviética y su acercamiento con los Estados Unidos crearon un clima de entendimiento que permitió el intercambio y la

³³³ Manfred Kuechler, "The Road to German Unity: Mass Sentiment in East and West Germany", *The Public Opinion Quarterly*, 56 (1992), p. 56.

negociación. La pérdida de poder de los soviéticos los obligó a escuchar las propuestas de alemanes occidentales y estadounidenses, y a ceder su Alemania cuando se percataron de que no les quedaba más remedio. Sin embargo, el entendimiento entre las superpotencias partía, en parte, del reconocimiento de sus respectivas zonas de influencia, de modo que la cuestión alemana bien podría haber sido un tema aún más delicado en la relación, que podría haber provocado un último intento desesperado de la Unión Soviética por salvar su peso internacional. Ceder su Alemania implicaría reconocer su derrota en el conflicto ideológico que la había ocupado durante casi medio siglo. La estructura internacional trazó únicamente los límites de lo posible; a finales de los años ochenta, la reunificación alemana era plausible, pero no probable.

Las probabilidades de que la reunificación sucediera disminuían también porque, por un lado, existía una fuerte oposición entre los europeos hacia una Alemania nuevamente unida; Inglaterra y Francia veían con recelo y preocupación la perspectiva. Por otro lado, la suspicacia existía también al interior de las Alemanias: en la RFA, no faltaba quien dijera que era imprudente reunificar el Estado germano y en la RDA, buena parte de los intelectuales se inclinaban por una reforma de su Estado, pero por mantenerlo como un país independiente.

No obstante, la reunificación tuvo lugar rápidamente. Para explicar este desenlace es necesario afinar el análisis y complementar la transformación del sistema internacional con un enfoque que se ocupe del intercambio diplomático entre los actores internacionales y del ámbito de la política interna. La caída del muro de Berlín, causada por un error de comunicación en el aparato estatal, demostró a los alemanes del Este que el régimen podía cuartearse. Las multitudes marcharon en las calles desplazando las demandas de las élites intelectuales de una democratización del régimen por un clamor a favor de la reunificación y al son de “somos un pueblo”. Helmut Kohl supo aprovechar ese fervor y, junto con el apoyo que recibió de los estadounidenses, logró negociar la reunificación internacionalmente y convencer a los alemanes de que aquélla era posible y

deseable. Las prioridades y capacidades de la Unión Soviética permiten explicar por qué ésta optó por ceder la RDA a cambio de una compensación económica, pero me parece que la personalidad de Gorbachov y sus convicciones reformistas contribuyeron también a que la negociación tuviera lugar sin quebrantar la estabilidad europea. Sin el muro de Berlín, sin las demandas de los alemanes del Este, sin el apoyo estadounidense o sin la flaqueza económica de la Unión Soviética y sin Gorbachov, la reunificación no hubiese tenido lugar en 1990. La diplomacia y el ámbito de la política interna forman parte de esta coyuntura favorable al proceso.

Finalmente, el discurso nacionalista de Kohl y la convicción de los alemanes de que eran una sola nación permitió suavizar la posición de los demás actores internacionales y permitió también espolear el apoyo a la reunificación al interior de las Alemanias, inclinando la balanza en las elecciones de marzo de 1990 y convenciendo a los alemanes del Oeste de que los sacrificios que tendrían que hacer valían la pena. El protagonismo de la identidad nacional alemana es por ello el último elemento que adelanto para explicar el proceso que llevó a la reunificación y para explicar cómo coincidieron una serie de factores favorables a este desenlace en el bienio de 1989 y 1990.

Sin embargo, la historia de la reunificación no termina en realidad en 1990. La reunificación política no fue una unión simétrica de dos mitades, sino que la RFA anexó los territorios de la RDA siguiendo lo previsto en el artículo 23 de su Ley Básica. Para las dos sociedades tampoco fue una reunificación equilibrada, que tuviera lugar en términos de igualdad y en las que se buscara un punto medio para conciliar las dos visiones del mundo.

Durante la segunda mitad de 1989 y la primera mitad de 1990, los alemanes de la RFA y los de la RDA se reencontraron emocionados y dispuestos a hacer caso omiso de sus diferencias. Después de la reticencia inicial de los alemanes del Oeste a recibir a todos sus compatriotas del Este –consecuencia del rápido giro en que la reunificación alemana

pasó de ser únicamente hipotética y deseable a ser sumamente probable—, para mediados de 1990, la gran mayoría estaba completamente de acuerdo con la reunificación de Alemania³³⁴. Puesto que la nostalgia por una Europa y una Alemania más genuina o fiel a lo que era antes —una suerte de *Ostalgie*, de nostalgia por el Este— fue una de las principales reacciones de los alemanes del Oeste al “redescubrir” a la RDA, cabría suponer que aquéllos harían lo posible por salvaguardar ciertos rasgos de ese modo de vida, por conservar o reapropiarse de ciertas características de la sociedad de Alemania del Este. Pero, no fue realmente lo que sucedió. La identidad alemana del Este fue, en buena medida, borrada del mapa, esperando que esos alemanes asimilaran las formas de vida occidentales. Esta imposición identitaria puede analizarse desde aspectos tan tangibles como la moneda, la arquitectura o la organización urbana.

En los primeros meses de 1990, antes de que tuvieran lugar las elecciones de marzo en la RDA Kohl prometió a los alemanes del Este que, al llegar a la RFA, les cambiaría sus *Ostmarks* por flamantes y fuertes *Deutsche Marks* a una tentadora paridad de uno a uno. La medida implicaba un esfuerzo financiero enorme de la RFA para poder compensar una tasa de cambio que sobrevaluaba los *Ostmarks*, y el *Bundesbank* no vaciló en condenar la medida. A pesar de eso, y colocando las prioridades políticas por encima de las económicas, Kohl llevó a cabo la unificación monetaria de julio de 1990 en esos términos. Pero esta simbólica medida no bastaría para sacar del atraso a una economía en donde la propiedad privada no existía y que distaba mucho de ser una economía integral y moderna. Sin embargo, los símbolos pesan mucho y el gesto fue considerado como la puerta grande de entrada de los alemanes del Este a la RFA³³⁵.

³³⁴ Manfred Kuechler utiliza datos del *Politbarometer* para demostrar cómo cambió el apoyo a la reunificación entre los alemanes del Oeste durante la segunda mitad de 1989 y la primera de 1990. Después de la caída del muro, cuando la reunificación se volvió sumamente probable, el apoyo en la RFA a la misma cayó de casi 80% (septiembre 1989) a 56% (diciembre 1989, y el punto más bajo del periodo estudiado en el artículo que va de marzo de 1989 a agosto de 1990). En marzo de 1990, el apoyo se había recuperado del choque inicial, subiendo hasta 82%. Véanse datos en *ibid.*, p. 57.

³³⁵ Harold James, “Le mark”, en Étienne François y Hagen Schulze (coords.), *Mémoires allemandes*, trad. de Bernard Lortholary y Jeanne Étoré, Évreux, NRF-Gallimard, 2007, pp. 697-716.

Otro elemento revelador e interesante tiene que ver con lo que la RFA decidió hacer con el Palacio de la República. Este edificio había sido construido en 1976 en Berlín Este y albergaba la *Volkskammer*, el parlamento de la RDA. Además de ser un símbolo político, era un importante centro de reunión social para los berlineses del Este, donde se celebraban fiestas, bodas y se jugaba boliche. El Palacio tenía un pequeño teatro, varios restaurantes y había sido el recinto de muchísimos conciertos. Si bien para los alemanes de la RFA, el Palacio de la República era un símbolo inequívoco del régimen socialista, para los berlineses del Este era el sitio inolvidable de muchos buenos momentos. Alegando que los muros del edificio tenían concentraciones de asbesto muy elevadas y nocivas para la salud, el “Palacio” fue vaciado e inutilizado muy rápidamente después de la reunificación. En 1993, casi la totalidad de los berlineses del Este (98%) estaban a favor de que se conservara el edificio, aun cuando solamente una pequeñísima porción de ellos anhelaba un retorno a los años de la RDA³³⁶. Sin embargo, el edificio nunca fue rehabilitado y fue destruido completamente a principios del siglo XXI.

Las calles se renombraron, y los méritos de quienes tenían puestos altos en la RDA fueron cuestionados. Günter Grass menciona cómo un profesor magnífico que había recibido numerosos reconocimientos y honores, no pudo volver a ejercer después de la reunificación porque “los vencedores germano-occidentales de la Historia estimaron que, inmediatamente, debían 'evaluarlo', como entonces se decía, lo que significaba reducirlo a la nada”³³⁷. La escritora Christa Wolf y el político (antes clérigo) Manfred Stolpe fueron también hechos a un lado, cuestionando sus filiaciones anteriores³³⁸. La RFA no supo tampoco conservar los contados aspectos rescatables de la vida sociopolítica de la RDA, como el pleno empleo o las políticas sociales y familiares³³⁹. En los territorios del Este, tres millones de personas perdieron sus empleos en los primeros tres años posteriores a la

³³⁶ Stéphanie Flamm, “Le Palais de la République”, en Étienne François y Hagen Schulze (coords.), *op. cit.*, pp. 667-697.

³³⁷ Günter Grass, *Pelando la cebolla*, trad. de Miguel Sáenz, México, Alfaguara, 2007, p. 25.

³³⁸ Dolores L. Augustine, “The Impact of Two Reunification-Era Debates on the East German Sense of Identity”, *German Studies Review*, 27 (2004), pp. 563-578.

³³⁹ Sandrine Kott, “L'État social”, en Étienne François y Hagen Schulze (coords.), *op. cit.*, p. 727.

reunificación, elevando la tasa de desempleo a 15.3% (julio de 1993); mientras que en lo que había sido la RFA llegaba sólo a 7.5%, en esa misma fecha³⁴⁰. Las mujeres del Este se vieron particularmente afectadas por este recorte laboral; 61.6% de las personas desempleadas en el Este alemán en 1992 eran mujeres³⁴¹, que tuvieron además que aprender a lidiar con un sistema que no proveía de las facilidades a las que la RDA las había acostumbrado, como amplios sistemas de guarderías y beneficios de maternidad. Sucedieron también transformaciones demográficas un tanto extrañas en los primeros años que siguieron a la reunificación: la tasa de natalidad en el Este alemán cayó 60% entre 1989 y 1992, la tasa de matrimonios disminuyó 65% y la tasa de divorcios se redujo en 81%, como si la sociedad alemana del Este se hubiera quedado en una suerte de suspenso, de inmovilidad demográfica³⁴². Hans-Joachim Maaz, quien había sido un psicoterapeuta en la RDA, observaba en 2004 que los alemanes del Este habían sufrido un “síndrome de pérdida” cuando el Estado que habían detestado, pero que también había sido su hogar y su pasado, había desaparecido³⁴³.

Los alemanes del Este, que podrían analizarse casi como una minoría frente a los del Oeste, entraron ilusionados a la RFA, en donde –después de recibirlos con bombo y platillo– les pidieron muy amablemente que se adaptaran a su nuevo hogar. Slavoj Žizek escribió sarcásticamente que lo sublime –la esperanza y el entusiasmo democrático de los alemanes del Este– se había cruelmente tornado ridículo³⁴⁴: “las multitudes de alemanes del Este, rebosantes de dignidad, que se habían reunido alrededor de las iglesias y desafiaban heroicamente el terror de la Stasi, se transformaron de repente en vulgares consumidores de pornografía”³⁴⁵.

Este proceso de reunificación sin concordia provocó que los alemanes del Este se desencantaran rápidamente con el proceso e impidió la rápida creación de una identidad

³⁴⁰ Jürgen Kocka, “Crisis of Unification: How Germany Changes”, *Daedalus*, 123 (1994), p. 181.

³⁴¹ Mary Fullbrook, “Aspects of Society and identity in the New Germany”, *Daedalus*, 123 (1994), pp. 219-221.

³⁴² Jürgen Kocka, art. cit, p. 185.

³⁴³ Dolores L. Augustine, art. cit., p. 563.

³⁴⁴ Slavoj Žizek, *Plaidoyer en faveur de l'intolérance*, trad. de Frédéric Joly, Paris, Climats, 2007, p. 54.

³⁴⁵ *Ibid.*, p. 51.

nacional homogénea y única en Alemania. Como lo mencioné en el último capítulo, en 1993, el sentimiento de ser una única nación alemana se había ido en picada y menos de un cuarto de la población seguía sintiendo que los alemanes que venían del Este y los que habían crecido en el Oeste tenían una misma identidad. No faltaron las bromas que estereotipaban a los *Ossis* de quejumbrosos y a los *Wessis* de arrogantes. También en 1993, Le Gloannec escribía que, a cuatro años de la reunificación, “la nación alemana, su cuerpo político, su sociedad, su cultura política, continúan divididos; la unidad, especialmente en el ámbito económico, comienza a dar frutos sólo lentamente”³⁴⁶. Más de una década después de la caída del bloque soviético, Ryszard Kapuściński escribía sobre un Berlín que había sido testigo y seguía siendo un eco sordo de la división de antaño:

Berlín se me antoja un punto de observación apasionante. En estos momentos, es un lugar único en el mundo donde se manifiesta una confrontación entre dos culturas, dos actitudes, dos cosmovisiones: la oriental y la occidental. Ya no está el muro, tampoco la policía ni el ejército, pero los hábitos han permanecido intactos; permanecen las dos tradiciones y mentalidades, dos maneras diferentes de ver el mundo³⁴⁷.

Sin embargo, poco a poco comienzan a saldarse las diferencias iniciales: por ejemplo, la esperanza de vida, que en 1995 era aproximadamente dos años más baja en los territorios de Alemania del Este que en los territorios del Oeste, se ha ido homogeneizando poco a poco³⁴⁸, conforme mejoran los servicios sanitarios y se implementan medidas de control de riesgos ambientales. Además, en 2004, 83% de los alemanes de Este y Oeste afirmaron en una encuesta que la reunificación sí había sido la elección correcta en 1990³⁴⁹.

³⁴⁶ Anne Marie Le Gloannec, “On German Identity”, *Daedalus*, 123 (1994), p. 131.

³⁴⁷ Ryszard Kapuściński, “Europa”, *El mundo de hoy*, trad. de Agata Orzeszek, Barcelona, Editorial Anagrama, 2004, p. 171.

³⁴⁸ Gunter Brückner, *Health Expectancy in Germany: What Do We Learn from the Reunification Process?*, Tokyo, NUPRI Research Paper Series, 72, 2001, p. 21.

³⁴⁹ “Einigkeit mit Recht und Freiheit” [“Unidad con justicia y libertad”], *Süddeutsche Zeitung*, 30 de septiembre de 2004, trad. de Thomas Dunlap, *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/docpage.cfm?docpage_id=3468, consultado el 15 de junio de 2010.

A pesar del difícil camino hacia la unidad nacional que no hizo sino comenzar con la reunificación de Alemania, ésta sigue hoy unida y cada vez más fuerte dentro del panorama europeo. Los antiguos elementos del nacionalismo alemán anterior a la Segunda Guerra Mundial poco tienen que ver con el nuevo proyecto europeo. Por ello, el la identidad nacional alemana posterior a la reunificación tuvo que haber sido reinterpretada y readaptada a este nuevo cometido político que, de algún modo, ha funcionado como esa nueva identidad única en Alemania que permitirá terminar de saldar las diferencias entre alemanes del Este y del Oeste. La nueva vocación de la identidad política y nacional alemana se enmarca ahora en la Comunidad Europea y el papel central del Estado teutón en su seno. Sin duda, Alemania ha recuperado su vocación de nación del centro europeo, de interlocutor entre las naciones latinas y las eslavas. Ahí yace tal vez uno de los principales rasgos, particularmente alemanes, de esa identidad de Alemania.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES SECUNDARIAS

- Abellán, Joaquín, *Nación y nacionalismos en Alemania*, Madrid, Tecnos, 1997.
- Augustine, Dolores L., “The Impact of Two Reunification-Era Debates on the East German Sense of Identity”, *German Studies Review*, 27 (2004), pp. 563-578.
- Barkin, J. Samuel y Bruce Cronin, “The State and the Nation: Changing Norms and the Rules of Sovereignty in International Relations”, *International Organization*, 48 (1994), pp. 107-130.
- Bennet, Andrew O., “Trust Bursting Out All Over”, en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, pp. 175-205.
- Berlin, Isaiah, “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, trad. de Hero Rodríguez Toro, México, FCE, 2006, pp. 439 – 464.
- Bieber, León E., “La reunificación de Alemania. Derroteros y desafíos”, *Alemania 1945-2002. Aspectos históricos e historiográficos*, México, El Colegio de México, 2002 (*Jornadas*, 138).
- Billington, James H., *The Icon and the Axe. An Interpretive History of Russian Culture*, New York, Vintage Books, s.a. [2005?, primera edición de 1966].
- Blank, Thomas, “Determinants of National Identity in East and West Germany: An Empirical Comparison of Theories on the Significance of Authoritarianism, Anomie, and General Self-Esteem”, *Political Psychology*, 24 (2003), pp. 259-288.
- Brooks, Stephen G. y William C. Wohlforth, “Economic Constraints and the End of the Cold War”, en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, pp. 273-312.

- Brückner, Gunter, *Health Expectancy in Germany: What Do We Learn from the Reunification Process?*, Tokyo, NUPRI Research Paper Series, 72, 2001.
- Brzezinski, Zbigniew, *Game Plan. How to Conduct the U.S.-Soviet Contest*, New York, The Atlantic Monthly Press, 1986.
- Chollet, Derek H. y James M. Goldgeir, "Once Burned, Twice Shy? The Pause of 1989" en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, pp 141-174.
- Cronin, Bruce, véase Barkin, J. Samuel.
- Cusack, Thomas R. y Michael Don Ward Source, "Military Spending in the United States, Soviet Union, and the People's Republic of China", *The Journal of Conflict Resolution*, 25 (1981), pp. 429-469.
- Dahrendorf, Ralph, *Reflexiones sobre la revolución en Europa, en una carta pensada para un caballero de Varsovia*, trad. de A. Bixio, Barcelona, Emecé, 1991.
- Don Ward Source, Michael, véase Cusack, Thomas R.
- Elias, Norbert, *Los alemanes*, trad. de Luis Felipe Segura y Angelika Scherp, México, Instituto Mora, 1994.
- English, Robert D., "The Road(s) Not Taken: Causality and Contingency in Analysis of the Cold War's End", en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, pp. 243-272.
- Fischer, Beth A., *The Reagan Reversal. Foreign Policy and the End of the Cold War*, Missouri, University of Missouri Press, 1997.
- Friedheim, Daniel y Alexander Wendt, "Hierarchy under Anarchy: Informal Empire and the East German State", *International Organization*, 49 (1995), pp. 689-721.
- Fullbrook, Mary, "Aspects of Society and Identity in the New Germany", *Daedalus*, 123 (1994), pp. 211-234.
- _____, *The Divided Nation. A History of Germany 1918-1990*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

- Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, trad. de Mónica Utrilla, México, FCE, 1999.
- Gaffney, Elizabeth, “The Art of Fiction núm. 124”, entrevista a Günter Grass, *The Paris Review*, 119 (1991), http://www.parisreview.org/media/2191_GRASS.pdf, consultado el 11 de agosto de 2009.
- Gaidar, Yegor, *The Soviet Collapse: Grain and Oil*, Washington, American Enterprise Institute for Public Policy Research, 2007, reporte.
- Garton Ash, Timothy, *In Europe's Name. Germany and the Divided Continent*, New York, Vintage Books, 1993.
- _____, *The Uses of Adversity: Essays on the Fate of Central Europe*, New York, Vintage, 1990.
- Gellner, Ernest, *Nations and Nationalism*, Oxford, Basil Blackwell, 1983.
- Goldgeir, James M., véase Chollet, Derek H.
- Grass, Günter, *Discurso de la pérdida*, trad. de Carlos Martín, Barcelona, Paidós-Asterisco, 1999.
- _____, *Pelando la cebolla*, trad. de Miguel Sáenz, México, Alfaguara, 2007.
- Habermas, Jürgen, *Más allá del Estado nacional*, trad. de Manuel Jiménez, México, FCE, 1998.
- Halliday, Fred, *The Making of the Second Cold War*, London-New York, Verso, 2^{da} ed., 1989.
- Hill, Christopher, *The Changing Politics of Foreign Policy*, New York, Palgrave Macmillan, 2003.
- Hunt, Michael H., *Ideology and U.S. Foreign Policy*, New Haven, Yale University Press, 1987.
- James, Harold, “Le mark”, en Étienne François y Hagen Schulze (coords.), *Mémoires allemandes*, trad. de Bernard Lortholary y Jeanne Étoré, Évreux, NRF-Gallimard, 2007, pp. 697-716.

- Jarausch, Konrad H., *The Rush to German Unity*, Oxford, Oxford University Press, 1994.
- _____ y Volker Gransow (eds.), *Uniting Germany: Documents and Debates, 1944-1993*, trad. de Allison Brown y Belinda Cooper, Oxford, Berghahn Books, 1994.
- Joppke, Christian, "Intellectuals, Nationalism, and the Exit from Communism: The Case of East Germany", *Comparative Studies in Society and History*, 37 (1995), pp. 213-241.
- Judt, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945*, New York, Penguin Books, 2005.
- Kapuściński, Ryszard, *El mundo de hoy*, trad. de Agata Orzeszek, Barcelona, Editorial Anagrama, 2004.
- Kent, John y John W. Young, *International Relations since 1945. A Global History*, Oxford, Oxford University Press, 2004.
- Kissinger, Henry, *La diplomacia*, trad. de Mónica Utrilla, México, FCE, 2^{da} ed., 2004.
- _____, *White House Years*, Boston, Little Brown and Company, 1979.
- Kocka, Jürgen, "Crisis of Unification: How Germany Changes", *Daedalus*, 123 (1994), pp. 173-192.
- Kohn, Hans, "The Eve of German Nationalism (1789-1812)", *Journal of the History of Ideas*, 12 (1951), pp. 256- 284.
- _____, *The Mind of Germany. The Education of a Nation*, New York, Charles Scribner's Sons, 1960.
- Kott, Sandrine, "L'État social", en Étienne François y Hagen Schulze (coords.), *Mémoires allemandes*, trad. de Bernard Lortholary y Jeanne Étoré, Évreux, NRF-Gallimard, 2007, pp. 717-733.
- Kuechler, Manfred, "The Road to German Unity: Mass Sentiment in East and West Germany", *The Public Opinion Quarterly*, 56 (1992), pp. 53-76.
- Le Gloannec, Anne-Marie, *La nation orpheline. Les Allemagnes en Europe*, Paris, Calmann-Lévy, 1989.

- _____, *La République Fédérale d'Allemagne*, Paris, Le Livre de Poche, 1994.
- _____, "On German Identity", *Daedalus*, 123 (1994), pp. 129-148.
- Linz, Juan J., "An Authoritarian Regime: Spain", en Erik Allardt y Stein Rokkan (eds.), *Mass Politics: Studies in Political Sociology*, New York, Free Press, 1970, pp. 251-283 y 374-381.
- Lipset, Seymour Martin, *Political Man. The Social Bases of Politics*, New York, Doubleday & Company, 1960.
- Lohmann, Susanne, "The Dynamics of Informational Cascades: The Monday Demonstrations in Leipzig, East Germany", *World Politics*, 87 (1994), pp. 42-101.
- MacMillan, Margareth, *Paris, 1919. Six Months That Changed the World*, New York, Random House Paperbacks, 2003.
- McAdams, James, *From the Wall to Reunification*, Princeton, Princeton University Press, 1993.
- Martin McCauley, *Russia, America and the Cold War, 1949-1991*, Harlow, Pearson-Longman, 2^{da} ed., 2008.
- Malaparte, Curzio, *La pelle*, Milano, Oscar Mondadori, 1991.
- Merkel, Peter H., *German Foreign Policies, West and East*, Santa Barbara, ABC-Clio, 1974.
- Mitterand, François, *Memorias interrumpidas*, trad. de Oscar Luis Molina, Barcelona, Andrés Bello, 1996.
- Morgenthau, Hans J., "The Problem of German Reunification", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 1960, núm. 330, pp. 124-132.
- Putman, Robert D., "Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games", *International Organization*, 42 (1988), pp. 427-460.
- Rossi, Pietro, "Introducción a la edición de Max Weber", *Ensayos sobre metodología sociológica*, trad. de José Luis Echeverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1978.

- Rice, Condeleezza y Philip Zelikow, *Germany Unified and Europe Transformed. A Study in Statecraft*, Cambridge, Harvard University Press, 1995.
- Rupnik, Jacques, *L'autre Europe. Crise et fin du communisme*, Paris, Éditions Odile Jacob, 1990.
- Seton-Watson, Hugh, *Nations and States: An Inquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, London, Methuen, 1977.
- Thatcher, Margaret, *The Downing Street Years*, New York, HarperCollins, 1993.
- Waltz, Kenneth, *Man, the State and War. A Theoretical Analysis*, New York, Columbia University Press, 1959.
- _____, "The Stability of a Bipolar World", *Daedalus*, 93 (1964), pp. 881-909.
- Wałęsa, Lech, "La solidaridad como condición de la paz y la democracia", Cátedra Shimon Peres por la Paz, México D.F., Universidad Anáhuac del Norte, 19 de febrero de 2009, conferencia magistral.
- Weber Max, *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, trad. de José Medina Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Wolff-Dietrich Webler, "The Sixties and the Seventies: Aspects of Student Activism in West Germany", *Higher Education*, 9 (1980), pp. 155-168.
- Wendt, Alexander, "Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics", *International Organization*, 46 (1992), pp. 391-425.
- _____, "Hierarchy under Anarchy: Informal Empire and the East German State", véase Friedheim, Daniel.
- Winkler, Heinrich August, "Rebuilding a Nation: The Germans before and after Unification", trad. de C. Michelle Murphy, Cornelius Partsch y Susan List, *Daedalus*, 123 (1994), pp. 107-127.
- Wohlforth, William C. (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003.

_____, “Economic Constraints and the End of the Cold War”, véase Brooks, Stephen G.

Wolf, Christa, “What Remains”, en *What Remains and Other Stories*, Chicago, The University of Chicago Press, 1993.

Wolfrum, Edgar, “Le Mur”, en Étienne François y Hagen Schulze (coords), *Mémoires allemandes*, trad. de Bernard Lortholary y Jeanne Étoré, Évreux, NRF-Gallimard, 2007, pp. 655-676.

Young, John W., véase Kent, John.

Zelikow, Philip, véase Rice, Condolezza.

Zizek, Slavoj, *Plaidoyer en faveur de l'intolérance*, trad. de Frédéric Joly, Paris, Climats, 2007.

Zubok, Vladislav M., “Gorbachev and the End of the Cold War: Different Perspectives on the Historical Personality”, en William C. Wohlforth (ed.), *Cold War Endgame*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2003, pp. 207-242.

ARTÍCULOS DE PERIÓDICOS Y REVISTAS

“Antipathy Between North and South. An Inside View of European Politics”, *The New York Times*, New York, 3 octubre de 1872, http://query.nytimes.com/mem/archive-free/pdf?_r=1&res=9C02E6D71F38EF34BC4B53DFB6678389669FDE, consultado el 13 de enero de 2010.

“Hungarians Open Election Talks”, *The New York Times*, New York, 14 de junio de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/06/14/world/hungarians-open-election-talks.html?scp=96&sq=hungary+politics&st=nyt>, consultado el 10 de junio de 2010.

“On the Road to a New Reality”, *Time Magazine*, 97 (4 de enero 1971), <http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,942376-1,00.html>, consultado el 15 de marzo de 2009.

“Remembering the Fall of the Berlin Wall. Merkel Pays Tribute to Courage of East Germans”, *Der Spiegel*, Hamburg, 11 de noviembre de 2009, <http://www.spiegel.de/international/germany/0,1518,660391,00.html>, consultado el 3 de junio de 2010.

Basterra, Francisco G., “Reagan espera que la 'cumbre' de Ginebra disipe la desconfianza con la URSS”, *El País*, Madrid, 15 de noviembre de 1985, INTERNACIONAL, http://www.elpais.com/articulo/internacional/GORBACHOV/MIJAIL/URSS/REAGAN/ RONALD/SHULTZ/ GEORGE /EE UU/ESTADOS UNIDOS/UNION SOVIETICA/CONFERENCIAS SOBRE DESNUCLEARIZACION/elpepiint/19851115elpepiint_12/Tes/, consultado el 14 de abril de 2010.

Farr, Michael y Anna Tomforde, “Kohl: We are one nation”, *The Guardian*, London, 11 de noviembre de 1989, <http://www.guardian.co.uk/world/1989/nov/11/berlinwall.germany3#>, consultado el 11 de febrero de 2010.

Kamm, Henry, “300,000 Reported to March in Largest East German Protest”, *The New York Times*, New York, 24 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/24/world/300000-reported-to-march-in-largest-east-german-protest.html?scp=21&sq=Berlin+protests&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

_____, “East Germany Signals It May Allow Some Change”, *The New York Times*, New York, 18 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/18/world/east-germany-signals-it-may-allow-some-change.html?scp=16&sq=Berlin+protests&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

_____, “Hungarian Who Led '56 Revolt Is Buried as a Hero”, *The New York Times*, New York, 17 de junio de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/06/17/world/hungarian-who-led-56-revolt-is-buried-as-a-hero.html?pagewanted=1>, consultado el 10 de junio de 2010.

Riding, Alan, “Upheaval in the East; Survey Finds 2 in 3 Poles Opposed to German Unity”, *The New York Times*, New York, 20 de febrero de 1990, sección A, p. 10.

Tomforde, Anna, véase Michael Farr.

Schmemmann, Serge, "East Berlin Tells Budapest to Halt Aid to Emigration", *The New York Times*, New York, 13 de septiembre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/09/13/world/east-berlin-tells-budapest-to-halt-aid-to-emigration.html?scp=199&sq=hungary&st=nyt>, consultado el 10 de junio de 2010.

_____, "East Germans Let Large Protests Proceed in Peace", *The New York Times*, New York, 10 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/10/world/east-germans-let-largest-protest-proceed-in-peace.html?scp=10&sq=Berlin+protests&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

_____, "East Germans Line Emigre Routes, Some in Hope of Their Own Exit", *The New York Times*, New York, 5 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/05/world/east-germans-line-emigre-routes-some-in-hope-of-their-own-exit.html?scp=7&sq=Berlin%20protests&st=nyt&pagewanted=1>, consultado el 18 de junio de 2010

_____, "East Germany Removes Honecker and His Protégé Takes His Place", *The New York Times*, New York, 19 de octubre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/10/19/world/east-germany-removes-honecker-and-his-protége-takes-his-place.html?scp=17&sq=Berlin+protests&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

_____, "Gorbachev Lends Honecker a Hand", *The New York Times*, New York, 7 de octubre de 1989, sección 1, p. 5.

_____, "Upheaval in the East. Communists and Foes Agree to Free East German Vote and Plan New Constitution", *The New York Times*, New York, 8 de diciembre de 1989, <http://www.nytimes.com/1989/12/08/world/upheaval-east-communists-foes-agree-free-east-german-vote-plan-new-constitution.html?scp=91&sq=free+elections+East+Germany&st=nyt>, consultado el 18 de junio de 2010.

_____, "Upheaval in the East. Angry Crowds of East Germans Ransack Offices of Spy Services", *The New York Times*, New York, 16 de enero de 1990, <http://www.nytimes.com/1990/01/16/world/upheaval-east-east-germany-angry-crowds-east-germans-ransack-offices-spy->

[service.html?scp=15&sq=east+german+elections&st=nyt](#), consultado el 18 de junio de 2010.

FUENTES PRIMARIAS

- Agencia Central de Investigación (CIA, por sus siglas en inglés).
Dirección de Inteligencia (Directorate of Intelligence)

“USSR Economic Projections; 1982-90”, septiembre 1982, *Freedom of Information Act*, Central Intelligence Agency, <http://www.foia.cia.gov/>, consultado el 27 de enero 2009.

“USSR: Economic Projections Through 1990 – A New Look”, febrero 1984, *Freedom of Information Act*, Central Intelligence Agency, <http://www.foia.cia.gov/>, consultado el 29 de enero 2009.

- Instituto Histórico Germánico

“Basic Law of the Federal Republic of Germany (1949/ Amendments 1956)”, *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=2858, consultado el 3 de mayo de 2009.

“Einigkeit mit Recht und Freiheit” [“Unidad con justicia y libertad”], *Süddeutsche Zeitung*, 30 de septiembre de 2004, trad. de Thomas Dunlap, *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/docpage.cfm?docpage_id=3468, consultado el 15 de junio de 2010.

“Moscow Treaty (August 12, 1970)”, *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, <http://germanhistorydocs.ghi->

[dc.org/sub_document.cfm?document_id=919](http://www.germanhistorydocs.ghidc.org/sub_document.cfm?document_id=919), consultado el 8 de mayo de 2009.

“Rebelión Generacional” (“Generational Rebellion”) en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://www.germanhistorydocs.ghidc.org/sub_doclist.cfm?sub_id=34§ion_id=15, consultado el 25 de febrero de 2010.

Brandt, Willy, “Two States – One Nation”, trad. de Jeremiah Riemer, 28 de octubre de 1969, en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://www.germanhistorydocs.ghidc.org/sub_document.cfm?document_id=168, consultado el 12 de junio de 2010.

Gorbachov, Mikhail, “Concerns about Reunification”, 5 de diciembre de 1989, minuta soviética sobre una conversación entre Mikhail Gorbachov y Hans-Dietrich Genscher, citado en Alexander von Plato, *Die Vereinigung Deutschlands: Ein weltpolitisches Machtspiel [The Unification of Germany: A Global Power Game]*, Berlin, 2002, pp. 128-132; transcrito en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://www.germanhistorydocs.ghidc.org/sub_document.cfm?document_id=2883, consultado el 18 de julio de 2009.

Kohl, Helmut, “Zehn-Punkte-Programm zur Überwindung der Teilung Deutschlands und Europas” [“Ten Point Program for Overcoming the Division of Germany and Europe”], en *Bulletin des Presse- und Informationsamtes der Bundesregierung*, 29 de noviembre 1989, traducido y transcrito en *German History in Documents and Images* (Primary Source Materials’ Collection), German Historical Institute, http://www.germanhistorydocs.ghidc.org/sub_document.cfm?document_id=223, consultado el 30 de julio de 2009.

Reich, Jens, “My Germany; Reflections on my country before and after 1989”, Simposio sobre la unificación [sic] alemana, German Historical Institute Washington, 3 de octubre de 2003, http://www.ghidc.org/index.php?option=com_content&view=article&id=271%3Agerman-unification-

[symposium&catid=60%3Apublications-other-ghi-publications&Itemid=180](#), consultado el 31 de mayo de 2010.

○ Otras fuentes

Bush, George H. W., “State of the Union Address”, 9 de febrero de 1989, <http://www.thisnation.com/library/sotu/1989gb.html>, consultado el 14 de julio de 2009.

“Hans Modrow’s Government Program”, 17 de noviembre de 1989, trad. de Allison Brown y Belina Cooper, en Konrad H. Jarausch and Volker Gransow (eds.), *Uniting Germany: Documents and Debates, 1944-1993*, Berghahn Books, Providence and Oxford, 1994.

“SALT I Interim Agreement”, Federation of American Scientists, <http://www.fas.org/nuke/control/salt1/text/salt1.htm>, consultado el 6 de junio de 2010.

“Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa. Acta Final”, Helsinki, 1 de agosto de 1975, Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), http://www.osce.org/documents/mcs/1975/08/4044_es.pdf, consultado el 13 de junio de 2010